



El maravilloso vuelo  
del «Conde Zeppelin»

La vuelta al mundo del «Conde Zeppelin» es el máximo acontecimiento actual en la historia del progreso humano. De esta proeza sin par recogemos algunas notas gráficas: la magnífica aeronave en el momento de emprender una de sus etapas de vuelo, iluminada por potentes reflectores; dos actitudes de Lady Drummond Hay, la única mujer que forma parte del pasaje del «Conde Zeppelin» en su expedición en torno del mundo, y el Doctor Eckener, constructor y piloto del dirigible

(Fots. Agencia Gráfica y Marín)

# La veloz carrera de los hidroplanos del mundo

∴ El trofeo aéreo ∴  
"Copa Schneider"

¿Se llegará á los 600  
kilómetros de velocidad?



El trofeo «Copa Schneider», que se disputa cada dos años y que se adjudica á la nación vencedora del concurso de velocidad

OTRO año más la prueba Schneider tiene pendientes de sus vuelos de vértigo á todos los aficionados del mundo. No se trata de una carrera más, de un ensayo deportivo cualquiera, de un empeño nacional por conquistar la hegemonía del aire, al conseguir un nuevo *record* fantástico; es algo más, es mucho más la «Copa Schneider».

El límite de la velocidad, todavía tan lejos de poder ser determinado para los motores, es la afirmación más concreta de la superioridad humana sobre los elementos, frente á todas las resistencias físicas.

Y ese remontar tan constante como inverosímil significa la posibilidad, no tan remota ya, de alcanzar rutas calificadas como quimeras hasta hace poco; tal vez en un mañana que puede presenciar nuestra propia generación, los espacios interplanetarios abiertos...

Las novelescas conquistas de Julio Verne devenidas un mito...

En la última ocasión, cuando los ingleses vencieron en el trofeo Schneider, la velocidad alcanzada en la Costa del Lido fué de 480 kilómetros de media horaria. Ahora, en las pruebas prepara-

torias, los pilotos norteamericanos que se aprestan á añadir un trofeo más á la colección de los que ya poseen, han rebasado los 500 con relativa facilidad.

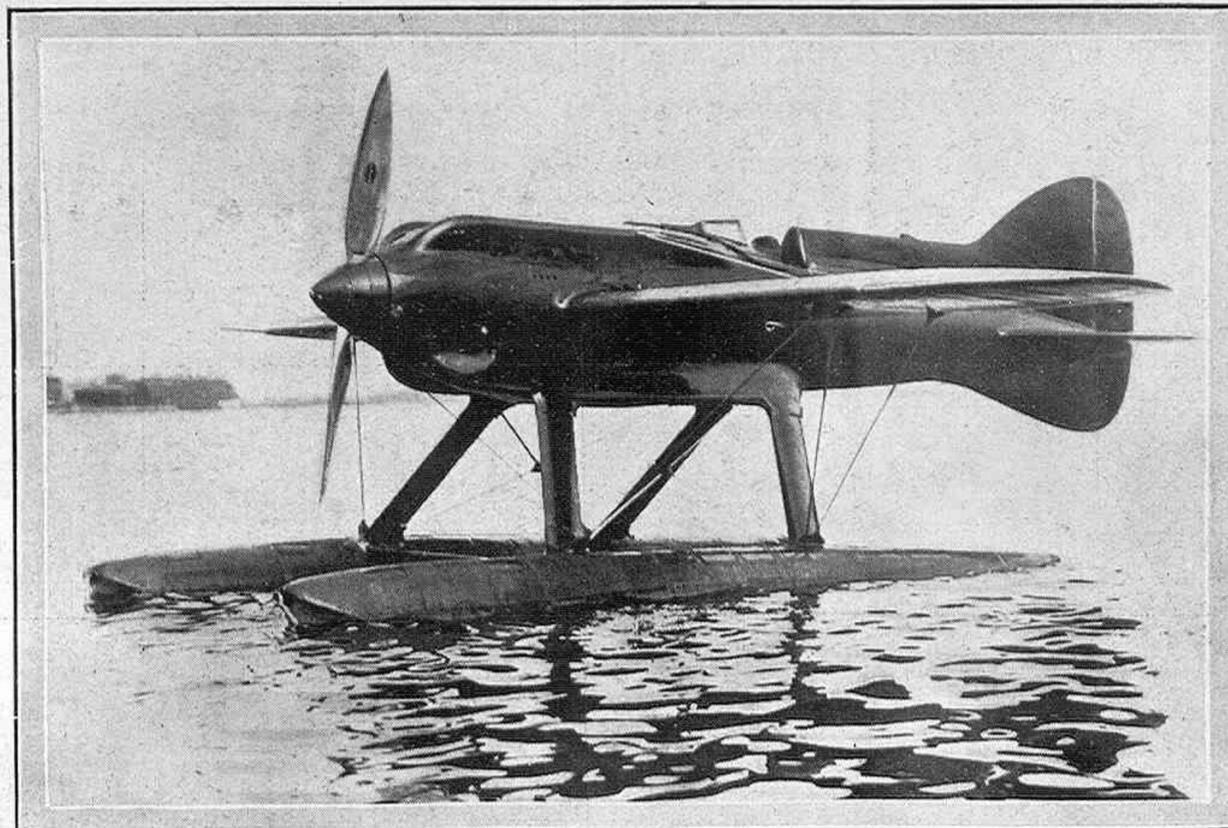
El teniente Waghorn, uno de los pilotos británicos que tomarán parte en la «Copa Schneider» y que en una reciente prueba alcanzó la velocidad de 563 kilómetros por hora, hizo unas declaraciones al *Daily Mail*.

«Resulta más bien divertido—dice—ver una ciudad que se encuentra á unos kilómetros de distancia y pasar volando sobre ella pocos minutos más tarde. En cambio, es terrible cuando hay que dar una vuelta rápida. Uno se queda ciego durante unos segundos, hasta que acaba la curva. Ello proviene de que la sangre se aleja de la retina por la fuerza centrífuga. A decir verdad, no me he entrenado para estas velocidades.

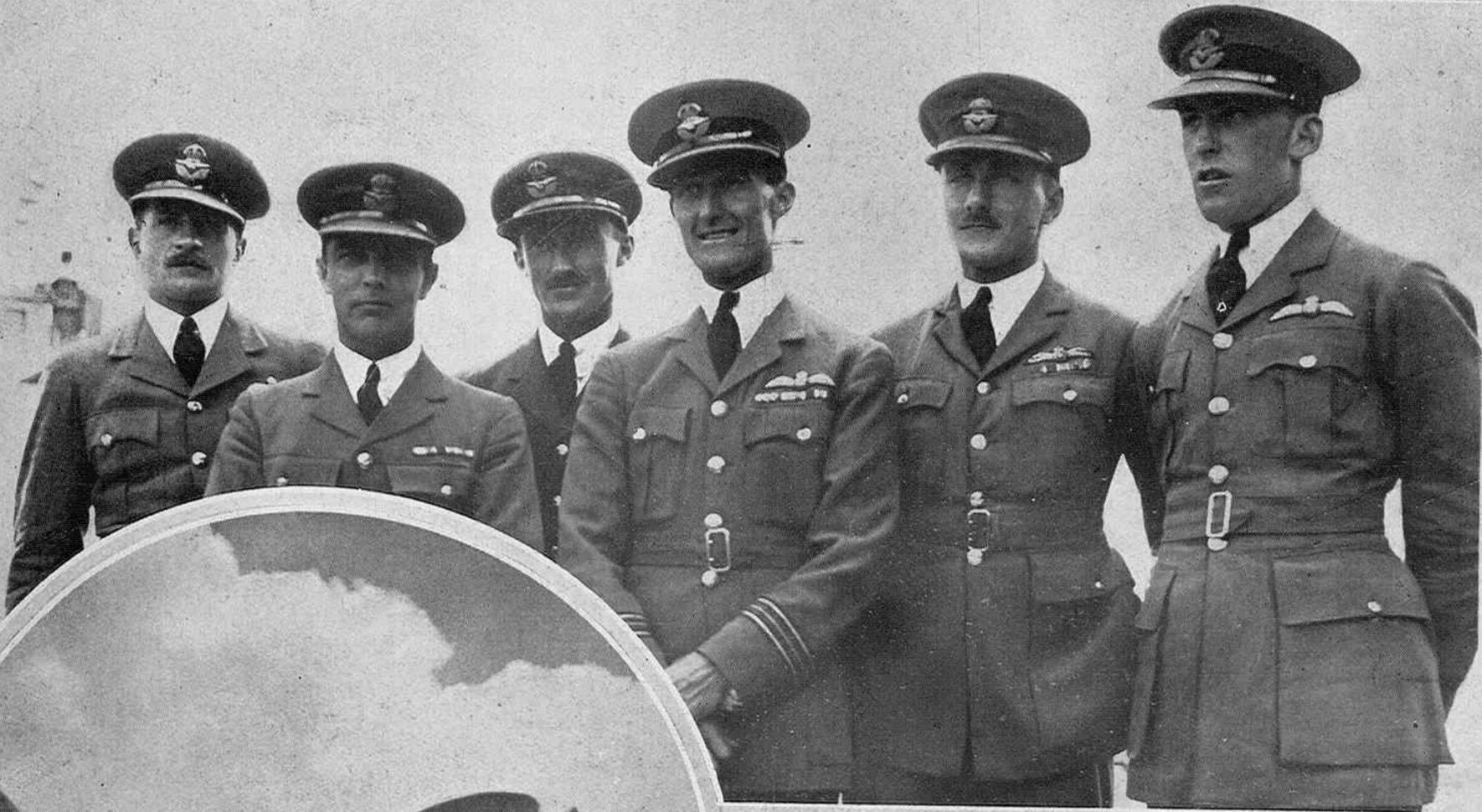
Creo que el uso del casco y de las gafas es casi innecesario, porque la carlinga es profunda y su configuración es de tal manera, que apenas se siente el viento. Lo verdaderamente desagradable es el olor que se desprende del motor y las emanaciones de la esencia, que invaden de vez en cuando los puestos de pilotaje. Nuestros aparatos son muy manejables y sencillos.

En general, no siento el menor malestar á gran velocidad. Más bien es una sensación grata.»

Ni los ingleses ni los italianos han querido publicar los detalles de sus nuevas máquinas preparadas exclusivamente para la Copa. Sabemos que los depósitos de gasolina van en los hidros británicos en los flotadores, como se ha dicho de



El hidroplano del teniente norteamericano Alford J. Williams, con el que su piloto piensa alcanzar los 600 kilómetros de media durante la carrera para disputarse la «Copa Schneider»



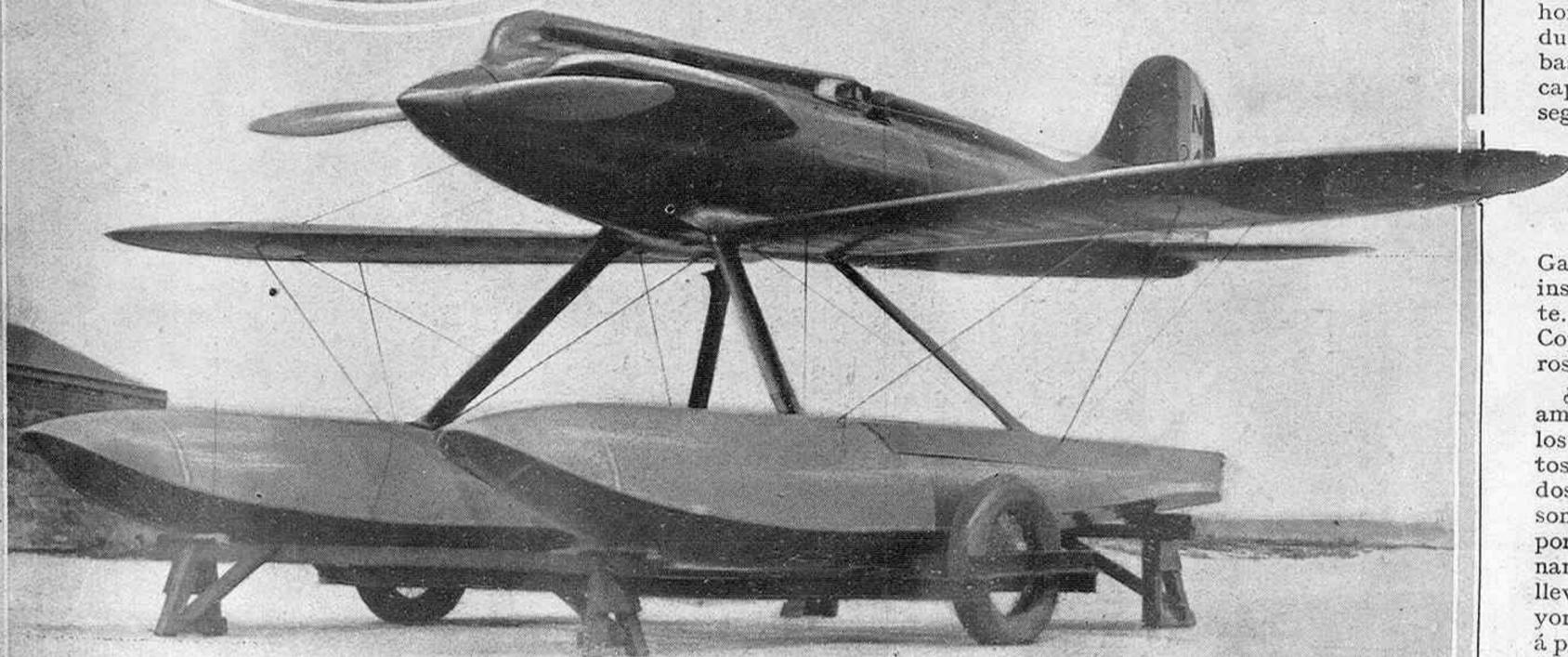
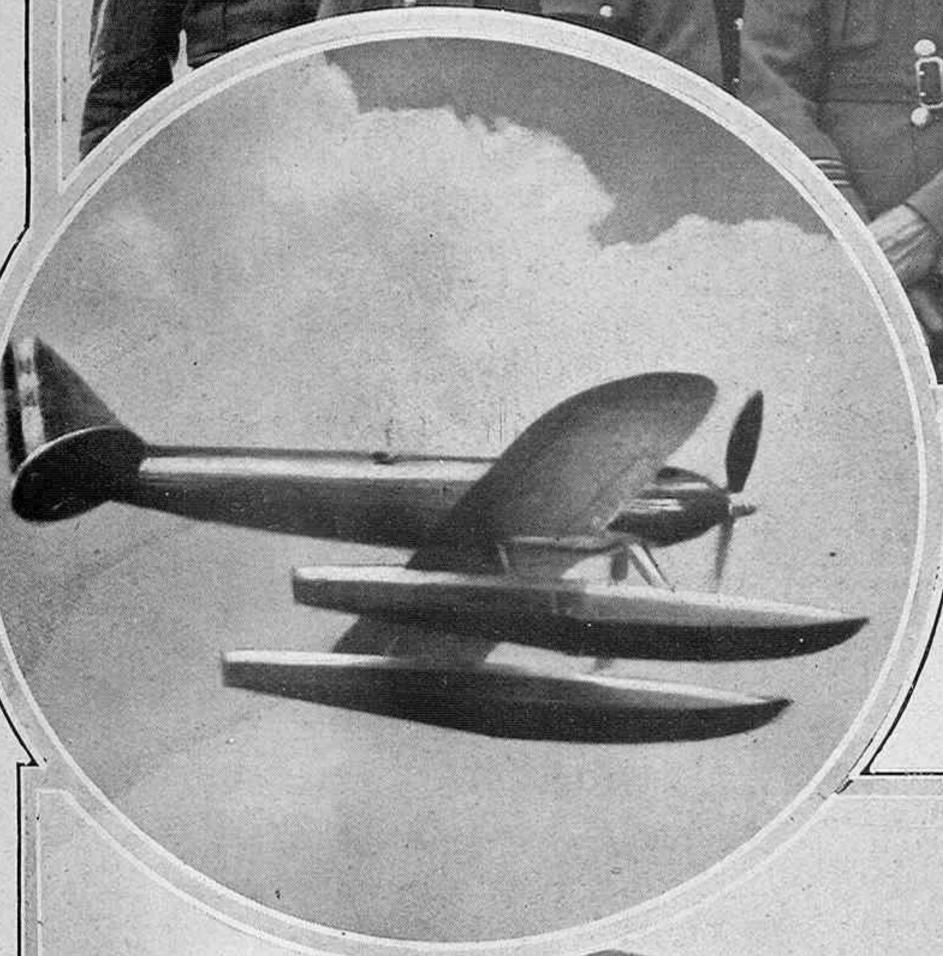
Equipo inglés que defenderá la supremacía de la Armada aérea británica en la «Copa Schneider». De izquierda a derecha: oficiales Waghorn, Moon, d'Arcy Grieg, Leader, Orlebar, Stainforth y Atcherley.—En el círculo: uno de los hidros ingleses durante un vuelo de entrenamiento

los aparatos italianos que exhibirán detalles que asombrarán al mundo. Pero hasta que llegue el inmediato día de la gran carrera, hasta el momento mismo en que las aves se asusten de ver volar por los cielos á estos pájaros afilados, de carrera inigualada para todos los demás pájaros, nadie sabrá en qué consiste el secreto de los hidros que se disputarán en las costas inglesas la «Copa Schneider». La velocidad límite alcanzada en las costas del Lido en la última ocasión que se corrió la «Copa

Schneider», ha sido rebasada ampliamente. Los italianos han llegado á los 568 kilómetros de velocidad media por hora. Pero, ¡ay!, durante las pruebas decisivas, el capitán Motta, segundo comandante de la Escuela de Velocidad, cayó al lago de

Garga, muriendo instantáneamente. Italia va á la Copa con el doloroso handicap...

¿Y los norteamericanos? ¿Y los ingleses? Pilotos experimentados, sus proezas son desconocidas porque los entrenamientos se han llevado en el mayor secreto. Pero, á pesar de ello, se sabe que el hidro británico *Blue Rocket* alcanzó los 563 de media. Pero los americanos no han dicho adónde han llegado con su avión *Misterio...*



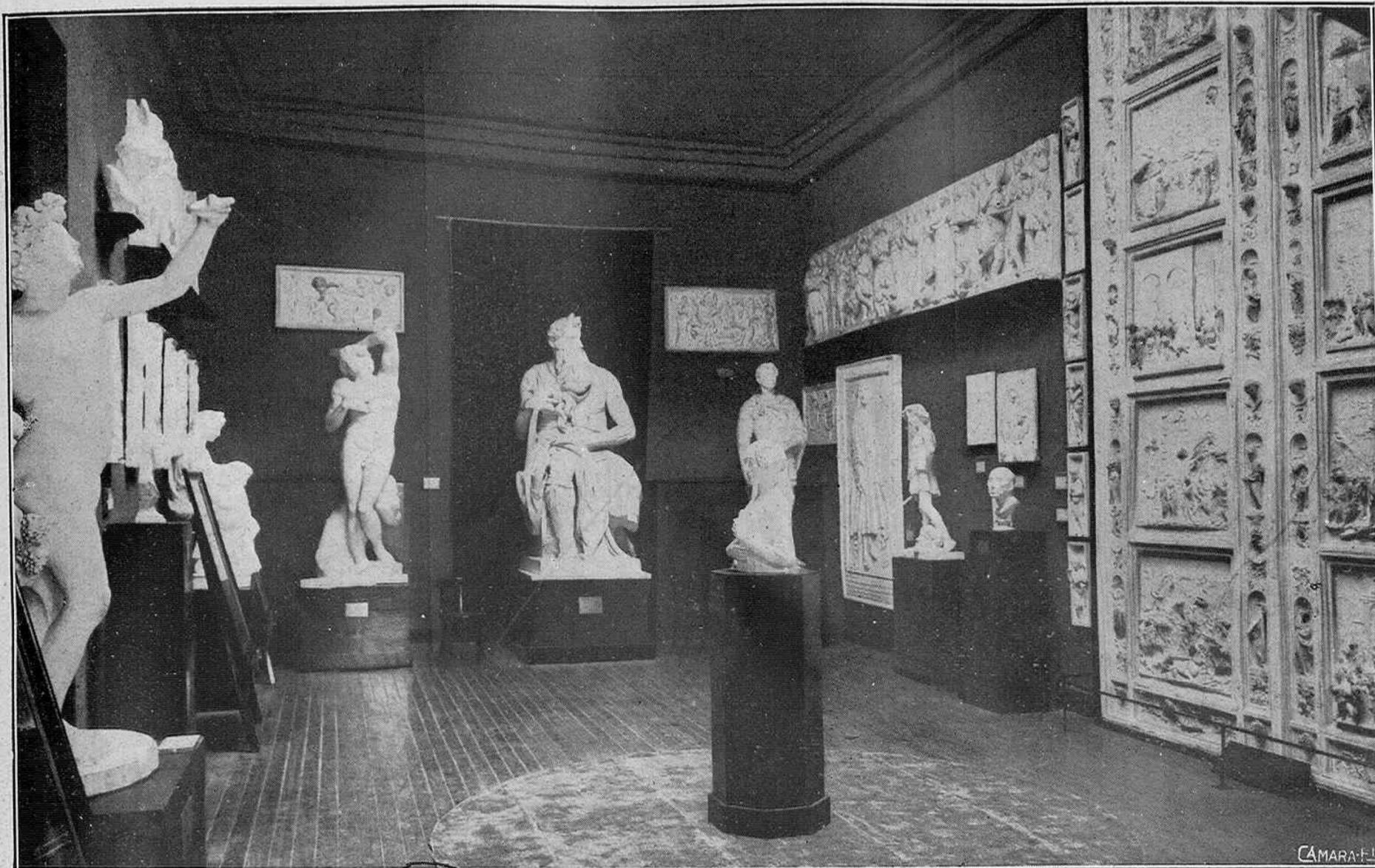
El hidroplano británico preparado secretamente para la «Copa Schneider», que, bautizado con el título de «Misterio», hizo sus primeros ensayos hace pocos días en Calshot (Fots. Agencia Gráfica)



**MUJERES  
DE HOY**

He aquí dos estudios fotográficos obtenidos en un campo de deportes femeninos: dos estudios de piernas ágiles, fuertes, bellas, con esa belleza moderna en la que vuelve a ser, rediviva, la belleza femenina de la Grecia antigua... El friso inferior, de ritmo y movimiento clásicos, podría, en efecto, haber sido esculpido en las piedras del Partenón (Fots. Agencia Gráfica)

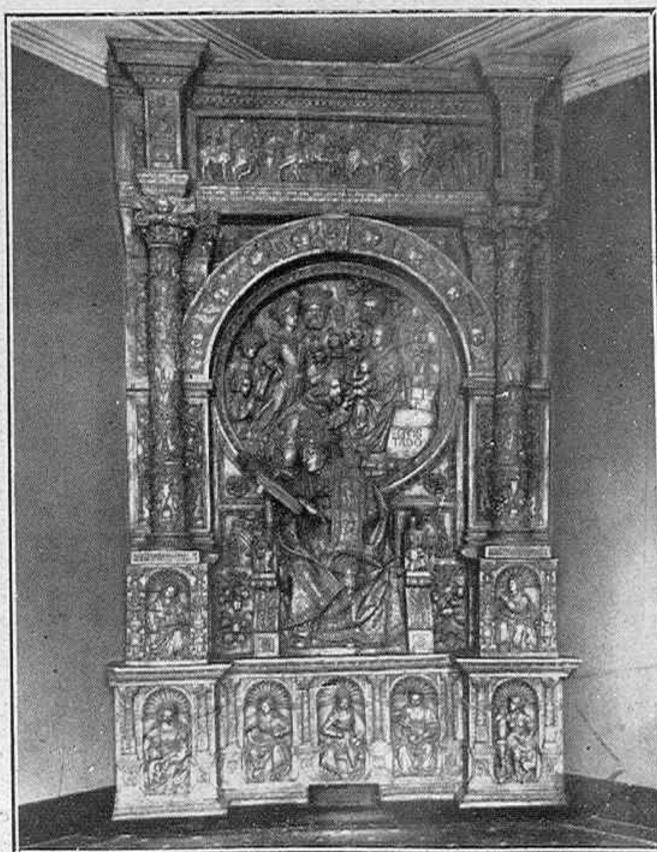
CAMARON



Museo de Reproducciones.—Las nuevas salas: la del Renacimiento italiano

## HACE FALTA UN EDIFICIO DE DIMENSIONES ADECUADAS LAS SEIS NUEVAS SALAS DEL MUSEO DE REPRODUCCIONES

EN el Museo de Reproducciones artísticas se han inaugurado recientemente seis nuevas salas y tres reorganizadas. El esfuerzo inteligente de un hombre de la cultura y la preparación estética del director, D. Gonzalo Díaz López, ha cuajado en un admirable enriquecimiento de valiosísimos ejemplares. Hay piezas de renacimiento belga, francés, español, y modelos de arte medieval español y flamenco. Estas magníficas reproducciones que llenan las salas han sido obtenidas por compras de colecciones del Museo y por cambios con los Museos extranjeros: del Cincuentenario de Bruselas, del Southkensington de Londres, del de Escultura comparada del Trocadero de París, y otros, además de las aportaciones importantes del taller de vaciado del Museo de Reproducciones, que reproduce modelos de arte español. Nuestro Museo tiene un equipo—corto en número, pero fuerte en calidad—de habilísimos vaciadores, moldeadores, montadores de los vaciados en yeso y policromadores, y artistas del prestigio de Torres Izunza y Benito Bartolozzi. Pero si ha de alcanzar su máxima categoría artística y docente, es necesario dotarlo de un edificio de dimensiones adecuadas á la



Sepulcro de Don Alonso «el Tostado», obra de Vasco de la Zarza (Catedral de Avila)

cuantía y tamaño de las obras que ha de guardar. Actualmente existe un abigarramiento excesivo. La falta de espacio hace que se amontonen los ejemplares en las salas. Y si ya es difícil la colocación de los actuales, ¿dónde instalar los que llegan constantemente? Ahora se va á intensificar todo lo que atañe á las reproducciones de arte español; pero frente á este propósito se yergue la amenaza de la limitación del espacio. El Museo, creado por Cánovas del Castillo en 1879, ha adquirido hoy una gran importancia, y exige perentoriamente un palacio digno de su rango.

El Trocadero de París tiene grandes naves, en donde el visitante puede ver la fachada entera, reproducida, de una Catedral. En las salas actuales de nuestro Museo, á duras penas cabe el pórtico de una iglesia del medioevo.

### EJEMPLARES DEL ARTE MEDIEVAL ESPAÑOL

En esta sala hay interesantísimos modelos en yeso, entre los cuales se destaca el sepulcro de D. Gil Alvarez Carrillo de Albornoz. De este sepulcro, cuyo original está en



Virgen con el Niño Jesús, original en mármol del siglo XIV, que guarda la Iglesia de Nuestra Señora, de Amberes

la capilla de San Ildefonso de la Catedral toledana, se han hecho tres vaciados: uno para este Museo, otro para el de los Papas, en Aviñón, y otro para el colegio español de San Clemente, en Bolonia.

La escultura funeraria de D. Martín Vázquez de Arce, caballero de la Orden de Santiago, muerto en la guerra de Granada el 1486, existente en la Catedral de Sigüenza y conocida por *El Doncel*.

Pila bautismal del Monasterio de Guadalupe (Cáceres), obra de Juan Francés: 1402.

Puerta «Speciosa», del Santuario de Nuestra Señora de Estíbaliz, obra románica de la segunda mitad del siglo XII ó primer tercio del XIII; compónese de cuatro columnas con sus capiteles correspondientes, igual número de archivoltas abocinadas, y dos jambas; todo decorado con algunas figuras esculpidas y con hermosas y abundantes labras de estilización vegetal.

La magnífica puerta de San Miguel, de Estella (Navarra), de la época de transición de los siglos XII al XIII.

Ventanales y labores en yesería, de estilo mudéjar (siglo XIV), de la sinagoga toledana, conocida por *El Tránsito*.

Cabeza de D. Juan Contreras, arzobispo de Toledo, muerto en Alcalá de Henares en 1434. Pertenece el original, de alabastro, al sepulcro de dicho arzobispo, existente en la capilla de San Ildefonso, de la Catedral primada.

*El Descendimiento*, altorrelieve, del siglo XV, cuyo original, de mármol policromado, se conserva en la capilla de San Juan y de Santa Catalina, de la Catedral de Sigüenza.

Puerta románica de San Pedro de Villanueva (Asturias).

Pila bautismal, conservada en el Santuario de Nuestra Señora de Estíbaliz (Vitoria). Es obra del siglo XII.

Apostolado de la cámara santa de la Catedral de Oviedo, estatuaria del siglo XIII, que procede de la escuela compostelana.

Púlpito de estilo gótico florido. El original, en mármol blanco, figura en la Catedral de Sigüenza; es obra de fines de 1495, después de la muerte del cardenal Mendoza, cuyos escudos se ostentan en tan notable cátedra.

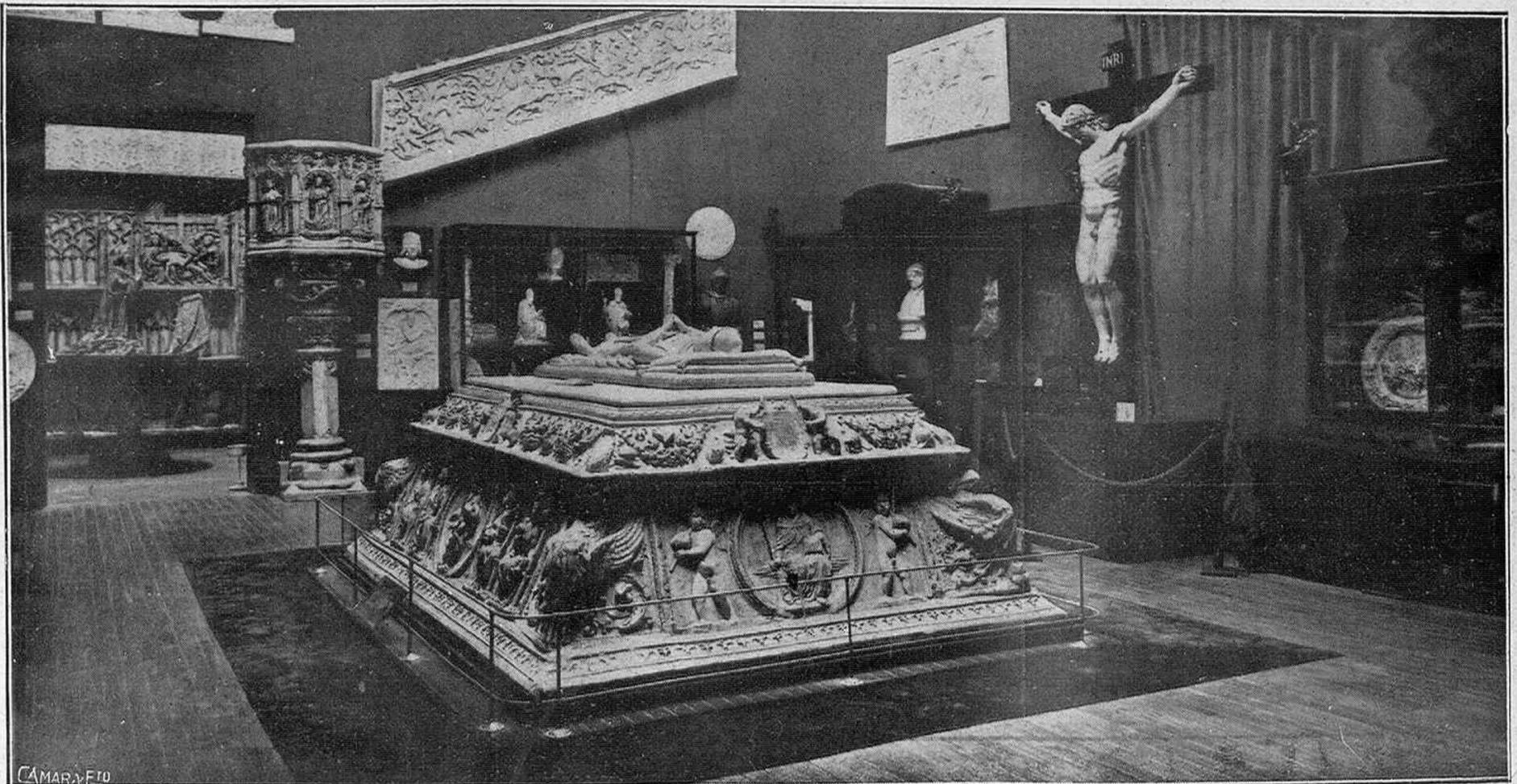
San Carlomagno, obra de Guilhem de Cors, en el año de 1435.



La Virgen y el Niño Jesús, por Miguel Angel (Brujas)

#### EJEMPLARES DEL ARTE DEL RENACIMIENTO ESPAÑOL Y CONTEMPORÁNEO

Entre otras reproducciones, está el sepulcro de Alonso «el Tostado» (1400-1455), ejecutado en el año de 1518 por Vasco de la Zarza. Se conserva en la Catedral de Avila.



Sala del sepulcro del Príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos



Sala medieval de arte belga

Hermosos vaciados, correspondientes al salón principal del palacio de los condes de Miranda, en Peñaranda de Duero (Burgos).

*San Juan Bautista*, tablero tallado por Diego de Siloe (Burgos, 1520), de la sillería de coro de San Benito, de Valladolid.

*San Pedro de Alcántara*, de Pedro de Mena (años 1628-1688), propiedad de los marqueses de Villadarias. Copia de Juan Cristóbal y policromía de González Ibaseta.

Puerta plateresca que luce á la derecha y en el interior de la Catedral de Toledo, entrando por la del Reloj, y estatua del *Dante*, cuyo original fué hecho por Jerónimo Suñol

EJEMPLARES DE ARTE BELGA MEDIEVAL

Existe una abundancia de excelentes reproducciones de obras de [ab]olengo del arte belga medieval. El trabajo de eliminación para el reportero es difícil, pues por la categoría de las copias, todo lo que hay en la sala tiene derecho á ser anotado y destacado. Existe un retablo gótico del siglo XIV, estupenda reproducción del original, en madera, que se conserva en el templo de San Salvador, de Haekendo-ver (Brabante).

Pila bautismal, cuyo original, en cobre, fué ejecutado por Renier de Huy en los comienzos del siglo XII. Se guarda este ejemplar en la iglesia de San Bartolomé, de Lieja.

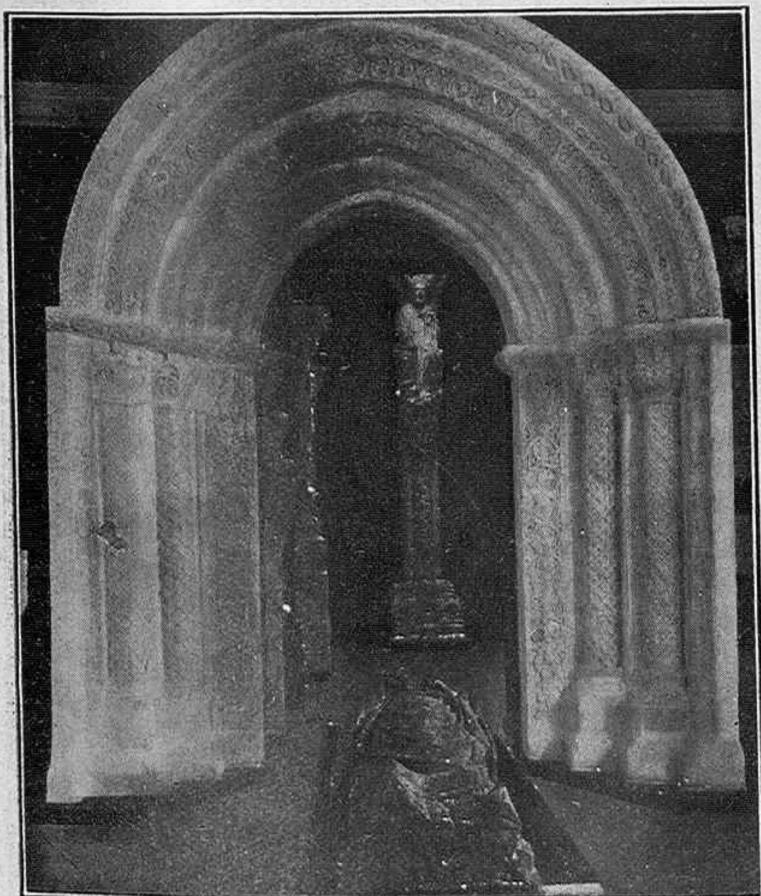
*La Virgen y el Niño Jesús*. El original corresponde, en piedra, á la portada sur de Nuestra Señora de Hal; es una preciosa escultura de fines del siglo XIV.

Un *San Miguel*—el original, de piedra—, labrado en la décimoquinta centuria y conservado

en la iglesia de Santa Waltruda, de Mons.

Piedra funeraria de Juan de Melún—murió en el año de 1484—y de sus dos esposas: Juana de Luxemburgo y Juana d'Abbeville (muertas, la primera, en 1420, y en 1480 la segunda), obra turnesiana del siglo XV, existente en el castillo señorial de Antoing.

*La Virgen, Cristo crucificado y San Juan*,



Puerta «Speciosa» del Santuario de Nuestra Señora de Estíbaliz (Alava)



Chimenea plateresca del palacio de los Condes de Miranda, en Peñaranda de Duero



Sala gótico-española, con el notable sepulchro de «El Doncel», de Sigüenza

obra del siglo XIII, cuyos originales, en madera, corresponden a la iglesia de Lowaige (Limburgo).

EJEMPLARES DEL ARTE RENACIENTE ITALIANO Y DEL RENACENTISTA FRANCÉS

*David*, escultura del Verrocchio. Se conserva el original en el Museo Nacional de Florencia. *La dama de las flores*, también del Verrocchio, y *Guerrero*, busto de Antonio Pollajuolo. El

*Cristo*, de Benvenuto Cellini, del Monasterio del Escorial, y *La Virgen con el Niño*, de Miguel Ángel, existente en Brujas.

Del arte renacentista francés existe un *Niño sosteniendo una cesta con fruta*, relieve original de Esteban Lehongre (1628-1695), existente en el parque de Versalles.

Busto de mujer, obra anónima de mediados del siglo XVI, que se custodia en el Museo de Lyon. El obispo de Orleans, Juan de Morvilliers, cuyo original, en bronce, fué hecho por Germán Pilou por los años de 1535-1590.

Relieve decorativo del basamento de la tumba de Francisco I, existente en la antigua iglesia abacial de Saint-Denis, obra de Pedro Bontemps y Francisco Marchán, ejecutada en los años de 1556 á 1558, en el taller de Ambrosio Perret y de Jacobo Chauterel.

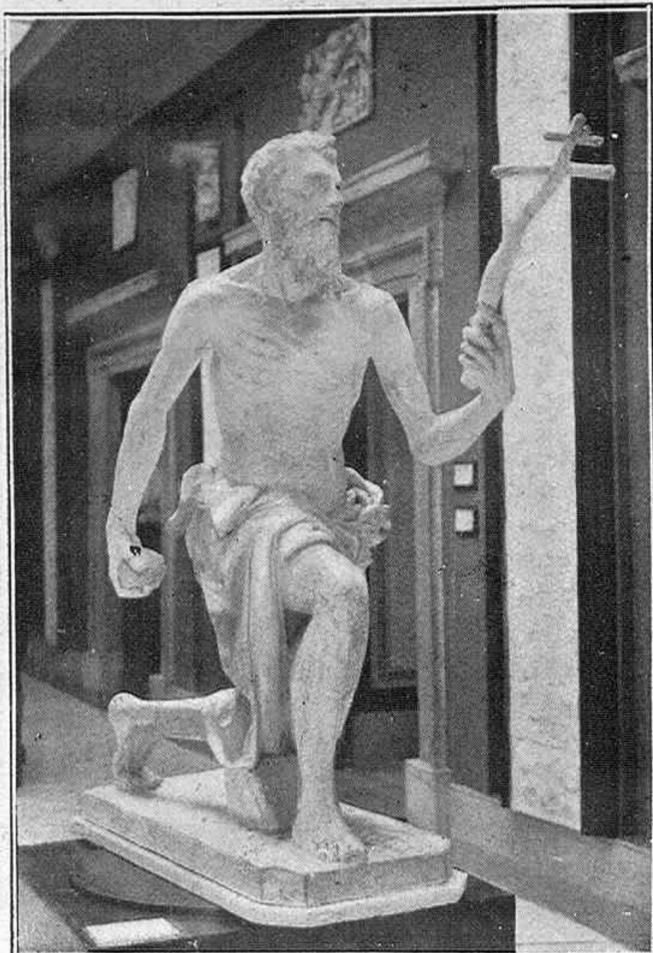
Ninfas que personifican los ríos de Francia, relieves de Juan Goujón, que figuran en la fuente de los Inocentes, de París, construída desde el año de 1547 á 1549...

Es grato, agradable y educativo un paseo por las salas del Museo de Reproducciones. Las grandes obras custodiadas en iglesias, galerías, palacios y museos nacionales y exóticos tienen aquí su fiel y exacta representación. El yeso,

manejado hábilmente por la mano del artista, regala á nuestros ojos la visión amada y sugestiva de los viejos y riquísimos ejemplares que *duermen su siesta milenaria* en los cenobios, bajo las criptas catedralicias y los viejos salones aristocráticos, pregonando—en su copia ó remedo—el instante glorioso en que surgió en el cerebro del hombre el divino espíritu de la belleza que él inmortalizó.

H. R. DE LA PEÑA

(Información gráfica de Cortés)



San Jerónimo, obra de Pedro Torrigiano (Plasencia)



Sepulchro del cardenal Tavera en el Hospital de San Juan Bautista (Toledo)

# Doña Tartufo



*Echea*

*Vieja flaca,  
enemiga del amor,  
con macilento color  
de espinaca,  
ásperas tocas de dueña  
y calcetas de algodón;  
humildad en la estameña  
é iracundia en la intención.  
Añeja doña Tartufo,  
septuagenaria virtud  
que hace aspavientos y busca  
á la alegre juventud,  
y á la belleza fragante  
de la mujer,  
y á la embriaguez delirante  
del placer.*

*La lúgubre enterradora  
de la triunfal  
galanía seductora  
del Carnaval.  
Cordura que vale poco  
porque en la edad se aconseja;  
virtud reumática y vieja  
contra amor lozano y loco.*

*Bobería,  
hipocresía;  
melindrosos aspavientos  
bajo del manto de arpía  
de rancia trotaconventos.  
Corazón acartonado,  
no es capaz de perdonar  
el pecado,  
porque ya no puede amar  
doña Tartufo, la flaca,  
que abomina del amor*

*tras de una historia bellaca  
que ahora enciende de rubor  
su faz color de espinaca.  
Y que por bien parecer,  
en torno á las niñas ronda  
hablando mal del placer  
con su boca seca y monda.*

Emilio CARRERE

(Dibujo de Echea)

## ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?  
OTRAS DOS OPINIONES

ORTIZ ECHAGÜE

Ilustre pintor

(Fot. Cortés)

ORTIZ ECHAGÜE

ORTIZ Echagüe no es de esos hombres que al hablar aderezan su parla con gestos desorbitados ni meneos excesivos; al contrario, durante la conversación sus músculos faciales están en reposo, sin hacer una arruga en la cara, y su atavío de *gentleman* no se emplebece con los dobleces y frunces que descomponen los trajes de los individuos de exterior dinámico y bullicioso.

Parsimonia norteña, en apariencia, y fogosidad levantina en el fondo: he aquí la impresión que da este ilustre pintor, cuyos pinceles descansan de la violencia cromática de los paisajes españoles hurgando en las suaves y blandas perspectivas holandesas.

Sentados en un banco rústico, en un templete coronado de hojas, que el sol de esta tarde canicular convierte en oro; aquí, en este remanso de la bella finca de la Fuente del Berro, se abre el diálogo. El suave movimiento de las hojas de los árboles, el murmullo del agua, el chillido de un pájaro, nos invitan á ser espectadores silenciosos de este instante, pero no hay más remedio que empezar. Y vemos en seguida que las palabras que traíamos no nos sirven para lanzarlas en este sitio. Son demasiado ásperas y agresivas. Suenan á lucha, al bronco forcejeo de pelea entre los hombres contra la arbitrariedad y la injusticia. Pero ya que no podemos desechar las frases, las decimos quitándole aristas. Y Ortiz Echagüe nos responde, en tono comedido y correcto, mirando de reojo nuestras cuartillas, por temor que troquemos sus palabras. Y dice el notable pintor:

—Es cierto que muchos artistas nos hemos retirado de las Exposiciones nacionales de Bellas Artes; pero esto lo hemos hecho no por orgullo, ni por una desmedida vanidad, sino porque el local donde se celebran no reúne las condiciones adecuadas. Este es uno de los principales motivos de nuestro retraimiento. Preferimos exponer nuestros cuadros en exposiciones individuales, antes que llevarlos á ese local. ¿Por qué no ha de tener Madrid un palacio para Exposiciones como el que existe en París?

Respecto á las Exposiciones nacionales, yo las creo necesarias y utilísimas para el artista,

para la colectividad y para el prestigio de España en este aspecto de las Bellas Artes. Ahora, que deben irse renovando, marchar con el ritmo de los tiempos, para lo cual es necesario que no sean del Jurado los mismos señores que lo eran hace treinta años.

La primera medalla influye indudablemente en el acrecentamiento de la reputación del que la gana. Pero este premio no es para que el individuo se duerma, ni se anquilese. Es un gran estímulo, sobre todo en los primeros años. A mí me ha salvado la medalla de momentos difíciles, y en mis viajes por el Extranjero ha tenido verdadera eficacia. Pero es necesario aumentar la asignación económica de los premios. El artista se desenvuelve en España en un ambiente refractario y pobre, y hay que ayudarle mejor que hasta ahora.

El conde de las Infantas tiene muy buenas iniciativas y está bien orientado. El nuevo reglamento, ¿lo conoce usted?...

—No, señor Echagüe.

—Pues tiene todas las garantías para el artista. Pero el éxito de la ley está en su interpretación. Es decir, del criterio humano que ha de aplicarla.

Aunque la frase sea fuerte, es necesario decirlo: debía de ejercerse una especie de dictadura en el arte. A juicio mío, para evitar las luchas, las polémicas, las injusticias y trifulcas del Jurado, yo nombraría todos los años á un solo juez responsable. Un hombre solo—renovable cada año—, persona de calidades éticas, de absoluta confianza de carácter y de inteligencia. ¡Y si además fuera posible que este hombre que había de juzgarnos á todos, no supieran los artistas que era el encargado de esta misión hasta que estuviera hecho el reparto de los premios!...

La cosa no es de gran dificultad, pues en todas las Exposiciones basta una ojeada rápida para darse cuenta de la estatua ó el cuadro que merece la primera medalla.

Para la crítica de arte yo tengo motivos de agradecimiento. Vegue y Goldoni me parece un hombre sincero, inteligente y entusiasta defensor de todo lo que encuentra bien; Alcántara, Méndez Casal, Domenech y otros poseen cualidades estimabilísimas, y son, principalmente,

muy honrados en su proceder y honestos en sus juicios. Pero, sin personalizar, creo que los críticos que se erigen en discernidores de nuestro trabajo, y como un gremio superior que bulle al margen del arte, son recusables; pues así como en cuestiones de medicina el que sabe más es el médico, en estos afanes de pintura, el mejor preparado para conocerlos es el pintor. Y si es verdad que existe un público que necesita que le den la opinión hecha, peor para ese público.

En lo referente al estado actual de nuestra pintura, yo soy un entusiasta de ella. Se ha conservado nuestra pintura muy sana y muy moderna, sin dejarse llevar por las enfermedades pasajeras y los esnobismos, ni ir arrastrada por eso que llaman inquietudes, y no son más que pesadillas. El artista español se entrega á su temperamento, y no busca la originalidad fuera de él, entre otras cosas, porque sabe que la originalidad no hay que buscarla, sino que se lleva ó no dentro de uno mismo. Hay pocos sitios en el mundo donde haya, como lo hay aquí en Madrid, un grupo de pintores tan brillante y tan cargado de fuertes realidades estéticas.

JOSÉ SOLANA

Tipos de jeta dura, mirada aviesa y vitola carcelaria; perdularios, hampones, buscavidas y virotos de manos prontas para el despojo, y de pies de gamo para la huida. Las gentes pintadas por este ilustre artista nos hacen pensar en esas lamentables coplas flamencas que son un muestrario de crueldad y de desdichas. El pincel de Solana es la garra que arranca el trozo de carne social sangrante. ¡Qué lejos estamos aquí de las figuras de alfeñique, de los pulidos escorzos, de los tonos gratos á la retina, del *modelo adulado*, para no herir la sensibilidad burguesa! ¡Y qué fuerza, qué independencia, qué enorme confianza debe poseer un artista en sí mismo para no envilecer su trabajo, aunque éste resulte *desagradable*!

Los «personajes» de Solana tienen el viejo tono hispano, de maciza y acérrima sinceridad, y de raigambre tan castiza, que si queremos encontrar sus genealogías, hay que buscarlas en el Arcipreste de Talavera ó en el de Hita. Esta pintura es como los buenos y recios caldos ibe-



JOSE SOLANA  
Ilustre pintor

(Fot. Cortés)

ros, cuyo fermento nos salta á los ojos. La trágica vida española tiene en este artista su más formidable intérprete. Y no es cruel Solana, sino verídico. Un cuadro de este artista original y truculento es el mejor camino para llegar á esa plebe abyecta mixtificada por la literatura y el arte burgués, y para tropezar con el alma supersticiosa y torturada del pueblo.

.....  
José Solana nos saluda con los ojos muy abiertos, como si acabara de despertar. Nos dice que le hemos dado una sorpresa, y que en este momento anda escaso de palabras. Yo le ruego me pague su contribución verbal á la encuesta, y Solana, lento, va poniendo sus palabras una tras de otra, como un chico los soldaditos de plomo.

—Las Exposiciones—empieza diciendo—no deben desaparecer, ni tampoco las medallas, que es el premio que el Estado concede á los artistas.

Yo vengo concurriendo á las Exposiciones desde hace muchos años, y siempre que he acudido á ellas me ha producido una gran satisfacción, aun sabiendo que algunos de mis cuadros podían ser rechazados ó llevados á la *sala del crimen*. Pero la cuestión era figurar cerca de los amedallados y *darles en la cabeza*, á ser posible, pues las Exposiciones nacionales son parecidas á los *matches* de boxeo, y tarde ó temprano se impone el que tiene la mano dura.

Cuando se celebraron las Exposiciones de artistas ibéricos y la del Botánico, muchos creyeron que aquellos individuos no iban á dejar títere con cabeza, y... no pasó nada. Allí vimos á los secuaces del excéntrico Picasso, á los del marracho y *versallesco* Van Dongen, de Matisse, de Fuchita y tantos otros, entre los que no hay que olvidar á los pintores del corcho; á los cubistas, con sus etiquetas de maletas y latas de conserva; á Dalí, á Bores, á Pruna, etc., etc.; á todos esos *pollos peras* pictóricos, y esos otros que si-

guen las modas impuestas por los comerciantes judíos de París.

En la actualidad, las Exposiciones tienen más ventajas que antaño para los artistas nuevos, pues hay más curiosidad y comprensión colectivas, y la crítica es infinitamente más culta y comprensiva.

Yo creo que no debe regatearse el dinero que se haya de gastar en la cultura del país, y el que se emplea en las Exposiciones contribuye mucho á elevar el nivel estético del pueblo. La protección económica con que el Estado puede ayudar á las Exposiciones nacionales durante cincuenta años es completamente ridícula, comparada con lo que cuesta un acorazado, que al cabo de muy pocos años es un montón de hierro inútil. Un buen museo es gloria y gala de un pueblo que se llame culto. Por ver el *San Ildefonso*, del Greco, se puede ir á Illescas; por admirar *El entierro del conde de Orgaz*, ir á Toledo; por extasiarse ante el *San Mauricio* y *El sueño de Felipe II*, del Greco, bien merece la pena hacer un largo viaje.

Respecto á los jurados, éstos no son infalibles, y, por lo tanto, no se les puede pedir más que buena fe. Y aun con sus errores é incomprensiones, cuadros como *La muerte de Lucrecia*, de Rosales; *Un retrato*, de Alenza, y *El torero herido*, de Lizcano, salvan del estigma á los jurados, á las Exposiciones y al Museo de los marrachos adquiridos.

Se dice también que no son necesarias las Exposiciones nacionales, porque el artista las puede hacer individualmente; pero las Exposiciones individuales tienen el inconveniente de no apasionar ni al público ni á los artistas, que casi nunca se enteran que existen. Además, la mayoría de los cuadros que se adquieren en estas Exposiciones individuales suelen ser de artistas mediocres que huyen de las Exposiciones

nacionales, temiéndole al juicio de sus propios compañeros.

En una Exposición de mis cuadros celebrada en el Museo de Arte Moderno, y por cierto con gran éxito, quedaron en depósito dos cuadros míos, para elegir uno de ellos que debía ser adquirido para el Museo. Después de una espera agobiante de siete meses, los tuve que retirar, en vista de que no se ponían de acuerdo para tomar una decisión el Patronato y las personalidades de dicho Museo.

Se habla mucho de la inmoralidad que significa la medalla en su aspecto de alcanzar con ellas prebendas públicas. Yo ignoro todo eso. De mí sé decir que la medalla que poseo—por cierto, y afortunadamente, muy discutida—sólo me ha servido como recuerdo del cuadro que tengo en el Museo Moderno.

Según tengo entendido, hace años los artistas amedallados decoraban iglesias y los edificios públicos. Hoy, á excepción de algún pintor pastelero y con protección jesuítica, las iglesias se adornan con cromos y santos de escayola; y en cuanto á los edificios públicos, yo no sé quién los decora, aunque supongo que serán los amigos de los arquitectos, pues yo nunca he leído el anuncio de un concurso pictórico al cual puedan acudir artistas con ó sin medalla.

Y para concluir, he de decirle que, para mí, la parte más inmoral de las Exposiciones nacionales es la referente á la Medalla de honor. Este premio se da por votación entre los artistas amedallados, en vez de ser hecha por un jurado de altura y consciente de su responsabilidad. Por esta causa, la Medalla de honor se viene otorgando, desde hace años, á artistas pasteleros, viejos incapacitados física y moralmente, verdaderas nulidades artísticas. Esta Medalla de honor debía suprimirse.

JULIO ROMANO

Cuentos de  
"LA ESFERA"

## AL DECIR DE LAS MUJERES

Y las mujeres, que eran tres, dos viejas y una moza, congregadas en la calle, ante el portal de una casuca de un viejo lugar castellano, acomodadas en sendas sillas bajas, en tanto que cada una se ocupaba de su labor, así decían:

—Lo digo á usted, Pura, que cada vez me pezo más por saber el drama que ha pasado ayer en la finca de doña Julia.

—Dicen en el pueblo que vino el novio que la señorita Carmen tenía en Madrid y que quiso matarla en el jardín; otros, que se encontraron él y don Anselmo, el futuro..., y que tuvieron que separarlos... ¡Qué sé yo!—añadió la moza.

—Valiente sinvergüenza el abogadillo madrileño. Por supuesto, como todos los hombres—sentenció la llamada Pura.

—Pero, ¿usted sabe?

—Sé todo..., como si lo hubiera visto, Casta.

—¿Y puede usted callarse?

—Es que lo sé... en secreto.

—El saberlo nosotras es como si no lo supiera nadie. ¿No es verdad, Socorro?

—Por mí..., ¡ni mi novio ha de saberlo! Pero la culpa de todo esto la tiene don Anselmo, por haberse metido por medio con su dinero.

—Se metió para hacer un favor á doña Julia y librarla de la ruina, levantando la hipoteca que tenían las tierras y la finca. Ella es la que obliga á la señorita á casarse con él.

—El dinero todo lo explica—dijo Casta—. Y si el abogadillo ese no tiene un real...

—Ni esperanzas de tenerlo—replicó Pura.

—Pero ellos bien se querían—interrumpió Socorro, indignada.

—Tú qué sabes.

—Lo sé porque la doncella le cogió una carta á la señorita y nos la leyó á mí y á otras. El la juraba amor hasta la muerte...

—Pamemas—refunfuñó Casta.

—Pues vea usted cómo en cuanto ha sabido que la señorita se casaba con otro se plantó aquí ayer...

—Es cierto que vino..., pero oigan lo que ha pasado:

Las tres mujeres, corriendo las sillas, formaron un compacto grupo, y Pura, con voz misteriosa, comenzó á grandes rasgos el siguiente relato, que nosotros con más detalles trasladamos al lector.

•••••

Nerviosa, inquieta, Carmen esperaba en su habitación. Carmen era una mujercita de veinte abriles, atrayente y de no escasa belleza. No muy alta, pero esbelta, gentil y airosa. Vestía un traje blanco. En su rostro, de afiligranadas facciones, se notaba el cansancio moral que la dominaba, consecuencia de una noche inacabable de nerviosidad y de insomnio. Sus grandes ojos azules aparecían rodeados de intensas ojeras. La inquietud de aquel momento significaba la que precede á todos los actos trascendentales de nuestra vida. Iba de una silla á otra; se ponía ante el espejo de un lindo tocador sin mirarse en él; se asomaba á la ventana que se abría sobre un extenso jardín con pretensiones de bosque...

Al cabo de unos minutos, la puerta de la habitación se abrió bruscamente, y Dolores, asomándose, dijo:

—Ya está ahí, señorita.

—¿Dónde?

—Junto al estanque espera impaciente.

—No te olvides de vigilar.

—No tenga usted cuidado, señorita.

La doncella se retiró. Carmen, con mirada de súplica, contempló una imagen de la Virgen, y después salió precipitadamente de su cuarto, para correr al jardín.

Al llegar junto al estanque, los brazos de un joven, que no más de veinticinco años contaría, alto, moreno y no mal parecido, la recibieron, estrechándola con fuerza.

—¡Carmen!

—¡Julio!... ¿Por qué has venido?

—Porque me roban mi felicidad... y quiero defenderla.

—No, Julio; no tiene defensa posible...

—Es cierto. ¿Cómo he de defenderla si tú eres la primera en entregarla?

—Julio, por Dios, no me atormentes; no tortures más mi pobre corazón, que á punto está de romperse en mil pedazos...

—¡Tu corazón! ¿Acaso lo tienes?—dijo el joven, dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo.

—¿Qué dices, Julio; qué dices?

—Digo que juraste ser mía..., y que no cumples tu juramento, puesto que vas á casarte con otro.

—¿Y qué he de hacer si mi madre me lo pidió de rodillas, con lágrimas de desesperación, porque nuestra ruina era un hecho?

—Amor, ante nada cede cuando es verdadero.

—Amor te tengo á ti y amor á mi madre. ¿Cómo atender á los dos?

—Dando preferencia al que está santificado



—Es que lo sé... en secreto

por un juramento. Pero á ti, ¿qué te importa eso? Con toda calma has preparado tu crimen, interrumpiendo nuestra diaria correspondencia, con el pretexto de que la vigilancia de tu madre te impedía escribir; con toda calma has esperado hasta ocho días antes de tu boda para darme la noticia, y con ella la muerte...

—¡Oh, calla, calla por Dios! Si tú fueses capaz de comprender mi tortura de todo ese tiempo, no me hablarías así. ¿De dónde sacar valor para decirte lo que era inevitable? ¿Cómo decirlo? ¿Cómo escribirlo, si hay cosas tan horribles, que la pluma se niega á exponerlas?

—Acaso la pluma es más noble que tu corazón.

—Por lo menos, no es tan cruel como tú.

—Cruel porque no quiero perderte, porque eres mía..., ya que juraste serlo. Pero juramento en labios de mujer fácilmente se desvanece. Cásate en buen hora con ese hombre maldito; cástate, que yo te ofrendaré en tu boda el sacrificio de mi vida.

—¡Oh, no, Julio; yo no quiero que tú mueras!... Basta con el sacrificio de la mía, que no tardará en extinguirse.

En aquel momento, las ramas de unos próximos arbustos sufrieron una brusca sacudida; que los enamorados no advirtieron. Carmen, con las manos cruzadas, con los divinos ojos llenos de lágrimas, gemía, suplicaba al contrariado galán. Este cada vez se mostraba más implacable. Hubo un momento de silencio entre ambos. Carmen, secando sus lágrimas, con la mirada febril y el semblante descompuesto, exclamó de pronto:

—Pues bien: dispuesta estoy á demostrarte la verdad de mi amor y á cumplir mi juramento; tuya soy; aquí me tienes á merced de tu deseo...; pero después la muerte ha de borrar nuestro delito.

—¿Morir?

—Morir, sí. ¿Acaso te atreverías á pedirme que sobreviviese á mi falta?

—¿Me das el cielo... para luego brindarme con la muerte?—dijo el joven con espanto—. ¿Ese es tu amor?

—¿Y qué otro puede ser el tuyo?

—Huyamos.

—¿Eso me propones tú?

—Yo te propongo la vida, en tanto que tú me ofrezcas la muerte.

Una voz gruesa, varonil, se dejó oír á una regular distancia, llamando á Carmen.

—Es él—dijo Carmen con terror.

—Es... tu comprador. Ve, acude á su llamamiento... y ofrécele la muerte que me pides á mí...

—Pero es que yo no quiero que tú mueras.

—Yo... procuraré olvidarte..., convencido de que no eres digna de un amor tan grande como

el mío—exclamó Julio sonriendo irónicamente y rechazando con brusquedad á Carmen.

Y después de mirarla unos instantes, se alejó por entre los árboles en demanda del postigo que le había dado entrada.

Fué un momento solemne. Carmen, sin poder hablar por el asombro que sufría, tendidas las manos en actitud suplicante, quedó unos segundos contemplando á Julio. Cuando éste desapareció, la joven, retorciéndose las manos, pasándolas después con fuerza por su rostro, dió un grito, y como una loca corrió hacia el estanque y se arrojó en sus aguas.

A los pocos segundos, un hombre, echándose al agua, sacaba á la desgraciada joven, desmayada. En los robustos brazos la llevó á la casa.



Carmen, sin poder hablar por el asombro que sufría, tendidas las manos en actitud suplicante, quedó unos segundos contemplando á Julio

Don Anselmo, prometido de Carmen, era quien la había salvado.

Durante la entrevista de Carmen y Julio llegó al jardín, buscándola, y pudo sorprender su diálogo. Fué su primer intento presentarse; pero después escuchó, y muy satisfecho estaba de haberlo hecho.

Alto, robusto, sin ser grueso, de cara un tanto aguileña, ofrecía un aspecto de viejo hidalgo castellano afable y simpático. Lo era, en efecto, á todos.

En pie junto al lecho de Carmen, la miraba con cariño. La joven aun seguía sin sentido, y su madre hacía vanos esfuerzos por hacérselo recobrar. Ya se hablaba de avisar al médico cuando Carmen dió un suspiro y abrió los ojos...

que á poco se fijaron en su prometido, queriendo adivinar lo que su presencia significaba.

Comprendiéndolo él, con dulzura dijo así:

—Tranquilízate, Carmen; mañana hablaremos.

—¿Mañana? ¿Y por qué no ahora?

—Tu estado exige reposo.

—¡Oh!, no importa.

—Si te empeñas... Poco tengo que decirte...

—Lo que sea.

—Pues bien, cúmplase tu deseo. Conozco, por casualidad y mejor que nadie, lo mucho que vales, Carmen. Pienso que nunca has sido muy amada; pero no quiero ser un obstáculo á tu felicidad, y te devuelvo tu palabra. Diremos que la boda se ha deshecho por culpa mía, por lo que quieras... Sólo por ti lo hago, y en prueba de ello yo

te prometo que esto no será inconveniente para que yo restaure vuestra hacienda.

Visiblemente conmovido dió la mano á Carmen para despedirse del rico hacendado. Cuando quiso retirarla, Carmen la retuvo..., al par que decía:

—Conozco ahora lo que es el amor. Si tú me juzgas digna de ser tu esposa, retén mi palabra, que yo la reitero esta vez con afecto y gratitud.

—Si hay mujeres felices en el mundo, yo te juro, Carmen, que tú serás una.

Terminado el relato, calló Pura.

—Hay que ver... ¡Tirarse al estanque!—dijo Casta.

—Para haberse ahogado—añadió Socorro.

—¿Qué les parece á ustedes?

—A mí, que ella es tonta, y el abogadito, uno como... los demás. Mientras no ha y cuidado, los hombres se matan con mucha facilidad; pero si llega el caso, se les va el amor por los talones; y éste, en cuanto le dijeron que lo del dinero de la niña andaba mal, mucho más—respondió Casta, haciendo un gesto de asco.

—Pues yo creo que si los hubiesen dejado querer se habrían sido felices. Mi Julián no viene por mi dinero.

—Irá por otra cosa. Los jóvenes todos son unos falsos y unos embusteros.

—Y los viejos sólo nos quieren para que los cuidemos...—argumentó Pura.

—¡Qué bien hemos hecho en quedarnos solteras, Pura!

—Y no habrá sido por falta de pretendientes, Casta.

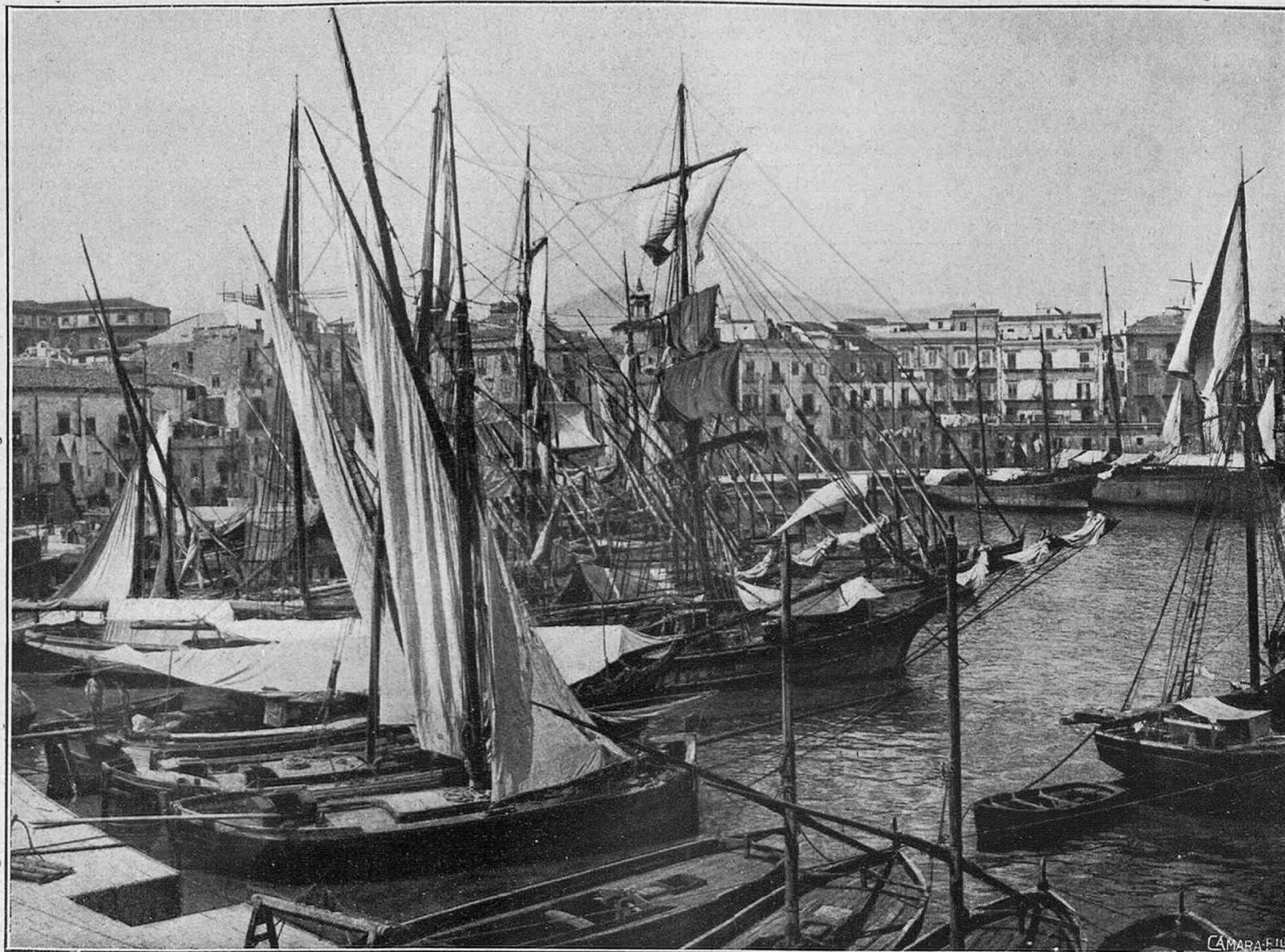
—Pues quedarse por gusto para vestir imágenes no lo comprendo... ¡Ah!, y perdonen ustedes, que allí en la esquina veo á Julián que me espera.

Y Socorrito echó á correr sin oír los comentarios de ambas viejas.

GUILLERMO DIAZ-CANEJA

(Dibujos de Ramirez)

# EL ESPÍRITU DE NÁPOLES



Pintoresco rincón de la Rivera napolitana

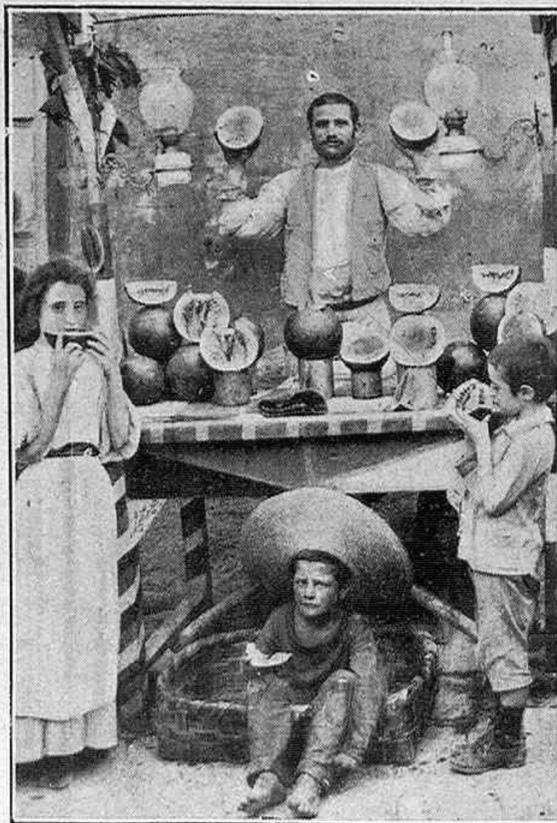
Quizás se ha abusado un poco de las descripciones pintorescas de Nápoles, debido á que en ninguna otra parte podemos ver mejor que allí todo el engranaje de la vida.

Parece que para edificar á Nápoles se agitaron en el fondo de un gran bombo, como bolos, casas, palacios y monumentos, y se arrojaron al azar en ese solar privilegiado.

Las calles de Nápoles dan sensación de bizquera: una casa magnífica al lado de un chamiizo miserable; edificios altos acentuando la chatez de los que tienen próximos. Está todo amalgamado, revuelto, en una yuxtaposición dispar y arbitraria.

Y nada se oculta á la vista del transeúnte. La divina ciudad del Vesubio guarda su despreocupación griega. Se ve el fondo de las casas, ventanas y puertas siempre abiertas. Se sorprende la vida íntima: unos trabajan, otros comen, otros juegan y otros están en las alcobas, acostados ó vistiéndose.

Pero ni siquiera hay que mirar á los interiores; la población está en medio de la calle. Hay mujeres que instalan en ella su máquina de coser; se guisa, se come, se trabaja, se juega y hasta se duerme en plena vía. Allí se discute, se leen periódicos; en las plazas, los *cuentahistorias* recitan versos y narran novelas; vendedores ambulantes pululan por todas partes, con las más diversas mercancías. No hay que ir á los mercados; es mercado toda la ciudad; de los pisos altos bajan cestillas con el dinero y suben con las



Vendedor de sandías

vituallas. En cada esquina hay una frutería, una panadería ó una tienda de comestibles, en cuyo fondo brillan las luces que alumbran á un santo ó á una *madonna*.

Por todos lados hay *banchiarelas* con toldos como quitasoles de playa de baños, en las que se venden peces, carnaza y trozos de bacalao remojado, sobre los que corre continuamente el agua. Asusta la cantidad de comestibles que se venden en Nápoles. No se ven tantos en ciudades más populosas; predominan sobre todo, y forman contraste con ese poético comercio de corales y cosas de arte tan típico del país.

Los extranjeros que se quejan de esos barrios napolitanos, populares, en los que hay palacios é iglesias que obligan á visitarlos, y dicen que huelen á verduras pisoteadas y á ropas sucias, es que no saben respirar la cantidad de fuerza, de vida, que se desarrolla en ese fermento.

Hay que ir á Nápoles en invierno y en verano para formar una idea exacta. En el Nápoles veraniego hay una decoración diferente.

No se ven ya arder por todas partes fogones en los que se guisan *macarroni* y *vermicelli*; los puestos de castañas asadas, con esas mujeres en figura de ánima, no pueblan ya las esquinas; no arden los hornos de la *piscia*, ni las *espigaulas* tuestan el maíz tierno en presencia del público. Todo eso, que era lumbre y calor, y que formaba como una calefacción de las calles napolitanas, ha desaparecido ahora.

Son refrescos y gaseosas lo que se vende en los

puetecillos, ornados de albahaca y de guirnalda de los bienolientes limones de Sicilia y las naranjas de Sorrento.

Está todo lleno de esas frutas exquisitas que admiraba Enrique Heine tanto como las catedrales y los museos, al llegar cansado, según sus palabras, «de la fría Alemania y sus manzanas asadas».

Hay una sensación de frescura por todas partes. Los *vicos* estrechos, con su toldo de ropas goteantes, que siempre parecen pueras, están llenos de sombra. Por la Rivera, donde todos los millonarios del mundo pueden hallar los más lujosos hoteles, pasean los soberbios automóviles, entre simones de jamelgos tísicos; y en la orilla del Golfo, los pescadores y los chiquillos desnudos miran los alegres botes de paseo, de los que salen las románticas *barcarolas*, y ven llegar los barcos de turistas de Capri ó de Ischia, al lado de los grandes trasatlánticos...

Nápoles es, al par, una ciudad democrática y aristocrática por naturaleza, porque esa democracia suya es elegancia, distinción y abolengo.

Las mujeres morenas, con esos «ojos de mar y de Vesubio» de las napolitanas, llevan á la cadera, bajo el mórbido brazo desnudo, los botijos de ¡«Buen agua sulfurosa, fresca, que da dentera!» Ese pregón despierta más la sed de ese agua de *pozo de Samaria* por cómo da la impresión de que está enriquecida por correr entre minerales fundidos en lava y sobre las ruinas de tantas ciudades enterradas.

Por eso tienen más prestigio también las frutas, de plantas cuyas raíces se nutren en esa tierra viva. Las sandías, botijos de agua azucarada, dulce jugo de tierra, mastican, bajo la corteza verde y barnizada, su pulpa roja y los jeroglíficos de sus negras pepitas, incitando á saborearlas.

Los vendedores las cortan con sus cuchillas, de la misma manera que los guajiros cubanos parten de un machetazo las duras cortezas de los cocos frescos. Las sandías ofrecen como ellos su jugo.

¡«Por cinco céntimos tú comes, bebes y te lavas la cara!»

A este pregón acude siempre gente que saborea el apetitoso fruto.

El verano es la época de las fiestas, de las romerías, de las procesiones, que se ven todos los días en las calles de Nápoles. Niñas y niños, con uniforme de fascistas, pasean y cantan en plazas y jardines su himno nacional, y por todas partes resuena el eco de las músicas y canciones *acabadas de estrenar* en Pie de Grotta.

Baños y restaurantes rodean el histórico Castillo de Huevo, cuya leyenda reza que nació de un sortilegio de Virgilio, y que guarda entre sus

muros recuerdos de crímenes y en sus cuevas riquezas aún ocultas. Aquí se verifica la célebre fiesta conmemorativa de la evasión de los habitantes del barrio de Santa Lucía, que escaparon á nado de las galeras turcas. Los *luciani*, con su tradición de marinos, tienen algo de anfibios. En su fiesta hacen chapuzar á los espectadores mejor vestidos, para aumentar el regocijo.

En las noches serenas del verano de Nápoles,

entre las músicas, los cantos, los cohetes y la alegría, se alza la gran luminaria del Vesubio sobre la ciudad única, cuyo espíritu no se puede comprender sin volver la vista hacia los pueblos antiguos.

Nápoles es la última ciudad del mundo que ha sabido guardar el espíritu del paganismo.

C. DE B.



La pintoresca calle de Santa Lucía, en Nápoles

CAMAH



*Los admirables gestos  
de las «estrellas» de la pantalla*

La bellísima Joan Bennett, una de las más jóvenes «stars» de la United Artists, expresa toda la incertidumbre de su alma en este momento culminante del film «Tres amores», en el que interpreta con arte exquisito el papel de heroína (Fot. Agencia Gráfica)

CAMARA

# MASANIELLO

Pocas figuras se encuentran en la historia tan dignas de llamar la atención como la del pescador napolitano Tomás Aniello, que ofrece el más notable ejemplo de la rapidez en el encumbramiento, la apotesosis y la caída.

En sólo *nueve días* Masaniello pasó de la obscuridad á la gloria y de la dictadura á la muerte; su vida breve, pues sólo tenía veinticuatro años, dejó tras de sí una larga memoria.

Masaniello no surge como jefe de un movimiento revolucionario preparado y premeditado. Los Estados italianos, sujetos al dominio español, sufrían pacientemente el despotismo de los virreyes, los abusos crecientes que los empobrecían y los arbitrarios y onerosos tributos que condenaban los pueblos á la miseria.

El descontento latía en el fondo de todos los corazones; pero sólo se manifestaba con esas ingeniosas protestas que son como flechas lanzadas al compás de canciones y chistes, para herir con el ridículo y demoler con la chirigota, formando un formidable estado de opinión.

La caldera hervía; el vapor escapaba por todas las válvulas; una casualidad cualquiera que ordenase cerrarlas bastaría para hacerla estallar; y la mano que había de ejecutar el milagro fué la del joven vendedor de peces Tomás Aniello, nacido en Amalfi en 1623, y al que los napolitanos, con la índole sintética de su lenguaje, llamaban *Masaniello*.

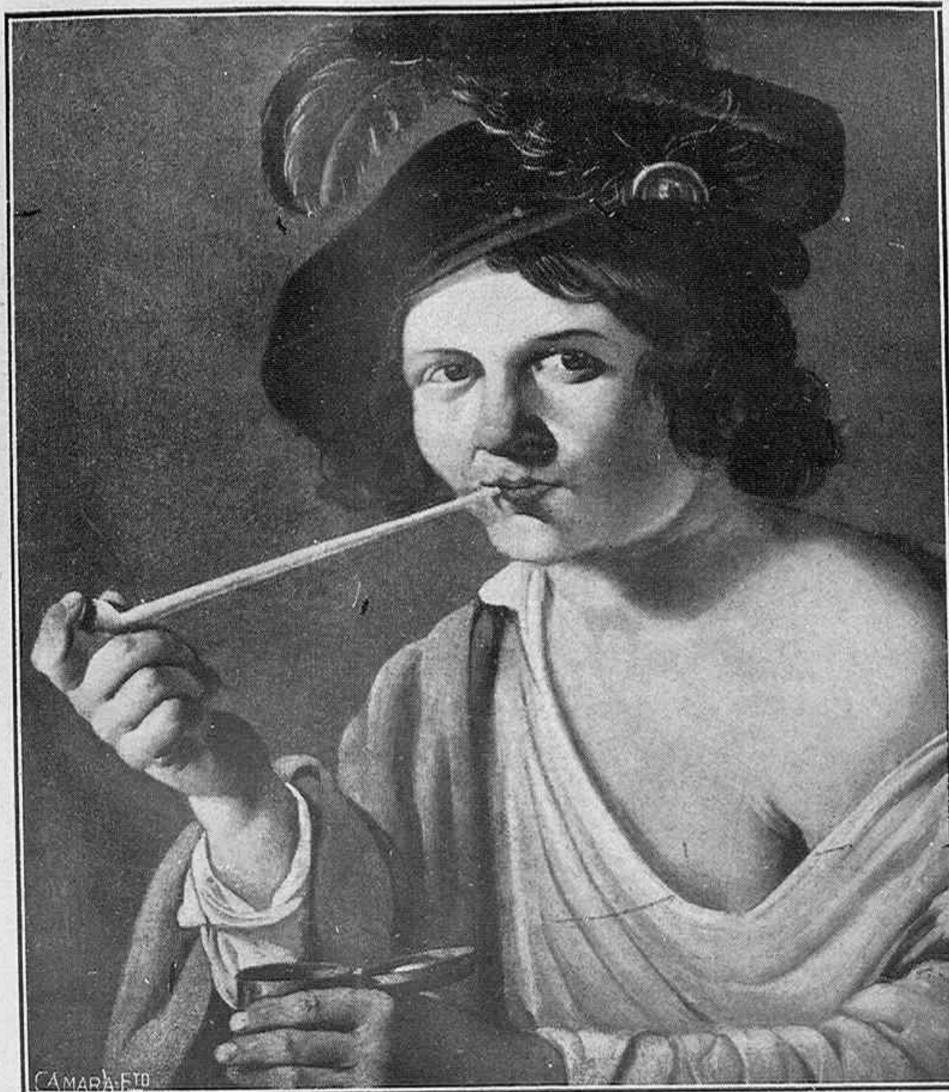
•••••

Estaba el *jovenetto pescinendolo* en la plaza del mercado cuando los servidores del virrey español trataban de cobrar los escandalosos impuestos á los vendedores de frutas y hortalizas, maltratando á los que oponían la menor objeción.

Siguiendo un impulso de su corazón, Masaniello tiró á la cabeza de los empleados del gobierno una cesta de higos, y lanzó el grito de rebelión contra los opresores el día 7 de Julio del año de 1647.

Como reguero de pólvora que se enciende respondieron 5.000 hombres á su acento; el virrey, duque de Arcos, que no se distinguía por su valor, se ocultó en el convento de San Luis y dió un edicto suprimiendo las gabelas.

El pueblo, más enardecido por su triunfo, proclamó su jefe á Masa-



«Retrato de Masaniello», pintura de Miceo Spadaro

niello. Este descubrió dotes de organización insospechadas: formó la milicia urbana y aseguró el orden público, turbado en los primeros momentos de lucha, cuando el pueblo, entusiasmado de su triunfo sobre las tropas y dueño de los cañones del fuerte de San Lorenzo, quemó las casas de los recaudadores.

•••••

Dos días después ya tendieron sus enemigos la primera celada á Masaniello. Bandidos asalariados intentaron contra su vida en la histórica iglesia del Carmen, y milagrosamente escapó de la celada.

Esto le dió aún mayor preponderancia: el gran Ferrante Carafa lo paseó por toda la ciudad triunfalmente á la grupa de su caballo, entre una multitud que lo aclamaba entusiasmada, hasta el punto de que muchos se arrojaban ante él para ser pisados por su caballo.

El orgulloso virrey se vió obligado á parlamentar con el caudillo del pueblo. El día 11 de Julio, Masaniello se dirigió triunfalmente al Castillo Nuevo, y el virrey salió á recibirlo y lo abrazó hipócritamente, asegurándole su amistad. Al día siguiente, cumpliendo lo estipulado, fué el virrey á la iglesia del Carmen, donde firmó las capitulaciones y juró sobre los Santos Evangelios respetar los tratados.

Entonces Masaniello, dando el más alto ejemplo de virtud, que lo apartara de la vulgaridad para presentarlo como verdadero héroe, modelo de lealtad y fortaleza, se despojó de las joyas y vestiduras con que lo habían adornado sus partidarios y volvió solo, á pie, á su humilde morada.

•••••

Sus enemigos no respetaron la nobleza de su comportamiento. Tratado de loco, perseguido y preso, lo mataron á arcabuzazos en la plaza del mercado, teatro de los hechos más importantes de la historia napolitana, y le cortaron la cabeza, para ofrecérsela como trofeo al duque de Arcos, que tan sanguinario y vengativo como cobarde, manifestó gran alegría al verla.

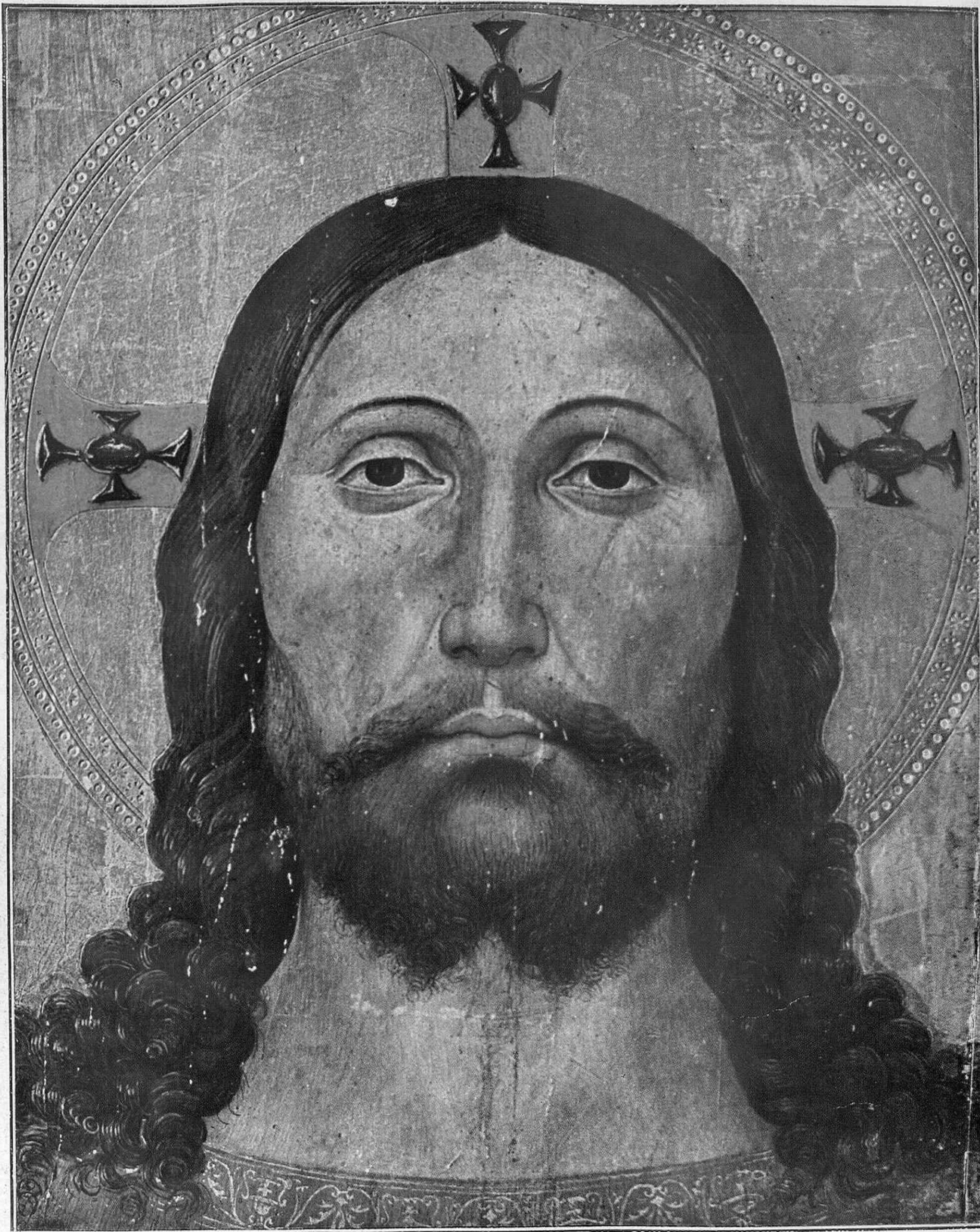
El pueblo se contentó con rendir honores á los restos de su caudillo, enterrándolo en la iglesia del Carmen, bajo una lápida conmemorativa, que yo he buscado en vano, porque indudablemente sus adversarios la hicieron desaparecer, y quién sabe si hasta atentarían á las cenizas del caudillo popular.

Página de grandeza, de locura y de sangre, la historia italiana conserva como fasto glorioso la revolución de Masaniello en 1647, y el joven pescador, que sólo en nueve días conquistó la celebridad y sufrió el martirio, queda como uno de los héroes más brillantes, al par que como un triste ejemplo de la rapidez con que pasiones y ambiciones forjan á los héroes y deshace á los hombres.

CARMEN DE BURGOS  
(Colombine)



«Masaniello llevado triunfalmente por Nápoles en la grupa del caballo de Ferrante Carafa», cuadro de Vincenzo Marinelli



«La Santa Faz», pintura original de Antoniazzi Romano, que se conserva en el Museo del Prado

## LA ESCULTURA ANTIGUA

### Interesantes descubrimientos arqueológicos en Tarragona

EN las obras de excavación que se han efectuado en los bajos de una casa de la Rambla de San Juan, acera Sur, entre las calles de Fortuny y Unión, han sido puestos al descubierto gran número de esculturas y otros objetos arqueológicos.

Dos de estas esculturas, consistentes en un torso desnudo y otra estatua á la que se concede un gran valor, se hallan depositadas ya en el Museo Provincial. Han sido además descubiertos los siguientes objetos:

Un busto en mármol, al parecer representativo de un emperador romano ó una elevada personalidad. Es notable por ostentar sobre el pecho, á manera de camafeo, una cabeza de Medusa, admirablemente realizada.

Una estatuilla de niño, desnuda, cuya cabeza, delicadamente esculpida, luce una abundante cabellera distraída en trenzas.

Una cabeza de Minerva ó Palas Ateneo, de tamaño mayor que el natural.

Una cabecita de mujer, primorosamente trabajada, y cuyo estilo parece avenirse mejor con el arte escultórico griego que con el romano.



Estatua de niño en mármol, de tamaño natural. Encima de la cabeza lleva una piel de león



Figura bellísima de una fuente

Una escena mitológica constituida por un centauro, que aparece sin cabeza, y al lado del cual hay unas piernas de guerrero griego.

Una bellísima cabeza de anciano, de tamaño menor que el natural.

Un basamento en el que debía existir otra escena mitológica, pues se ven aún las piernas de un hombre, junto al cuerpo, que se conserva casi íntegro, de un león.

Una figura pequeña de mujer vistiendo túnica.

Han aparecido, además, restos de otras esculturas—piernas y brazos—fustes de columna, basamentos de las mismas, un racimo de uva labrado en mármol ó alabastro, objetos de cristal y cerámica, huesos humanos, entre ellos un cráneo completo, etc., etc.

Como puede apreciar el lector, el descubrimiento de tales restos tiene una gran importancia por el número y la calidad de los objetos hallados.

Todos los restos expresados fueron descubiertos en el interior de una cavidad formada por un muro semicircular y uno rectilíneo, que se elevaba frente á él.



Busto en mármol de un emperador ó de alguna elevada personalidad del imperio



Aspecto de una de las principales calles de Nankin, la nueva capital de la República China

### ¿ANTE UNA NUEVA GUERRA?

## *El ferrocarril oriental de la Manchuria ha dado pretexto al conflicto bélico inminente entre las dos más grandes naciones de Europa y Asia*

**A** despecho de la confusión de noticias relativas al conflicto chinosoviético, no parece que, en definitiva, van a ser los anhelos pacifistas los que triunfen. Es harto conocido el origen de la polémica: en el ferrocarril oriental de la China, aunque propiedad de la República asiática, debían hacerse ciertas concesiones a los rusos: de personal, de transportes, etc. Pero la propaganda bolchevista continuada dió motivo para que las autoridades chinas, en defensa de su derecho, prescindieran de los elementos peligrosos.

Después, los sucesos del consulado soviético de Karbín, donde mientras los chinos afirman haber hallado numerosos documentos comprometedores, los rusos aseguran que ni un sólo papel podrá perjudicarles. La tirantez de relaciones; las detenciones de súbditos rusos en Karbín, y después, a lo largo de todas las poblaciones fronterizas; la respuesta violenta de los Soviets; la amenaza de guerra y, al fin del primer período de inquietud, la reunión de delegados de los dos países en una conferencia para tratar de buscar solución al conflicto.

Entretanto, las Potencias, muy preocupadas con la conferencia de La Haya, prestaron poca atención a los sucesos que se desarrollaban en Extremo Oriente. Alguna mediación que anunciaron oficiosas noticias fué pronto desmentida por los Gobiernos afectados, y muy especialmente Alemania, se apresuró a publicar su apartamiento del avispero, en el que no intervendría como no fuera a requerimiento de los dos países interesados.

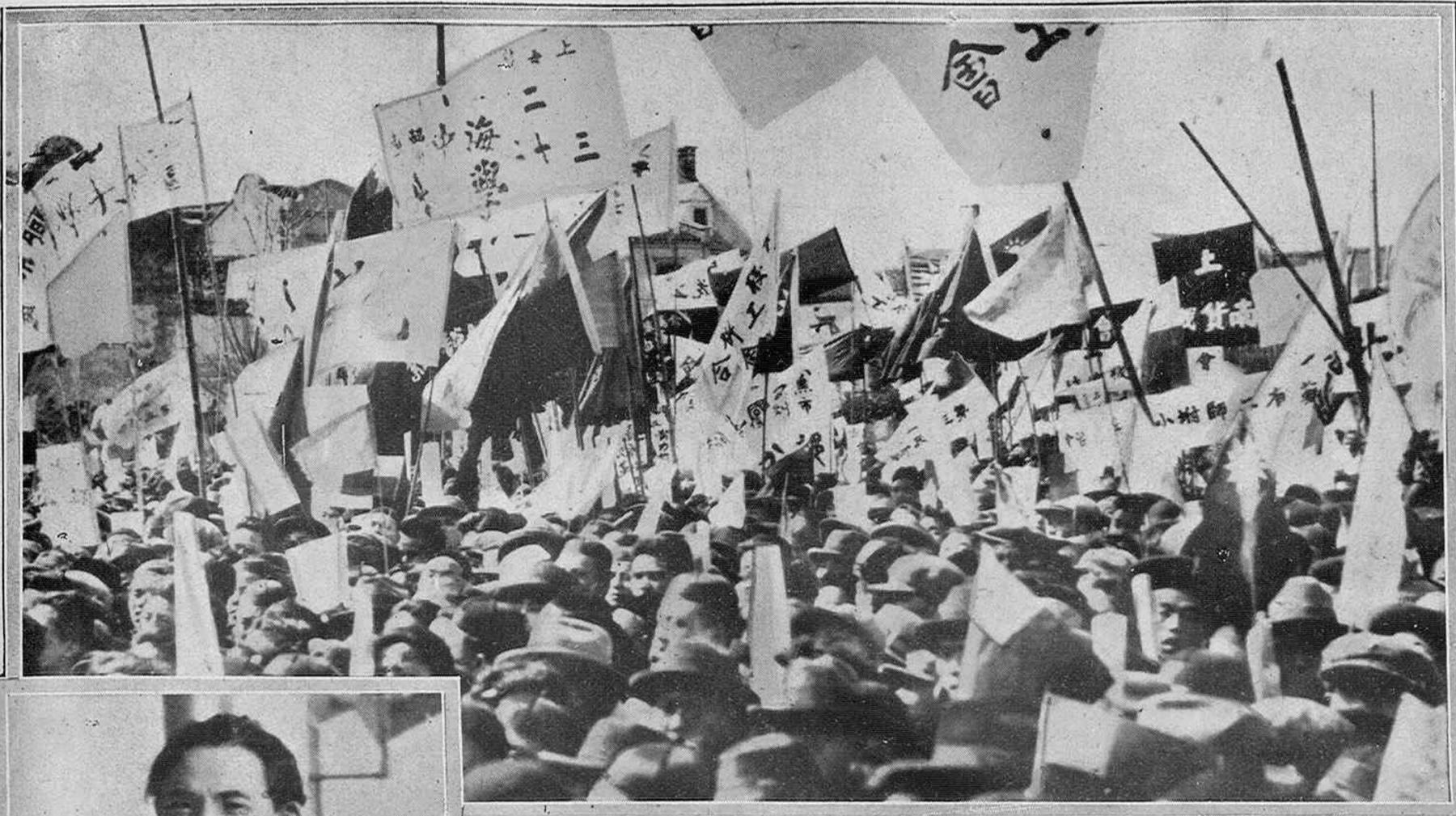
Pero los pequeños incidentes de frontera volvieron a agudizar la cuestión. Sin que se sepa exactamente de quién partió la censurable iniciativa (sin que probablemente pueda averiguarse nunca, para que el origen de ésta, como de todas las guerras, pueda luego discutirse eternamente), sonaron tiros a un lado y otro. Tropas soviéticas atacaron los puestos chinos, y éstos se defendieron.

Luego, contradictorias noticias. Según la fuente informativa, así cantan los éxitos para rechazar al enemigo en sus intenciones bélicas. Pero, como siempre también, las noticias de ataques, de incursiones, de batallas, cada vez más importantes, por el número de los hombres que toman par-

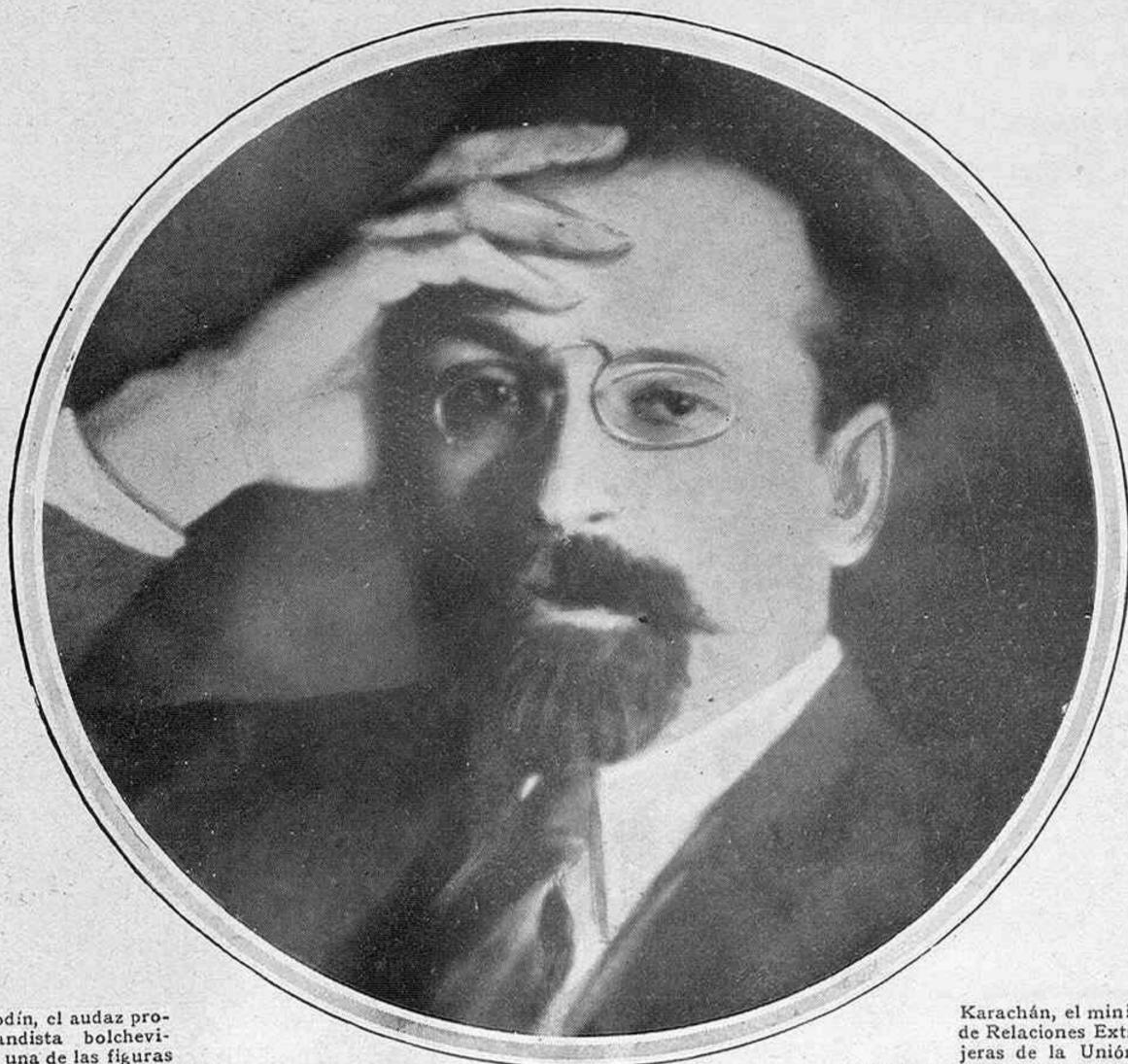
El generalísimo de las tropas chinas Chiang-Kai-Sheh, el jefe que dirigirá las tropas del imperio asiático en el caso de que estallara definitivamente el conflicto armado



CÁMARA-FOTO



Como en Moscú, en Sanghai se han producido varias manifestaciones populares de airada protesta contra la osadía de las autoridades bolchevistas, que quieren llevar á los pueblos á una nueva lucha fratricida. En nuestro grabado, grupos de manifestantes llevan banderas y pasquines reclamando del Gobierno que se castiguen las propagandas comunistas, que determinaron los conflictos de Karbin y las detenciones obligadas de los empleados rusos del ferrocarril



Borodín, el audaz propagandista bolchevique, una de las figuras más destacadas de Moscú, cuya aparición inesperada en la Manchuria parece obedecer al propósito de iniciar la ofensiva por parte de los Soviets

Karachán, el ministro de Relaciones Extranjeras de la Unión de Repúblicas Soviéticas, cuya decisión en este conflicto frente á China contrasta con las afirmaciones pacifistas de los gobernantes rojos de Moscú

(Fots. Vidal y Agencia Gráfica)



Mapa del territorio fronterizo ruso-chino, al extremo Este del continente asiático, en cuya región se han producido los incidentes derivados de la posesión del ferrocarril oriental de la Manchuria, cuyas consecuencias para el mundo entero son tan difíciles de prever. En el grabado se sigue fácilmente el trazado del ferrocarril de la frontera, y se aprecia la enorme dificultad del transporte de tropas bolcheviques, que tienen únicamente como vía de unión con sus lejanas grandes ciudades el camino de hierro transiberiano



Grupo de soldados chinos, bien preparados y equipados, como puede advertirse, pertenecientes a una de las unidades de Infantería que la República prepara rápidamente para defenderse del ataque ruso en la frontera manchú

te, por los elementos de que disponen y por la profundidad, toman cuerpo; adquieren el prestigio de lo evidente cuando comienzan a llegar avaladas por nombres de ciudades conocidas, de lomas estratégicas, de generales que preparan la guerra que se avecina...

Nankín y Moscú se organizan rápidamente. Las legiones chinas pueden abrumar en número a las tropas rusas. Pero la armada roja parece hallarse mejor preparada para el choque. Ahora bien: si se trata de algo más que un *choque*, la guerra parece difícil que resultara favorable a los Soviets. El mundo sigue observando con escasa simpatía la evolución de la patria del comunismo; el teatro de la guerra, alejadísimo de los grandes centros de población de Rusia, servido por ese fino cordón umbilical del transiberiano, puede difícilmente ser renovado de hombres rojos y material eficaz de todas clases; en todo el vasto ex imperio del viejo mundo no es precisamente la abundancia la que reina, y si a las exacciones que el pueblo sufre ya para sostener la dictadura roja, se unieran nuevos y terribles impuestos para atender a los cuantiosos gastos de una guerra que fuera algo más que un choque violento de unos cuantos días, ¿qué sucedería?

He aquí una pregunta que seguramente se han hecho los directores de Nankín y Moscú. Como los de todas las Potencias que ven surgir el chispazo guerrero. Y tal vez porque una verdadera guerra, prolongada y terrible, parece imposible, los hombres de Estado miran un poco despectivamente el lejano conflicto chinosoviético. Pero si la conflagración estallara; si tuviera al cabo estado oficial, pese a todas las firmas del Pacto Kellogg, tanto como al escenario manchuriano, que aquí publicamos, habría que mirar al monumento a Lenine levantado ante el Kremlin, y que el ruido de las bayonetas podría hacer temblar.



La armada roja en su último solemne desfile ante la tumba de Lenine, cerca del Kremlin, en Moscú. La gran parada era una demostración poco pacifista que no ha tardado mucho en pretender demostrar su eficacia

## EVOCACIONES DE ACTUALIDAD

## Los bailes españoles fuera de España

Las danzas españolas de «La Argentina» en la Opera Cómica, de París, y la revista de Raquel Meller en el teatro de la Rue du Faubourg Montmartre, han hecho que los eruditos franceses vuelvan nuevamente la vista sobre el baile español, y traten de estudiar sus orígenes, sus relaciones con los bailes italianos y franceses y sus persistencias. Naturalmente, y á falta de documentación directa, es en los libros y en las obras pictóricas donde buscan su información.

El trabajo no es nuevo: hace algunos años, una pareja de baile español atrajo en el Olimpia la atención de los cronistas y de los investigadores del pasado, y produjo muy interesantes artículos, en los que resaltaba fuertemente, consignada ó no, la conclusión de que si el baile español había recibido influencias indudables de los italianos y de los franceses, en la época que pudiéramos denominar neoclásica, en cambio, se había impuesto en todos los países, y en Francia singularmente, durante el periodo romántico. A partir de 1830, y en tanto que perduró la exaltación romántica, el baile, en todo el mundo, fué español.

Por aquella época, hacia 1834, nuestros bailes españoles, paseados por el mundo por aquellas bailarinas de que dijo Ortego, al pie de una de sus famosas caricaturas comparativas del año y el hogaño de su época:

... la más provocativa  
lo era sólo de medio cuerpo arriba,



«Lola de Valencia», cuadro de E. Manet

llegaron á conquistar el escenario de la Gran Opera, de París (que es tanto como templo del arte lírico italiano, ó poco más), famosa escuela de baile, y por entonces bailaron allí Dolores Serral y Camprubí, una pareja de bailes españoles que fué, en realidad, la primera que enseñó nuestra coreografía nacional á los franceses.

Dolores Serral fué, efectivamente, la primera española que lució en los escenarios franceses la peineta de teja, plantada en el moño negro, y la falda blanca-bordada de plata; pero no fué sólo bailarina, sino también maestra de baile, y discípula suya fué la famosa Jany Elssler, á quien enseñó á bailar la cachucha.

Camprubí —el bailarín de Lola Serral—, el señor Camprubí, como le llamaron los franceses, quedó perpetuado en un cuadro muy documental de Eduardo Manet que tiene por título, precisamente, *Ballet espagnol*, en que planta su figura vestida con casaquilla color cereza, medias blancas y pantalón con alamares, en un paso de baile y haciendo sonar las castañuelas.

Lola sirvió también de modelo á Eduardo Manet que la retrató con el nombre de *Lola de Valencia* y, adecuadamente, en rico traje de valenciana estilizado para el baile, muy amplia y floreada la falda, que llegaba bastante más abajo de la rodilla; mantilla blanca y un gran abanico, muy ciertamente valenciano también, en la mano derecha. *Lola de Valencia* fué perpetuada además por un cuarteto de Baudelaire, prueba suficiente de cuál fué su

prestigio glorioso entre los artistas de su época.

Otra bailarina famosa de nuestra tierra mereció también los más altos honores de la pintura y de la poesía francesa: Petra Cámara, retratada al lápiz por el barón Chaserieu, y á quien Teófilo Gautier dedicó uno de sus más luminosos esmaltes.

Teo, el sublime Teo, había sentido, según uno de sus comentaristas, «ante la maravillosa Cámara y su supremo bolero, la angustia de la resurrección momentánea de un arte muerto», y, sugestionado por la leyenda de D.<sup>a</sup> Inés de Castro, contada á los franceses por Carlos Nodier, que la había aprendido en *Reinar después de morir*, asimilaba el arte de la bailarina al esque-



«Ballet espagnol», cuadro de Eduardo Manet

lito reinante de la princesa asesinada y, en el mismo símbolo, á la España del pasado:

J'ai vu ce fantôme au Gymnase  
Où Paris entier l'admira,  
Lorsque, dans son linceul de gaze,  
Parut la Petra Cámara.  
Impasible et passionnée  
Fermant ses yeux, morte de langueur,  
Et comme Inés l'assassinée  
Dansant, un poignard dans le coeur!

Lola de Valencia y Petra Cámara no fueron, sin embargo, las más famosas bailarinas españolas que conmovieron al mundo en la época romántica. Sus figuras hay que buscarlas en el arte pictórico y en la literatura, entre las páginas de la *Historia del Arte* ó de la *Historia de la Literatura*. La de otra Dolores famosísima, Lola Montes, tiene todo su relieve en la historia política, amada de un rey, adorada por los estudiantes de un país: por ella pudo caer un trono.

De su época, poco más ó menos, son Pepita de la Oliva y los Fabiniós, que hicieron conocer á los franceses el bolero y el jaleo de Jerez, y el dominio de los bailes españoles duró cuanto persistieron los ardores pasionales del romanticismo. El baile clásico de la escuela francesa, el que se llamó mucho tiempo en España «baile de rango francés», aunque nuestras bailarinas seguían siendo en el lenguaje corriente «boleras», porque aprendían su arte en la escuela de los teatros de ópera, imitando las prácticas de la escuela gala.

Por entonces, y mucho más tarde, los «boleros» eran parte obligada de las compañías dramáticas españolas, y la lista de bailarinas y bailarines se formaban con los mismos trámites oficiales que las de actrices y actores, y se publicaban en la misma forma al comenzar las temporadas. Los que ya peinamos canas hemos conocido aún «boleros» jubilados del Teatro Español; hemos leído las crónicas taurinas y los artículos satíricos, excelentes, de Eduardo del Palacio, que fué «bolero» en su mocedad, y hemos

visto en Apolo á Carrión poner, recordando aún las tradiciones familiares, los bailes de las zarzuelas del género chico.

Porque es curioso que aquellas bailarinas famosas que cruzaron el Pirineo y llevaron á Europa las sensaciones trágicas de nuestros bailes nacionales en la época romántica, no fueron, como han sido después, gitanas auténticas, educadas en las cuevas del Sacro Monte, bajo la sombra moruna, melancólica y doliente, de la Alhambra, ó discípulas afortunadas de los maestros sevillanos; procedían, como ha recordado André Levinson, de una corporación famosa: del Teatro Real, de la Opera de Madrid. Educadas en los dogmas coreográficos de París y de Milán, habían estilizado, sin hacerles perder su recia filiación morisca, los ritmos andaluces y aragoneses.

Por eso no eran, indefectiblemente, granadinas ó sevillanas; y también curioso que los dos bailarines que legaron sus nombres con «gloriola», tuvieron apellidos catalanes: Camprubí, el bailarín de Lola Serral, y Miralles, que fué durante muchos años maestro y bailarín de Carolina Otero, la «Bella Otero», que efectivamente, tenía más de bella que de bailarina.

Miralles fué más tarde, viejo ya, pero aún con figura y arrestos juveniles, resucitados con otra bailarina española, también de apellido catalán, Fernanda Ferrer, resucitador de la tradición romántica, bailando en el Olimpia sevillanas, boleros y jotas con el más depurado estilo.

Nuestro baile tuvo aún más influencia que la ejercida sobre los espectadores: una bailarina inolvidable, después de haber sido «la sílfide de las rocas de Escocia y la Nise del Danubio Azul», quiso ser la gitana. La «bruma aterciopelada del claro de luna alemán», que diría Heine, se convirtió en la figura trágica inclinada sobre las abruptas rocas pirenaicas. Cosely hizo, anticipándose á Falla, que había de escribir *El sombrero de tres picos*, la adaptación coreográfica,

que fué bailada en la Gran Opera, de una novela de Cervantes; y, más lejos aún, Marius Petipa (de la estirpe de una bailarina que fué famosísima en España al comenzar la segunda mitad del siglo pasado), animador durante medio siglo de los bailes rusos, «no olvidó jamás—dice Levinson—sus días y sus noches españoles; los fandangos bailados por él en la feria de Sanlúcar con aldeanas de falda corta; las serenatas y los tiros bajo los balcones de las bellas», mostrara *Don Quijote* y no dejara de introducir en todos sus bailes un zapateado ó unos panaderos.

Otros maestros rusos continuaron la tradición de Petipa. Fokine sacó de un poema sinfónico de Gliuka, titulado *La jota aragonesa*, y expresión nostálgica de una España vista y amada, una brillante coreografía; y el modernísimo Diaghilev, antes de coreografiar *El sombrero de tres picos*, de Falla, había presentado ya, en el *Cuadro flamenco*, un grupo de bailarines andaluces.

Y el baile español se impuso siempre: aun en el momento de más formidable influencia francesa, que trajo á España los minuetos y las gavotas de Versalles, las damas de la corte española los transformaron, substituyendo las genuflexiones y las reverencias galas por las actitudes altivas, con el puño en la cadera, del fandango español, y crearon el «minueto afandangado».

¿De dónde viene á nuestras danzas esa fuerza dominadora? Evidentemente, de sus ritmos recios y ardientes, apasionados, que tienen una primitiva fuerza trágica. Los eruditos buscarán la razón de ser de ese dominio en libros como el *Libro del maestro*, colección de transcripciones hechas por el cortesano de Carlos V, Luis Milán, ó en el de Jacinto Rodríguez Calderón, *Bolero-logía*, publicado en 1807; pero para resolver en definitiva el problema folklórico sería necesario hacer otra cosa: buscar los residuos de las viejas danzas, con toda su pureza, en los repliegues serranos españoles.

SANTIAGO HERRERA



Un detalle del puerto de Málaga

## EL PREGON DE LOS FESTEJOS

POR «MALAGUEÑAS»

Nos hemos percatado, al fin, los naturales de la antigua *Malaca* egipcia, de que la Metafísica es más imponderable, pero infinitamente menos útil, que las Matemáticas, ciencia ésta del día; y de que es más práctico hacer números que hacerse ilusiones.

Consecuencia es ésa que nos cuesta *lo nuestro*, y que, adquirida por propia experiencia y por el ejemplo enseñador de otros pueblos más avisados, ante cuyos éxitos económicos y rápido ascenso al plano de la prosperidad nos quedamos un poco desconcertados, se refleja en la transformación estética, higiénica y urbana de nuestra tierra, en las amplias y escalonadas reformas, que van edificando sobre los cascotes de las ruinas árabes la Málaga nueva, la ciudad moderna, centro del turismo mundial.

No sólo en lo externo y material, en las anchurosas vías, en los soberbios edificios, en la ornamentación de palacetes y villas, se manifiestan los efectos de ese cambio de táctica, sino también, y en eso principalmente estriba el mérito, en lo interno y espiritual.

Sin embargo, y á pesar de ello, nuestro temperamento no ha experimentado una alteración fisiológica, de esas tan acentuadas que obligan á perder la propia personalidad; de esas que, ejerciendo una intensa y extensa influencia en la idiosincrasia, borran á veces hasta los rasgos más característicos y acusadores. Nada. A Dios gracias, no hemos dejado de ser frívolos, alegres, zumbones, dicharacheros, impresionables y... malagueños, malagueños desde el *Bulto* á la *Coracha* y viceversa; desde la *Malagueta* á la

*Pelusa*, pasando por el parque y dejando atrás la calle de Larios. (¡Ya salió la calle de Larios!... ¡Naturá, zeñó, si no hay otra!)

•••••

Decíamos... La experiencia propia y las enseñanzas ajenas únicamente nos han tornado más reflexivos, más previsores, más *enterados*. Y, sobre todo, más cuidadosos de lo nuestro.

La realidad nos ha inspirado la necesidad de pregonar, metódica y ordenadamente, lo que la Naturaleza ó Dios—ó Dios y la Naturaleza—quisieron donarnos como un privilegio, como una gracia especial, para ofrecerlo á todos los humanos con la probada generosidad que nos caracteriza y con la acogedora condición que nos valiera el honorífico lema de *Muy Hospitalarios*.

El procedimiento—propaganda activa, bien intencionada, eficiente—nos está proporcionando resultados admirables, los resultados lógicos de toda orientación definida y de toda labor concreta y meditada. Ejemplo: la Semana Santa, un caso de improvisación, sí, pero una maravilla consolidada, que ha adquirido el máximo de esplendor, de riqueza y de arte. Una cosa acabada.

•••••

Ya estamos en los Festejos de Agosto, este año entre agosteños y septembrinos, y la avalancha adquiere caracteres de invasión.

Es extraordinaria la afluencia de *forastas* y de turistas. Fondas, hoteles, posadas, mesones, reciben visitantes constantemente de gente que viene á *por atún* y á *ver al duque*; á regodearse

con los festejos y á refrescar sus cuerpos zambuyéndose en el *mare nostrum*.

¿Por qué?

Nos hemos dicho: Los Festejos constituyen un problema de carácter económico, un problema de dinero, como la mayoría de los problemas de este fantástico mundo. Persiguen esencialmente dos finalidades: llevar al ánimo una poca de alegría, de esa alegría que ayuda á vivir, y proporcionar ingreso á la colectividad, después de pasar por el tamiz de la industria y el comercio. Los Festejos tienen, pues, que ser primordialmente buenos. Adocenados, mediocres, rutinarios, no convienen. Son un mal negocio. Y, en su consecuencia, hemos *tirado la casa por la ventana*.

El programa, á base de dinero, es inmejorable: toros—pero toros!—, feria y concurso de ganados, certámenes, verbenas populares, números marítimos, concursos de bandas nacionales é internacionales, pirotecnia, exposiciones, romerías, tracas... ¡El no hay más allá!...

Y luego, el ambiente, el clima, el mar, el sol, la Caleta, la sal y la mejor ornamentación de todas las solemnidades que aquí se organizan: la divina malagueña.

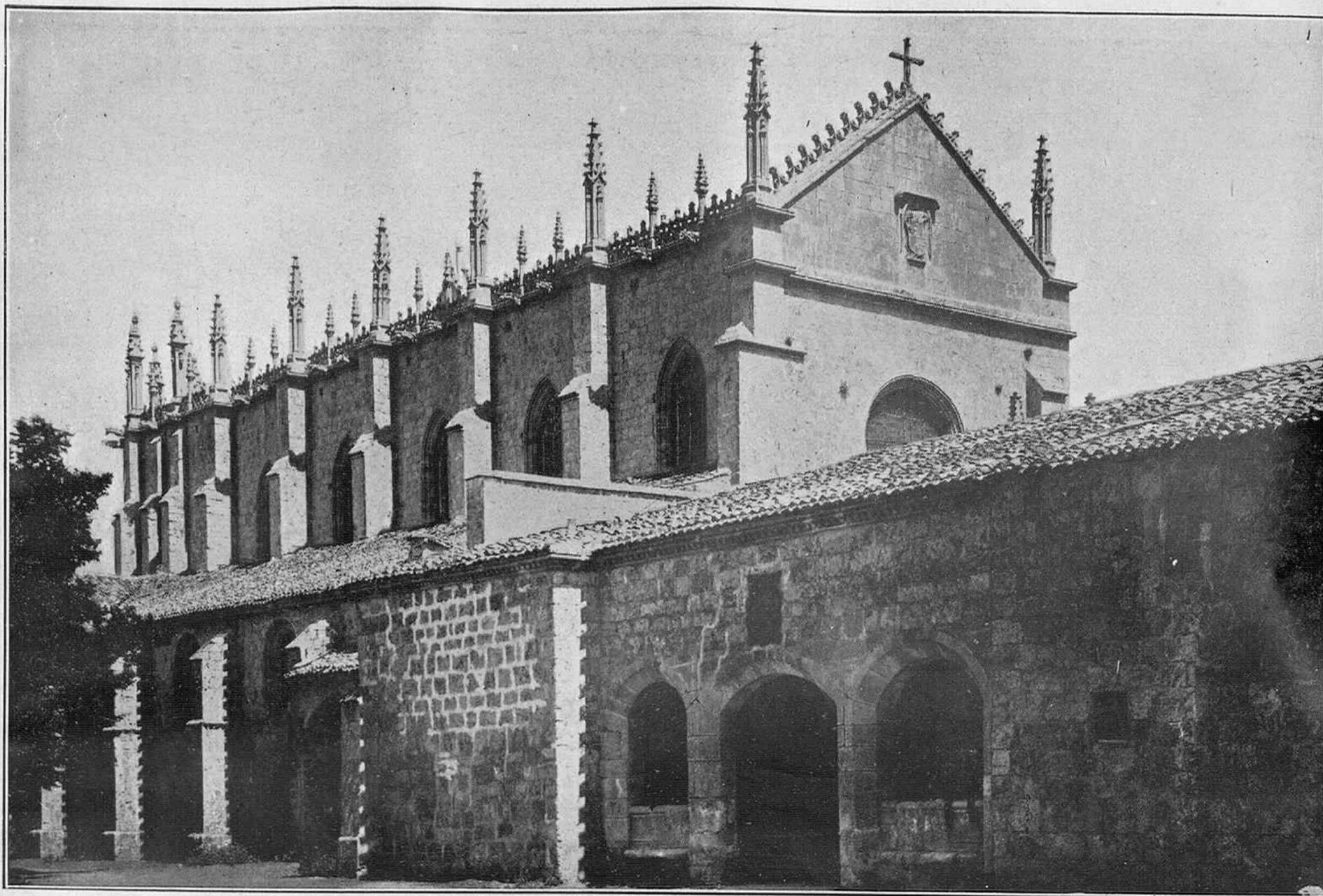
Sin ella—¡qué rica!—, el programa adolecería de poca vistosidad. El cartel se vería como en penumbras al faltarle los focos que lo iluminan: los ojos, los ojos *incandescentes* de estas mujeres benditas, que benditas sean, dicho sea sin incurrir en delito de piropro.

M. CALLEJON NAVAS

Málaga, Agosto 1929.



«Rincón montañés», cuadro  
de Lino Casimiro Iborra



Vista general del Monasterio.— Cuando llegué á la portería, mi amigo, el abad, me recibió con los brazos abiertos

## MONUMENTOS ESPAÑOLES

# IMPRESIONES DE LA VISITA A UNA CARTUJA

CUANDO, caída la tarde—casi entre dos luces—, llegué al monasterio, mi amigo, el abad, me recibió con los brazos abiertos.

—Mira: aquí te estás el tiempo que quieras; verás cómo con la paz y el sosiego tus nervios entran en caja... Paseas cuando se te antoje; comes lo que apetezcas..., á la hora que te venga en gana; para tí no hay ayunos ni abstinencias... Y puesto que eres tan aficionado á leer, ya tienes donde pasar buenos ratos en nuestra biblioteca... Ahora á tomar algún refrigerio...; vendrás desfallecido... Con que ya lo sabes: esta es tu casa, y yo tu hermano de siempre... Ya nos veremos; ahora nos llaman á Completas.

Un lego me acompañó al refectorio de la hospedería... No hablamos; él, por su regla; yo, porque al poner el pie en el monasterio, el silencio, dueño y señor de aquel mundo desconocido para mí, me selló los labios. De vez en vez llegaban á mis oídos vagas y perdidas salmodias..., el eco lejano de la voz de los monjes que cantaban en el coro.

La celda que mi amigo el abad me había destinado—á la que me llevó el lego después de la refección—era, sin duda, la que en el monasterio tenían para alojamiento y albergue de gente de campanillas. Alta de techos, amplia, albeando de puro limpia... Varios cuadros de excelente factura en las paredes, que representaban asuntos religiosos. Una cama de caoba, con cuatro ángeles de talla en las esquinas, legado de un



La piedra, en las manos de los hijos de San Bruno, fué un tul, y en él bordaron la maravilla de la sacristía de la Cartuja de Granada

cardenal; una mesa magnífica del siglo xvii, labrada con maderas olorosas; un estante de nogal repleto de libros de devoción en ediciones antiguas; un Ecce-Homo de Alonso Cano, colocado en una repisa, junto á la cama; un reloj de cucú; un sillón fraileroy una docena de sillas de rejilla con incrustaciones de nácar. Todo lo vi y registré á la luz de un velón antiguo de Lucena, puesto sobre la mesa. En el fondo de la celda había un mirador, mejor dicho, una enorme jaula de cristal. Lo que se vislumbraba desde allí no era el mar, aunque esta fué mi primera impresión, sino un campo que se perdía de vista, sembrado de cereales, ya en sazón, resguardado por el cantil de unos árboles seculares. Movía este campo, doblando las espigas, un airecillo suave, que al darme en el rostro, ¡oh, ilusión de los sentidos!, me hacía percibir el olor penetrante de la marea, como si realmente me hallara en San Telmo de Almería ó en el Limonar de Málaga. ¡Estaba en Castilla!

Yo no sé el tiempo que pasé embobado en el paisaje. Vino á sacarme de aquel arrobamiento la alegría bulliciosa de un esquiloncillo á vuelo, y el estruendo y alboroto de unas campanas. Era la media noche; la hora de los maitines, y como no tenía sueño me decidí á oírlos.

Cuando llegué al coro, mi amigo, el abad, me señaló un asiento. El canto de los monjes, grave, solemne, reposado; triste y doliente en algunos salmos; festivo y contento en otros; delicioso en

los himnos y cánticos, austero en las antifonas; sencillo, llano; acompasado siempre, parecía una voz sola más del cielo que de la tierra. El órgano, movido por las manos y el alma de un artista, daba el matiz, el claro-oscuro, la sombra. No es de maravillar que en estos coros de abadías y conventos hayan bajado los ángeles á cantar con los hombres.

•••••

—Pero, ¿qué hacen ustedes? ¿A qué se dedican? ¿Cuál es su vida?—pregunté á mi amigo, el abad, una tarde que fué á buscarme á la huerta.

—Vengo á charlar contigo un rato, al cabo de los años. Apenas me sobra tiempo para nada... Somos más de setenta, y todo pesa sobre mí. Créeme: estoy contento y satisfecho. ¿Te acuerdas cuando por aquellas calendas comentábamos la humorada de Rubén Darío? Rubén hubiera sido un gran cartujo, como Amalio Nervo y como otros. La Cartuja es poderoso imán y atractivo de los artistas... Ya recordarás mi juventud borrascosa... Romántico, sentimental y católico, en mi huida, encontré este nido. Aquí estoy seguro. Cristo es la única tabla de salvación en los duros temporales de la vida.

—¿...?

—Sí; bien; pero la oración, las alabanzas divinas, el estudio están tan reglamentados. Perdida la fe en los hombres, el alma cristiana no tiene más asidero que la Cruz. Claro; un hombre sin creencias prefiere el suicidio ó el crimen; pero estas calas ó puertos sirven de refugio al creyente.

—¿...?

—No, no; cada religioso vive en su celda. La celda es una casita en pequeño... Ya la verás... No creo que haya nadie aburrido, pesaroso de haber elegido esta vida... Se saldría; aquí no se ponen trabas... En el tiempo libre, dentro de la celda, puede el monje dedicarse á lo que quiera. Ha habido artífices admirables. El bordado en piedra de la sacristía de la Cartuja de Granada es obra de nuestros hermanos. Cierto; no abundan los escritores como en otras órdenes. Sale uno de cuando en cuando. Tenemos un monje, el más anciano de todos, que escribe libros ascéticos y redacta sus memorias. Ya lo conocerás. Lleva más de setenta años en el Monasterio, y ni en las horas de esparcimiento—los jueves por la tarde—habla con nadie. Fuera de mí, que lo visito con harta frecuencia, los demás oyen el metal de su voz en el coro, cuando canta las lecciones.

—¿...?

—Vivimos muchísimos años. Este régimen de abstinencia prolonga la vida. Aquí no hay reumá-



Al entrar en este mundo desconocido, San Bruno, dios del silencio, me selló los labios

ticos, ni artríticos, ni se conoce esa enfermedad llamada arterioesclerosis, esa helada que se va llevando la juventud. Se muere la gente de puro vieja, porque no hay más remedio que morir.

•••••

Mi amigo el abad, á pesar de no habernos tratado en mucho tiempo y del puesto que ocupa, conserva la llaneza, la sinceridad de los años mozos. Habla conmigo como antes, sin ambages ni rodeos; dice lo que siente, y la buena voluntad que me tuvo no la ha amortiguado ni el apartamiento ni la vida que ha elegido. Me atiende y mimas; me trata con cariño; viene á charlar conmigo todos los días; satisface todos mis caprichos, mi más pueril curiosidad... Ya conozco los rincones del Monasterio. De la biblioteca no se me esconde ningún libro. He dado con *La pícaro Justina*, oculta tras el murallón enorme de los comentarios de fray Juan de Santo Tomás, arrinconada, vestida de telarañas, con comienzos

de polilla. Es una edición rara, y la he puesto en manos del abad, encareciendo su valor.

Mi amigo me ha llevado á visitar al monje Avercio, el más viejo de la comunidad, de quien me había hablado.

El monje Avercio lleva bien el peso de sus noventa y cinco años. Es bajito, flaco, encorvado. La piel del rostro y de las manos, llena de manchas, como si la hubieran espolvoreado con canela; fina y ajustada al cuerpo, que parece va á romperse dejando al descubierto los huesos y los ramales de las venas.

Su celda es una casa en miniatura. La entrada, donde Avercio trabaja, reducida y pequeña, está rellena de libros antiguos, joyas de la literatura ascética. Hay en medio una mesa tosca con un gran tintero de Talavera y un montón de pliegos de papel de barba. A un lado de la mesa, un crucifijo de tala con un rosario de cuentas gordas enredado en los brazos de la cruz. Entra la claridad en esta estancia por una puerta de cristales que da paso á un huertecillo, donde el santo viejo cría rosas, nardos y claveles. Estas flores son su predilección, y él solo posee el secreto de tenerlas lózanas, bellísimas y con olor en todas las estaciones del año. Dentro de la habitación, que sirve de despacho á Avercio, hay unas escaleritas de piedra—seis escalones no más—, por donde se sube á otros dos aposentos: el oratorio particular y la alcoba. Todo mezquino y pobre, pero muy aseado. Sobre el altar luce, dentro de una urna, la incomparable belleza de la Virgen de la Soledad. Encima del mantel, la mano del monje ha derramado el tesoro de las flores que cultiva.

Un nicho parece el cuarto donde Avercio descabeza el sueño. Apenas cabe en él su camastro. Una cruz de palo resalta en la cabecera... El monje tiene á cada momento una sonrisa dulce y amable. El timbre de la voz es grato y apacible, y en sus ojos apagados y muertos quedan rescollos de un tierno y amoroso mirar.

Me ha hecho sentar en una de las banquetas de madera que tiene en su cuarto de trabajo. Ha platicado conmigo de sus memorias. Las escribe para que las gentes, siguiendo su ejemplo, abracen la vida cenobítica, y el mundo se convierta en un gran monasterio.

A boca de jarro, en medio de la charla, el monje Avercio me ha dirigido esta pregunta:

—Usted, que viene de allá, ¿querrá decirme quién reina hoy en España?

HUGO MORENO

ACABA DE PUBLICARSE

## «LA VIRGEN PRUDENTE»

Los libros de Concha Espina pueden contar siempre con la apetencia del público para la buena literatura, y especialmente para la novela, siempre excelente. Ahora ha publicado «La virgen prudente», novela muy digna hermana de sus precursoras, como se hace patente en el capítulo que publicamos.

## TIERRA ESPAÑOLA

No ha vuelto Aurora de los mares híbrida y desnaturalizada, como una sirena. Muchas veces se adentró en los caminos terrenos de todos los países á cuya margen atracó su barco. Quería D. Juan que la muchacha se hiciera una íntima religión de conocimientos y atenciones, y le procuró el trato con multitud de personas descollantes.

A cada una de estas visitas fué con inquieto propósito de consulta, alerta la imaginación, sedienta la curiosidad, dispuesta á recoger las irradiaciones de cada mente esplendorosa.

Así le aprovecharon. En la geografía extensa de sus amistades, cada patria insigne respondía á un nombre personal, vivo, y á los perdurables recuerdos de esas grandes existencias fallecidas que resuenan en el polvo, al caer, con el golpe de la inmortalidad.

Pero tan exquisitas referencias no le impidieron ceñirse en España, discretamente, á la vida normal de los estudiantes.

En Valladolid tuvo la suerte de encontrar acogida graciosa en casa de un magistrado que vivía con su hermana soltera, dama tolerante y correctísima, respetuosa con los gustos, costumbres y sentimientos de la joven, á la cual manifestó un señalado cariño.

Y alternando con otras muchachas en la Universidad, supo, con sorpresa, que nada sabía de los ideales y los fines de sus condiscípulas; que estaba muy lejos de su espíritu y ni aun entendía bien sus conversaciones.

No obstante, llena de optimismo sano y de pura intención, esperó entrar poco á poco en la psicología de sus compañeras, que le parecieron encantadoras. Una, muy dulce, le dijo:

—Tú vienes á quitarnos los novios. El día que te pintes y levantes la voz, te nombra el Claustro, por unanimidad, sobresaliente en todas las asignaturas.

—Yo sólo pienso en trabajar—repuso, con un exceso de vida que le multiplicaba la expresión.

Otra, muy buena, la tomó del brazo, una vez, para mirarla á su antojo.

—Eres el asunto de nuestras discusiones—le contó, generosamente—. Dicen que tienes algo de adivina y de sirena, y que todo lo puedes y lo sabes.



CONCHA ESPINA

—No sé nada—sonrió Aurora, creyendo encontrar una amiga—. Pero quiero saber y poder como tú; entonces acometeremos juntas las más difíciles empresas...

La bondadosa juzgó muy altivos semejantes deseos, asegurando, con mucho aplomo, que «estaban fuera de la realidad». Ella sólo pretendía convertir sus estudios en una honrada profesión, con decentes honorarios, sin arbitrariedades ni exotismos.

La mayoría de las alumnas se retrajo de Aurora como de un elemento disolvente y pernicioso. Y la forastera continuó interesándose por cuanto la rodeaba, afrontando con gallardía el vacío creciente en torno suyo. Se atribuyó el origen de él. No acertaba, sin duda, á congraciarse con aquellas mujercitas bellas y aplicadas, tan alegres de risa, tan elocuentes de gestos. Se consoló pensando que tenía una hermana así, moza y despierta, de quien recibiría pronto lecciones sociales y aprendería secretos comunes á la conciencia hispana.

Con la misma firme simplicidad resistió el asedio ríjoso de los hombres y su atrevimiento descortés, contradictorio al carácter representativo del hidalgo español, acusado en tradiciones y leyendas.

Aurora vacilaba en suponer que la general conducta, destacándose entre elocuentes negaciones, estuviera consentida por toda clase de

ciudadanos, y provocada por las mujeres en una torpe complicidad, que no excluye á las autoridades y tiende á la degradación de un país modelo de costumbres caballerescas.

No se atrevía la muchacha á resolver sus zozobras en una terminante afirmación, y dedujo que serían el resultado de conocer ella el mundo teóricamente en los libros, con una práctica fugaz entre personalidades distinguidas, al través de hoteles y pensionados transitorios, y en las navegaciones lujosas donde un refinado cosmopolitismo diluye los aspectos morales en colores opacos, sin matices.

Olvida Aurora, modestamente, que su moral interna dimana de los Evangelios incontaminados, y ha recibido el fiel contraste de la suma civilización sin descender á la masa, que desvirtúa y corrompe. Desorientada por el eco pro-

fundo de su propio dinamismo, trató de hacerse perdonar la discutible inexperiencia, y mezclóse con el vulgo, tolerando, hasta ciertos límites, lo que no comprendía, como quien le hace un guiño á la esperanza.

—Más tarde comprenderé—se dijo, aguardando la hora de llegar á Madrid, preocupada con la visita que no hizo nunca: la de su madre. ¿Por qué?

Don Juan la desanimó siempre á una entrevista que nadie les propuso. Las segundas nupcias, demasiado ligeras, de doña Purificación, prolongaron la ausencia entre la madre y la hija, apartadas ya por las voces del sentimiento, mucho más poderosas que las de la sangre.

Y la viajera, triste en su repetida orfandad, perseverante en su alta dirección, que tiene mucho de providente y milagrosa, pensaba con angustia en el abrazo de la madre, casi muerta antes de morir. Muchas veces, sintiendo en el antiguo *Valle del Olor*, marca del actual Valladolid, correr encuevado el río con sordas palpitaciones, se creyó unida al tembloroso pie de las linfas ocultas, imaginándose camino de la mar, como de su única madre. Era una tentación de fuga, la idea terrible de que la Vida «no es más que el sueño de una sombra» y hay que salir pronto á las aguas inmortales de la Muerte para librarse de la tiniebla, para no soñar en la penumbra. Muchas veces, también, padecía la

fatal atracción del barco herido que se hunde en una marejada indomitable, con el capitán á bordo, sonriente, de espaldas á la Tierra, sediento del Abismo. Era, siempre, la misma tácita invitación del tránsito á la inmutable orilla; el requerimiento sutil de lo ultrafísico: un reclamo del «más allá», humanamente doloroso.

Pero Aurora se sobrepone á la penetrante melancolía de los elegidos, llena de sagrativas pesadumbres, y ya tenemos á la viajera en Madrid frente á su madre y á su hermana, que le atenúan diariamente la hospitalidad con las sospechas más ruines.

Nada suave y diáfano sorprende la muchacha en el bienestar plebeyo de su familia, y, sobre todo, en su aproximación á las dos mujeres, que la han recibido entre besos y lágrimas.

Aquel júbilo prometedor no duró ni veinticuatro horas. La suspicacia, el descontento, comenzaron allí al instalarse la joven y ante lo que llamaron exigencias suyas: porque necesitaba un cuarto con luz y ventilación directas, un estante para libros, una mesa para trabajar. No pidió más que lo imprescindible, tímidamente, asustada por el rostro absurdo de un menaje que tenía las faltas y las sobras á montones; dudosa limpieza, ningún esmero íntimo, muchas presunciones de abundancia y hasta de *chic*. El grave salón que ocupa la fachada principal, reservado para las visitas de cumplido, nunca llegadas; el comedor abierto á un patio sucio, con los baldosines rotos, disimulados por una estera fementida; el pasillo largo y obscuro; los dormitorios interiores, y el gabinete matrimonial con la consabida alcoba italiana y el inadmisibles lecho común escoltado por las dos lamentables mesas de noche...

Había, eso sí, en diferentes estancias repetidos armarios de luna, espesos cortinajes y muchos requirios de imposible clasificación; simulacro de pinturas y tapices, cantidad de lámparas y fotografías, rinconeras con *bibelots* y flores de trapo, multitud de vasijas y muebles inservibles, entre los cuales Aurora reconoce más de un estorbo que la mortificó en su niñez.

Decide bañarse fuera de casa y estudiar en una biblioteca pública. Acepta lo que le dan, componiendo el semblante, y procura atraerse á Candidita, que se desvive por enseñar su equipo á la forastera. Trajes de todos los colores y escaseces, en combinación con medias y zapatos; sombreros, guantes, capas, abrigo de piel; gran batería de tocador con derroche de polvos y tintes, pinzas y difuminos, tenazas y pulidores; la colección completa de mudas para la cara, aunque no muy surtida la de ropa interior; todo ello manejado con bombillas eléctricas para que detone bien á la luz meridiana.

Aurora tuvo en seguida la certidumbre de que allí se comía poco y mal, y de que su madre no rezaba tanto como en la juventud, acaso por falta de tiempo.

Tenía obligación de lucir á su moza en la Castellana, después del mediodía, por el paseo de la izquierda indefectiblemente, y luego por la calle de Alcalá hasta la Puerta del Sol, donde había que tomar el vermú. Comida pobre en casa, una siesta para recobrar los bríos antes de la nueva excursión á visitas y compras, el te en una sala pública, elegante, y el *cine*, hasta las diez.

—No puede ser más sencillo el programa—se dolía doña Purificación—. Ni un triste abono á los conciertos ó al teatro. ¿Salir á altas horas? ¡Jamás! En casita á las diez, lo más tarde; á rezar el rosario y á la cama, que es preciso ma-

drugar á misa, á pedir á Dios fuerzas para nuestras luchas.

Sacrificios heroicos—pudo añadir—para lo que suele llamarse honestamente «colocación» de las hijas casaderas. Pero esta mamá, poco lince, ha creído que no descubre las intenciones al hablar de *sus luchas*. Y se endilga otros merecimientos:

—Yo soy una mujer de orden y de hogar, educada á la antigua española, con mucho recato y precaución, y mi estricto deber está cerca de mi hija; por nada del mundo la dejo de la mano; á nadie confiaría tan «sagrado tesoro», y menos tratándose de una muchacha bonita, en la edad peligrosa de los amoríos... Aunque para

aquella señora, á la que apenas consigue aplicar bien la eterna palabra de cariño, poso de un recuerdo infantil.

Doña Purificación es, por excelencia, la madre de Cándida, y se propone manifestarlo, según lo que rehusa el título filial á la otra hija.

—No la eduqué—le grita á su marido, paladín romántico de la hijastra—; no está hecha á mis hábitos ni á mis condiciones, ni soy responsable de ella. Y la veo perderse... ¡Desgraciada la mujer que intenta sobresalir, que destruye su fe con libros perniciosos y quiere igualarse á los hombres!... Por eso no consentí que estudiara nuestra hija, dispuesta como la que más...

Don Severo mira á su esposa con indefinible expresión, dudando si la escucha y la aborrece por primera vez, y Aurora, ofendida por los vaticinios y desmanes que desde lejos percibe, se entrega á la curiosidad de otras observaciones, y se convence de que, en efecto, el programa diario de Candidita, hecho al tipo del «quiero y no puedo», vanidoso y burgués, dista mucho del *plan* correspondiente á las niñas más adineradas, cuyo patrón de existencia admite las peores frivolidades en términos de liviandad, con un fondo de barbarismo pandémico disfrazado de selección: mujeres arcaicas en su espíritu que adoptan lo exterior de la vida moderna por blando y contagioso, y rehuyen lo fundamental del progreso, exacerbando así el drama de la cultura femenina, de suyo cruel, sobre un pretérito de convencionalismos, cobardías y temores. Ello tiende á la sublevación de lo cursi, al enervamiento de la clase media, que enflaquece sus virtudes, raquílicas en sí, fáciles de realizar, inclinadas á suprimir á los más altos deberes intelectuales y religiosos.

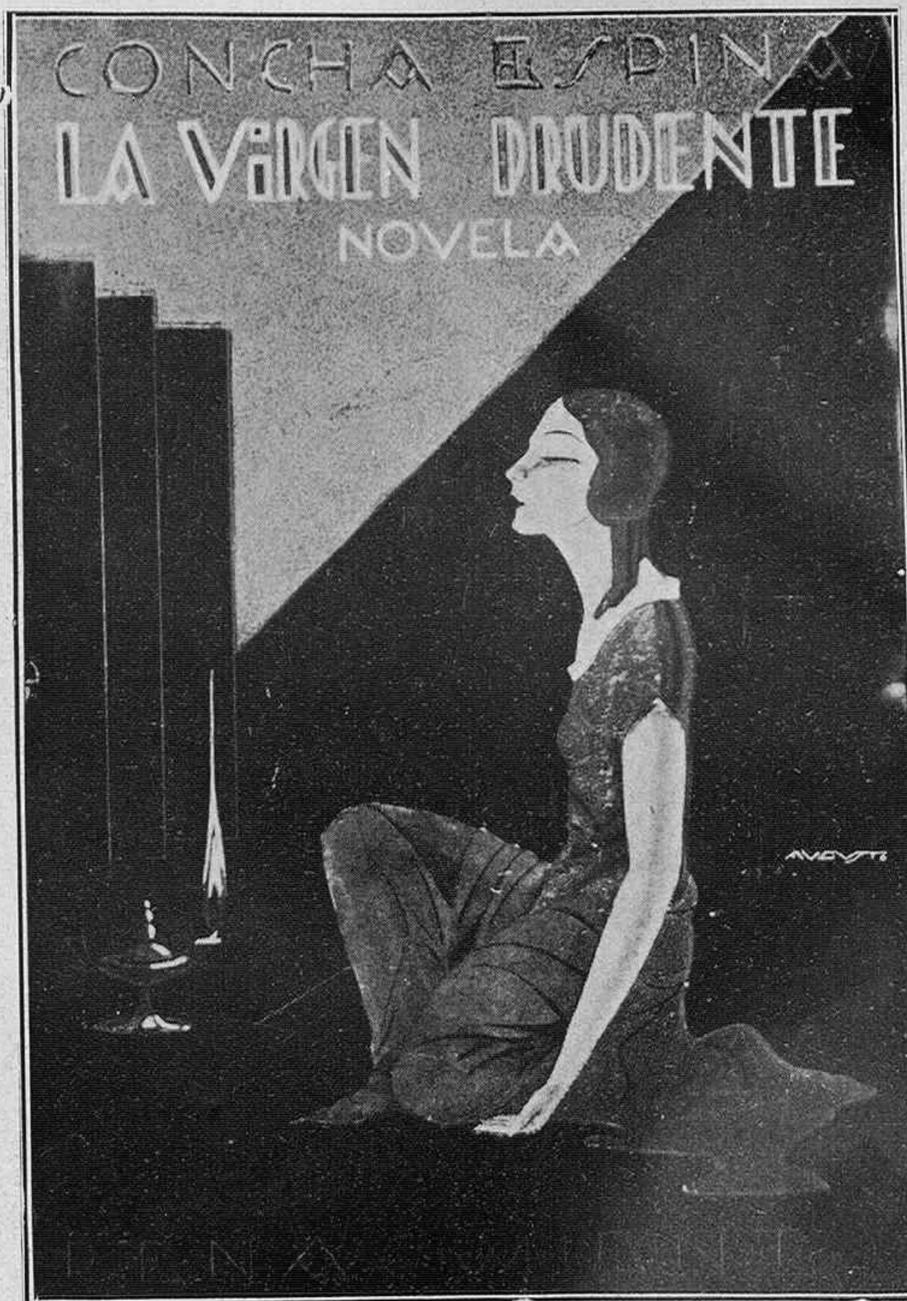
Aurora es individualista por instinto aristocrático y por libre educación, y repliega su temperamento vehemente con un ademán contenido ante lo que ignora, parada allí en la linde donde se insinúa cuanto ella desconoce.

Sabe que el esfuerzo espiritual es la mayor potencia humana, y esto la estimula para seguir andando y pretender hacerse una vía por la Tierra. Su expectación es la de aquel filósofo que viendo extendido el arco iris mientras el sol que lo produce se le esconde, siente que el Universo es terrible y hermoso y que su esencia permanecerá siempre oculta.

Sin tales razonamientos, Aurora admite el contacto social español como algo incógnito que le excita la sagrada dolencia de la conjetura.

¿Qué habrá, sólido y claro, en la juventud de aquí, y especialmente en la mujer, detrás de sus actitudes excesivas?

Acude la muchacha á esta pregunta con bravo aliento, desde el corazón eterno de la Naturaleza, desde la poesía de las inmensidades, desde el vuelo de los diuigibles, donde adquieren los sentidos su potencia mayor, porque es menester oír lo que dicen los astros. Viene saturada del mar, cuyo impalpable confin está abierto á la definición de todos los destinos. Y Aurora se agita por comprender las banalidades incomprendibles; se empequeñece para distinguir lo menudo; estudia, cela, pone los ojos anchos y decididos sobre los seres y las cosas que la circuyen, y se resiste á pasar por excepción en el mundo donde intenta actuar, donde «quiere poder».



Portada del libro

formalidad, ella: inocente como su nombre, sumisa, piadosa: un modelo de jóvenes cristianas...

Pronuncia así doña Purificación todos los días un discurso de frases hechas, con solapadas acusaciones á las mujeres «libres», á las atrevidas que aprenden lo que no les importa; á las que viven lejos de sus madres, sabe Dios cómo.

Termina casi siempre llorando; mientras Cándida, con los ojos esquivos y la sonrisa floja, alude, por su parte, á las coquetas robadoras de novios, pervertidas por las «malas lecturas», inútiles para los menesteres caseros, incapaces de hacer la felicidad de un hombre.

Ya Guillermo y Jaime habían demostrado su vivo interés por Aurora. Y ésta sufre la hostilidad de ambas mujeres, aturdida porque las ve desahucadas y las oye reñir con don Severo. ¿Ha venido, pues, como una intrusa adversa, á interrumpir la calma de la familia?

Le parece seguro el desamor de la madre, completo el divorcio entre su corazón y el de

BURGOS

UNA

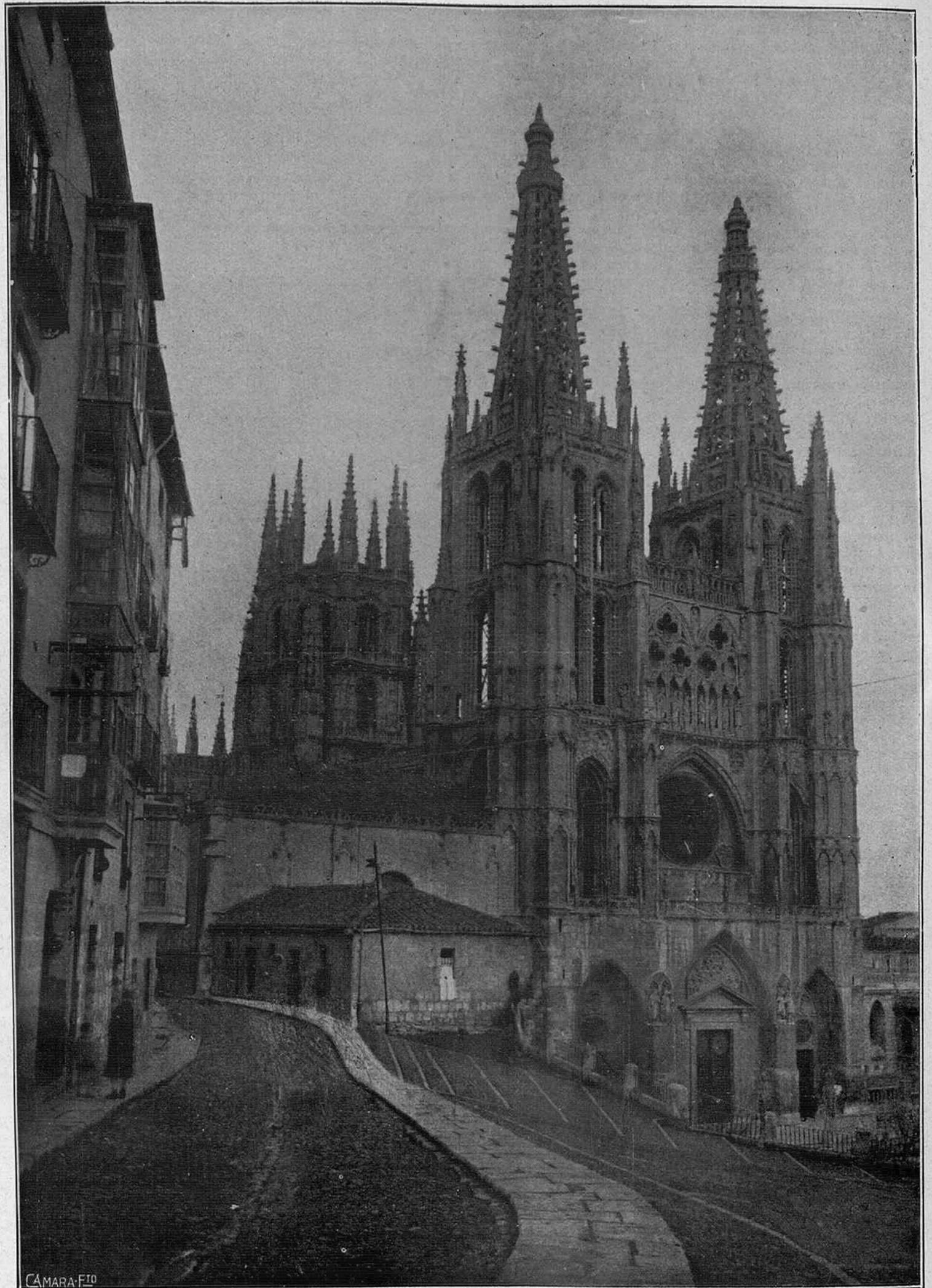
VISION

DE LA

CIUDAD

EN las noches oscuras y sin luna, la ciudad —vista desde la ribera derecha del Arlanzón cuando hemos ganado el río desde las calles—tan burgalesas—de la Calera y de las Trinas—parece una ciudad norteña. Nadie diría que estamos en Castilla y en su cabeza, en su capitalidad histórica y natural.

Burgos, que es el paso obligado de la meseta á la montaña y al mar, del llano y de la alta planicie á Cantabria y á Vasconia—un condado burgalés, el de Treviño, se encuentra clavado en mitad del corazón de Alava—; Burgos, en su lado izquierdo, Catedral, San Gil, San Nicolás, Santa Gadea, la Casa del Cordón, el Arco de Santa María, es Castilla, y en su lado derecho ya es Norte. El lado derecho de Burgos, donde se alza el Carmen, fundación de Teresa de Jesús, y la Casa de Miranda, donde asoma sus primeros albores el Renacimiento, parece un trozo de la Rioja ó un paisaje alavés. De noche, ganado el

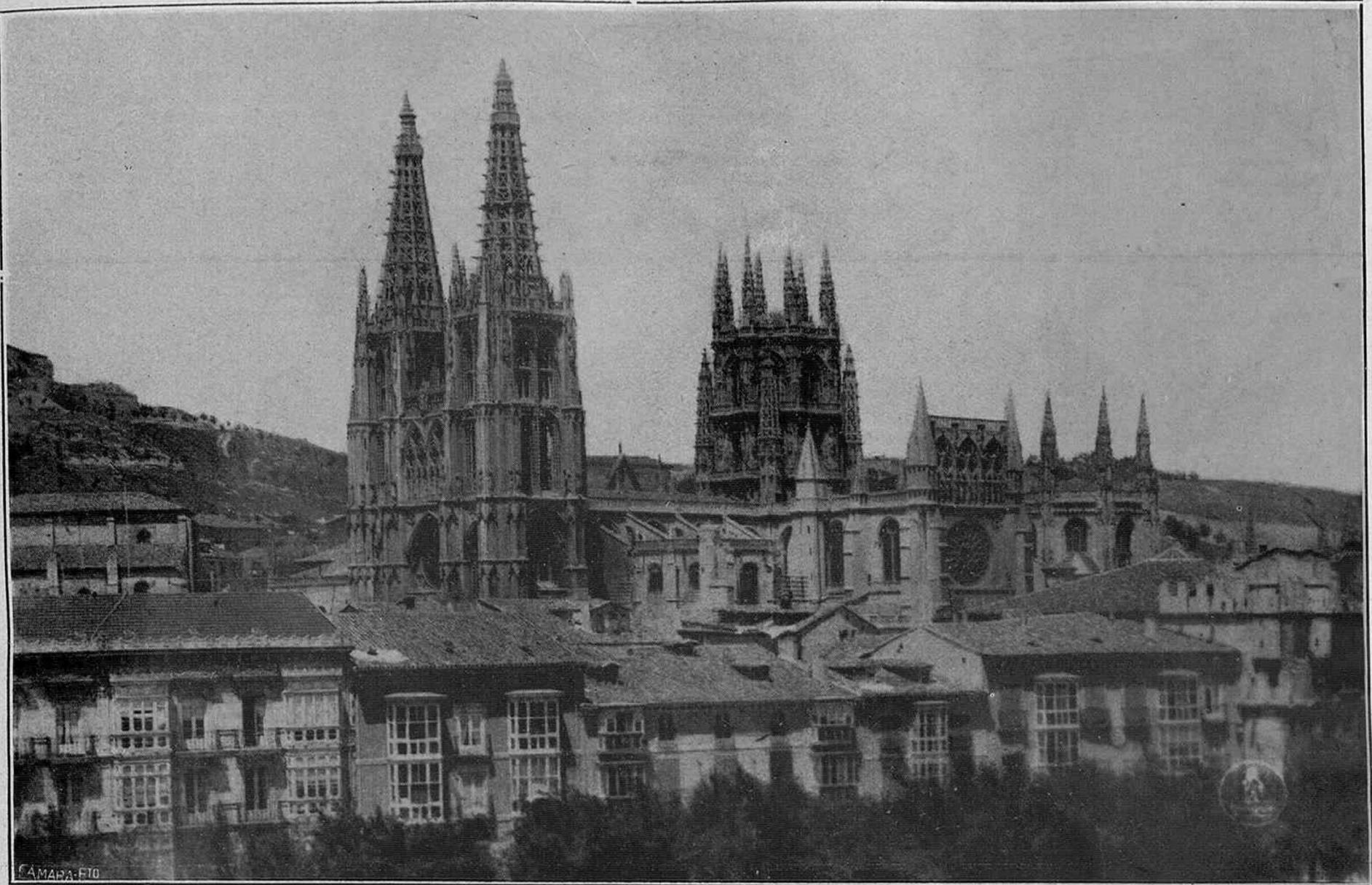


Una bella vista de la Catedral de Burgos

puente sobre el Arlanzón, que nos lleva en dos minutos al corazón de Burgos, toda la parte izquierda, el Castillo en el altozano y el bosque de agujas, de flechas y de pináculos de la Basílica sobre los tejadillos y azoteas, es síntesis y es silueta. Todo es conjunto, y las partes y porciones están colocadas para no distraernos y para darnos una visión total de la ciudad de los Condes de Castilla. La catedral, á lo lejos, el castillo encima, y de lienzo, la ringlera de casas de la isla, con el fondo oscuro del arbolado del Espo-

lón. El río tiene entonces reflejos metálicos, y no sé por qué, el Arlanzón, río de frontera, que abandona con pena Rodrigo, «el que en buen hora nació, en las horas nefastas de su destierro», no sé por qué, digo, el Arlanzón nos parece que va á morir en el mar cuando, en realidad, se dispone á seguir su curso lento y cansino tierras abajo. Entonces el paisaje, envoltura de la historia, es como una síntesis de historia. Más allá de Burgos, más allá del Arlanzón, no quedará Castilla. Esta es la cabeza, y sobre la cabeza

CÁMARA-FIO



Una vista de la Catedral de Burgos

están los cabellos. Y los cabellos se refrescan con las nieves del Moncayo y con el salitre del bronco y pardo mar de los vascos.

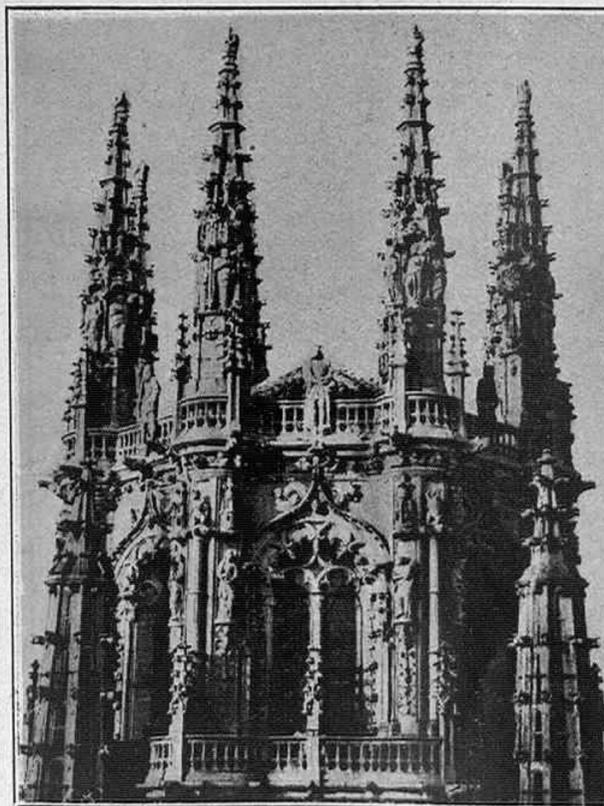
El Arlanzón configura espiritualmente Castilla. Más allá está otra cabeza: la de Soria. «Cabeza de Extremadura, Soria pura», que reza el decir decidero. Y Soria pobre, inhóspita, pequeña, absorbida por Aragón y por la Rioja, ya quiere asomarse á la otra banda del Mediterráneo. Mirando más arriba, cerca del condado de Treviño, clavado, como ya he dicho, en el llano alavés, no tiene nada de común con la meseta. Y más abajo está Segovia con sus castillos, con sus ciudades y con sus iglesias. Burgos decora el reino de Castilla. Su arte es el más fino, señoril y castizo del riñón de nuestro suelo.

Burgos, toda la comarca ó, como hoy se dice, toda la provincia. Burgalesa es la portada de la parroquia de Aranda de Duero; burgalesa y castellana. Burgalesas son las ruinas de Fresdeval. El patio románico maravilloso de Silos es igualmente burgalés. Es algo sonriente, grato, balbuciente é infantil esta arquitectura. No dice del todo las cosas; lo hace mejor: las insinúa. Hay que pararse en estos pueblecitos: en Lerma, en Covarrubias, en Salas de los Infantes, en Villadiego, en Aguilar del Campoo. Es un arte de guerreros que en las horas libres persiguen las perdices y las moras como el marqués. En los sepulcros, junto á las plañideras, hay cetreros, y pajes, y bufones, y buhoneros, y arcabuceros. ¡Castilla la gentil! ¿Por qué te dijo un catalán que te supo querer en tus horas de angustia, el dulce Juan Maragall, que estabas triste y sola, porque no podías ver el mar y te alargabas para verle? ¿No recordó Maragall que al mar te asomas en Santander, que Castro Urdiales es castellano y bien castellano y que tienes tus montes altos no ya para asomarte al mar, sino para otear otras tierras y asomarte á los balcones de lo infinito? ¿Acaso tu llano no te hizo bohemia y aventurera, Castilla?

Burgos, de noche, á la orilla del Arlanzón, es toda síntesis, toda silueta, toda Catedral. El río—

*A la mar se van los ríos,  
paloma revoladora;  
no pongas el pie delante;  
deja que ruede la bola  
y al aire! (1)—;*

(1) Canción castellana.



Exterior del cruceiro

el río que va derecho á su muerte y á su término, como el hombre, abajo, y el bosque de piedra arriba. Nada más y nada menos. Y las ruinas del Castillo en el altozano ó prominencia, á cuyos pies reposa Burgos su postura elegante y perezosa, de gran señora. Fuera de aquí todo es frontera ya. Tierras de Palencia y de Valladolid; leonesas; Rioja y Alava; «Soria pura, cabeza de Extremadura»; no tiene más punto de sutura con su historia pasada que en tierras de Segovia. Aquí acaba y aquí empieza Castilla, tierra de castillos. Cuando pasó el Cid, jinete en Babieca, el río y cruzó el Arco de los Condes, sin volver la vista atrás, porque no quería que el Rey castigase á las niñas burgalesas que salían á despedirle llorando,

*Grande duelo avian las yentes cristianas,  
ascóndense de Mio Cid ca nol osan dezir nada,*

ya se consideraba prácticamente en el destierro.

*Partiós de la puerta, por Burgos aguijana,  
llegó á Santa María, luego descavalga,  
fincó los hinojos, de corazón rogaba.*

Rezaba Rodrigo al salir de Castilla la ingrata.

*La oración fecha, luego cavalgava;  
salió por la puerta, e Arlançon passaba.*

El canto de los gallos quebraba los albores de la primera mañana en desgracia del caballero. Aquí, en San Pedro de Cardeña, amparadas por las monjas, Doña Jimena, Doña Elvira y Doña Sol pedían al Señor Don Jesucristo la vuelta del marido y del padre, cargado de botín, para volver á la gracia del Rey, que sólo transigió con los vasallos que sabían labrar fortuna más allá del Arlanzón.

José SANCHEZ ROJAS



ISADORA DUNCAN

La célebre danzarina cuyas Memorias constituyen una actualidad originalísima

## AL MARGEN DE UN LIBRO

# El instinto periodístico de Isadora Duncan

Pocas veces aparecen obras como la de Isadora Duncan, titulada noblemente *Mi vida*, tan colmadas de motivos estéticos, de infinitas sugerencias, de humanidad y de interés. Pocos relatos novelescos, también, la aventajarán en dramática emoción, en peripecias y aventuras de toda índole, ni tendrán esa simpática ingenuidad y esa noble impudicia espontánea que ella le dió, acaso sin proponérselo.

Isadora Duncan escribió sus Memorias con ejemplar sinceridad, con encantadora sencillez, sin preocupación de estilo ni método, sino atenta tan sólo á expresar todas sus interesantes y originalísimas teorías, sus anhelos legítimos y su vida de manera clara y diáfana, con sus inquietudes, sus apasionamientos, sus alegrías y sus tragedias.

La genial danzarina de exquisita alma complicada ahí está en su libro, íntegra, intacta, tal cual era de alegre y de artista, de atrevida y de amorosa, de creadora y de sufrida.

Su genio, vivo, palpitante, encaldecido por perennes exaltaciones, da una extraordinaria animación al relato de su vida que se regusta y placea con interés. Sus teorías y sus opiniones, justas y atinadas muchas veces, muéstrannos, con pujanza y brío, un fino espíritu crítico, sagaz y certero. Que, además de creadora, era indudablemente Isadora Duncan una gran comentarista de la vida y de las personas. En su libro resplandece esta cualidad suya temperamental de un modo amplio.

Es que poseía un don agudo, preciso, de observación. Las semblanzas que contiene el libro, puestas en el decurso de los episodios de su vida, de un modo natural, sencillo, constituyen á las veces aciertos insuperables. Con pocas, claras y



Isadora Duncan en una de sus danzas  
(Dibujo del artista portugués Segonzac)

precisas palabras hace el retrato literario de las conspicuas personalidades con que se tropezó y tienen una fuerza descriptiva y una plástica ejemplares.

Por su libro desfilan una porción de figuras relevantes de la realeza, de la aristocracia, de las letras, del arte, del teatro. Aparecen de una vez, por su asombrosa concisión descriptiva, con sus rasgos físicos y morales más destacados. En tres líneas retrata á las veces á un personaje. «... Encontré al príncipe de Polignac—dice—, un músico de gran talento, un caballero exquisito y finísimo que llevaba siempre un gorro de terciopelo blanco muy adecuado á la belleza delicada de su rostro.» Otras veces ahonda más en la descripción.

Así, cuando nos habla de Berta Baby, Henri Bataille y Jean Lorrain. «Ella era una mujer de unos treinta años, grandes ojos—los más extraños ojos que he visto en mi vida—dulces, profundos, tentadores, magnéticos, llenos de ardiente pasión y al mismo tiempo con cierta humildad sumisa de gran perro terranova. Sus cabellos castaños encuadraban en su rostro de llamas, y cada una de sus actitudes vibraba como un llamamiento al amor. Tenía él una frente fina y una expresión de fatiga en su rostro, en contraste con su juventud. Estaban casi siempre en compañía de una tercera persona absorbidos en una conversación tan animada y alegre que parecía como si aquel trío no conociera nunca un minuto de reposo ó de aburrimiento y que estuvieran continuamente devorados por llamas interiores; consumido él por la llama intelectual de la belleza pura; consumida ella por la llama de una mujer dispuesta siempre á ser devorada ó destruída por el fuego. La tercera persona pare-

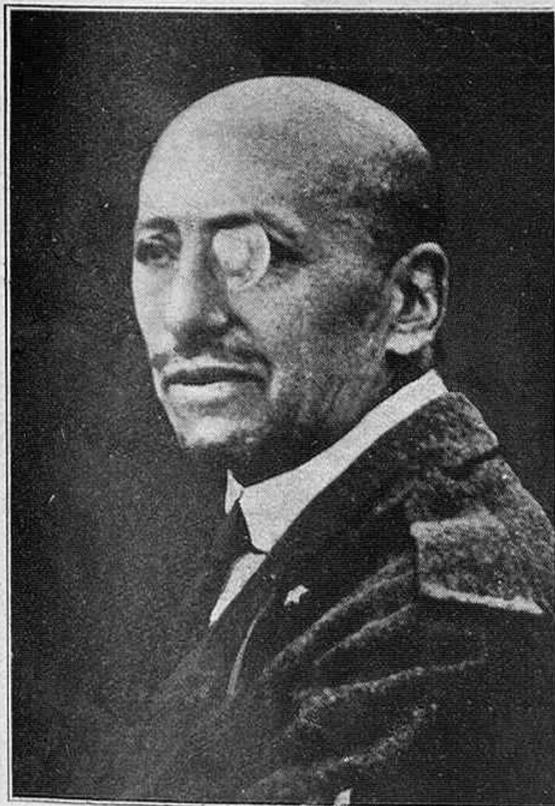
cía algo más lánguida, algo más imbuida del continuo goce sensual de la vida.»

Tienen, en mi concepto, estos apuntes biográficos que contiene el libro de Isadora un valor extraordinario. Son de gentes que trató, y á las que vió en sus medios y ambientes desprovistas de preocupación, sin la inquietud ó la *pose* que suelen tener ante el reportero ó el entrevistador y están vistos con sagaces ojos de mujer inteligente que ahonda y bucea con peculiar perspicacia.

Las páginas en que nos habla de Rodín, encendidas y apasionadas, impudicamente sinceras, sensualmente sentidas, tienen un gran interés. Físicamente lo describe también de un modo breve. «Rodín—dice—era pequeño, cuadrado, fuerte, con una cabeza completamente rapada y una barba abundante.» Y luego añade: «Me fué enseñando sus obras con la sencillez de los verdaderamente grandes. De vez en cuando musitaba algunas palabras ante sus estatuas; pero una comprendía que esas palabras tenían muy poco significado. Pasaba las manos sobre ellas y las acariciaba. Recuerdo que me dió la sensación de que bajo sus manos el mármol corría como plomo fundido. Cogió un poco de yeso y, respirando con fuerza, lo estrujó en la palma de su mano. El fuego salía de él como de un horno radiante. En pocos momentos hizo un seno de una mujer, palpitante bajo sus dedos...»

Mas no siempre la admiración tenía un fondo ásperamente sensual. A las veces no era la Psyche en busca del dios Pan, sino la artista ávida de puras sensaciones estéticas que buscaba pábulo artístico, solaz para su soledad sedienta. Entonces, una mística y admirativa contemplación de hombres como Eugenio Carriere, por ejemplo, le mueve á escribir párrafos tan sentidos como estos: «Subimos hasta el último piso donde Carriere vivía rodeado de sus libros, su familia y de sus amigos. Irradiaba la más poderosa fuerza espiritual que yo he sentido nunca. Sabiduría y luz. Brotaba de su persona una gran ternura. Toda la belleza, toda la fuerza, todo el milagro de sus cuadros no era otra cosa que la expresión directa de su alma sublime. Cuando llegué á su presencia, sentí algo de lo que creo que sentiría si me encontrara frente á Jesucristo: el mismo respeto me inundaba.»

Se comprenderá, ante trozos como éste, cómo era de sensible la espiritualidad de Isadora, cómo *sabía ver* los personajes, y cómo algún día habrá que recurrir al libro de sus memorias para citarla al lado de los mejores críticos y biógrafos de los personajes que ella vió y que le sugirieron unos comentarios. Y se verá entonces, cómo sus observaciones y oportunos juicios tienen un inapreciable valor histórico y documental.



GABRIEL D'ANNUNZIO

No era envidiosa. Loie Fuller, á la que admiraba, la dedicó sus mejores elogios. «Se transformaba—dice de ella—en millares de imágenes de color á los ojos de su público. Increíble. No puede repetirse ni describirse. Loie Fuller personificaba los colores innumerables y las formas flotantes de la libertad.» Cuando tropezó con una mujer inteligente y admirable, confesó su admiración. No era de esas mujeres demasiado engreídas que nunca encuentran una mujer inteligente, bella ó artista. De la mujer de Wagner dice Isadora este sencillo y máximo elogio: «Nunca he visto á una mujer que me impresionara con tan elevado fervor intelectual como Cosima, que era de estatura elevada, continente majestuoso, ojos bellos, nariz quizá demasiado prominente para una mujer, y frente radiante de inteligencia.»

La Pavlowa, que tenía otro criterio distinto de lo que era la danza para Isadora, no fué censurada por ello con acritud. Es un bello ejemplo de transigencia y cordialidad el que nos ofrece la genial danzante yanqui ante sus compañeras Sechinsky y Pavlowa, que conoció en San Petersburgo. «Aunque los movimientos de aquellos bailes eran contrarios á todo sentimiento artístico y humano, no pude por menos de aplaudir calurosamente la exquisita aparición de la Pavlowa cuando flotaba sobre el escenario», exclama.

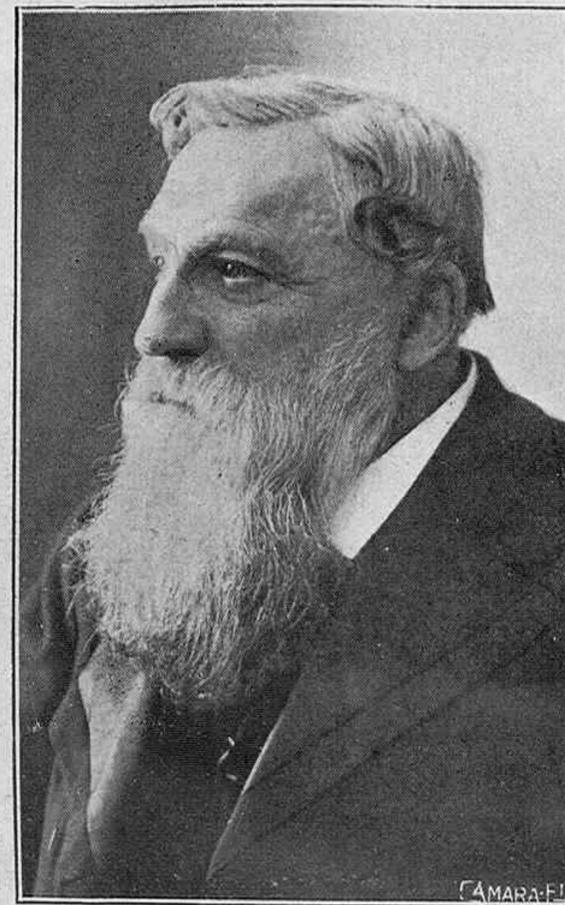


ELEONORA DUSE

Para Isadora, el *ballet* ruso, aun más concretamente, la Escuela Imperial de *Ballets*, era una enemiga de la Naturaleza y del arte. En cambio, el teatro ruso de Stanislasvsky—«su silueta fina y hermosa. Anchas sus espaldas y los cabellos negros, que empezaban á ponerse grises»—le causó una grata impresión, una admirativa devoción que no oculta, como tampoco oculta su pasión por el gran *metteur en scène*, casto como José y tímidamente asustadizo, con ingenuas preocupaciones de insospechada candoridad.

Otra gran figura que conoció y amó Isadora fué Gordon Craig. Así nos lo describe una de las veces: «es uno de los genios más extraordinarios de nuestra época: una criatura, como Shelley, hecha de fuego y de luz. Es el inspirador de todo el teatro moderno. En realidad, no ha tenido nunca una parte activa en la vida práctica de la escena. Ha vivido alejado, y sus sueños han inspirado todo lo que es bello en el teatro moderno de hoy. Sin él no tendríamos á Reinhardt, á Jacques Copea ni á Stanislavsky». Pero Gordon Craig, el amante exaltado, impetuoso, frenético, le inspiró otro retrato literario menos crítico y más apasionado, que dejamos, pues en él no existe el instinto periodístico que vemos en otros, sino otro instinto muy diferente, aunque muy interesante...

Á Gordon Craig le hizo famoso precisamente



EL ESCULTOR RODIN

Isadora Duncan. Ella fué quien le presentó á la Duse, el ídolo de Isadora; esa gran actriz del genio inmarcesible que, como dice bien la danzarina, «no se parecía á ninguna mujer del mundo. Era como una imagen divina del Petrarca ó del Dante, que hubiera, por azar infeliz, caído en la esfera terrestre».

Pero, á pesar de tan elogiosa admiración, la Duse no se libra en el libro de un reproche muy femenino de Isadora, «... aunque la Duse, en ciertos momentos de su vida y por consejo de sus amigos, frecuentó á los grandes modistos, no aprendió nunca el arte de vestirse, y carecía totalmente de *chic*. Sus trajes subían de un lado y bajaban de otro. Sus sombreros no tenían nunca garbo. Por muy costosos que fueran sus vestidos, no parecía que los llevaba, sino que se avenía, por fuerza, á soportarlos».

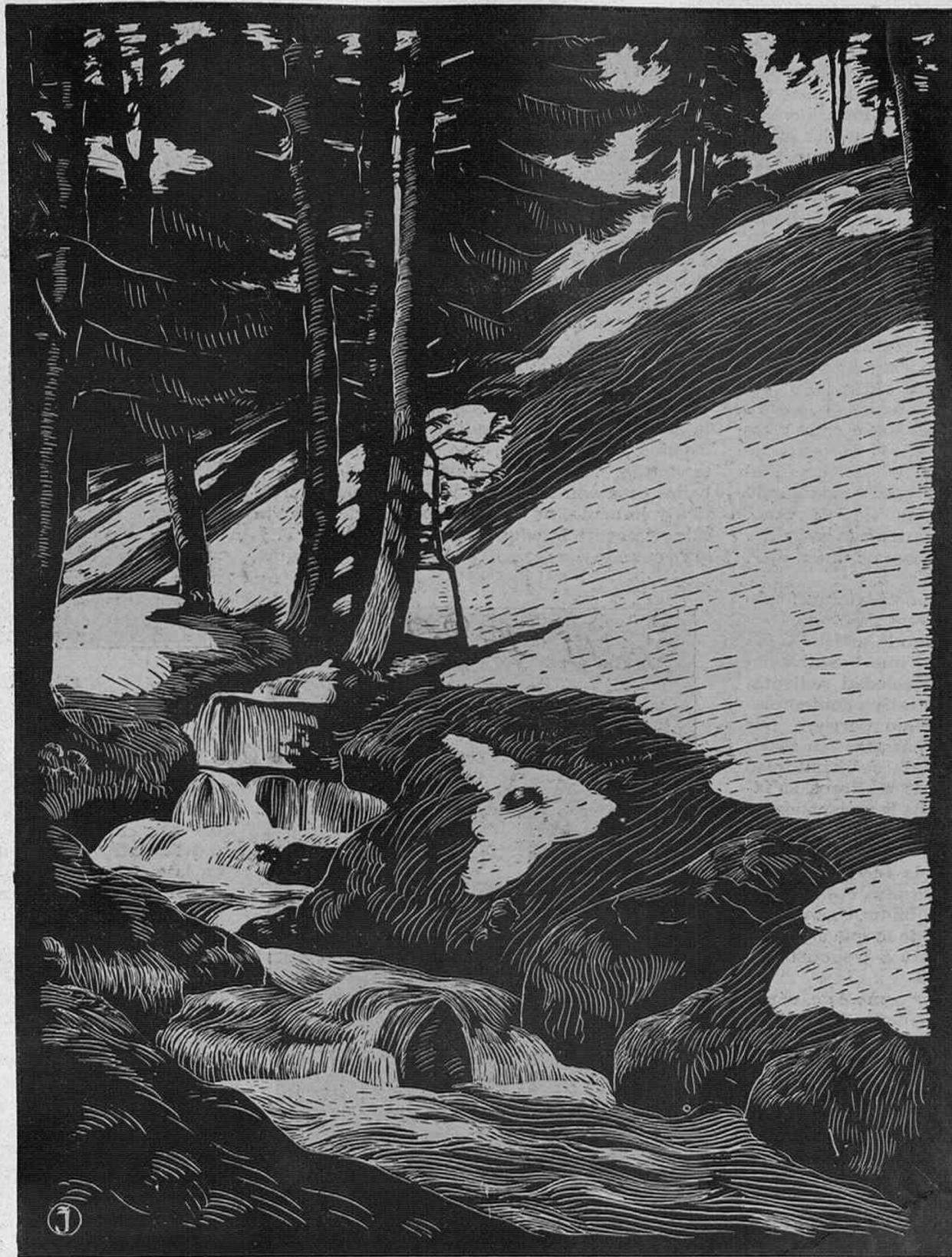
Y ya que hemos aludido á la Duse, recogémos la impresión que D'Annunzio causara á Isadora. Sinceramente nos advierte: «Durante muchos años tuve prejuicio contra él, debido á mi admiración á la Duse, á quien yo creía que no había tratado bien, y me negué á conocerlo.» Y más adelante agrega: «Aunque no le había visto nunca, al hallarme en presencia de aquel ser extraordinario, de luz y magnetismo, no pude menos de exclamar: —*Soyez le bienvenu; comme vous etes charmant!*»

A continuación dedica varias páginas al poeta. Leyéndolas, hemos recordado aquellas de Soiza Reilly, intencionadas y mordaces; pero las de Isadora tienen un aticismo más fino é implacable. Es difícil que se le pueda poner mejor en ridículo... Ni más elegantemente. El D'Annunzio amoroso está plásticamente retratado por ella con toda su grotesquez íntegra...

Pero no solamente en la descripción de tipos se observa un instinto periodístico, fino y acusado. En descripciones de ciudades, de ambientes, de viajes se percibe esa misma cualidad. Las páginas en que alude á la guerra europea pueden considerarse como modelo de crónicas de campaña.

Muchos comentarios, muy diversos, sugiere este libro admirablemente traducido, ejemplarmente, por Luis Calvo, uno de nuestros más capacitados escritores jóvenes y mejor preparados; muchas enseñanzas se ofrecen en estas memorias sincerísimas, en las que encontrarán todos grandes aciertos de psicología femenina, un espíritu crítico y un gran corazón de mujer excepcional...

E. ESTEVEZ-ORTEGA



# A G U A L O C A

*Saltarán, un claro arroyo  
por entre las peñas viene.  
¡Cuánto te envidio, agua clara,  
hija del monte y la nieve!*

*Siempre loca, nunca cesas  
de reír... Ante tu paso,  
¡si vieras qué pensamientos  
nacen en mí más amargos!*

*Envidio, sí, tu alegría,  
tu loco correr... Detente,  
que el mar te espera, allá, lejos,  
y el mar para ti es la muerte.*

*Tú, igual que yo, vas buscando  
la negra é ignota ribera  
en donde todo se acaba;  
llevamos la misma senda.*

*Mas tu destino es mejor  
que el mío, porque tú pasas  
tu vida sin pensar nunca  
sobre el ayer ni el mañana.*

*Envidio, sí, tu inconsciencia;  
feliz tú que nunca sientes  
la duda de á dónde vas  
sin saber de dónde vienes.*

*Entre tu vida y la mía  
hay, agua loca, un abismo;  
á ti no te importa nada,  
como agua que eres, tu sino.*

*Yo, en cambio, por ser quien soy,  
vivo en perpetua consciencia  
de no saber qué soy yo  
ni qué destino me espera.*

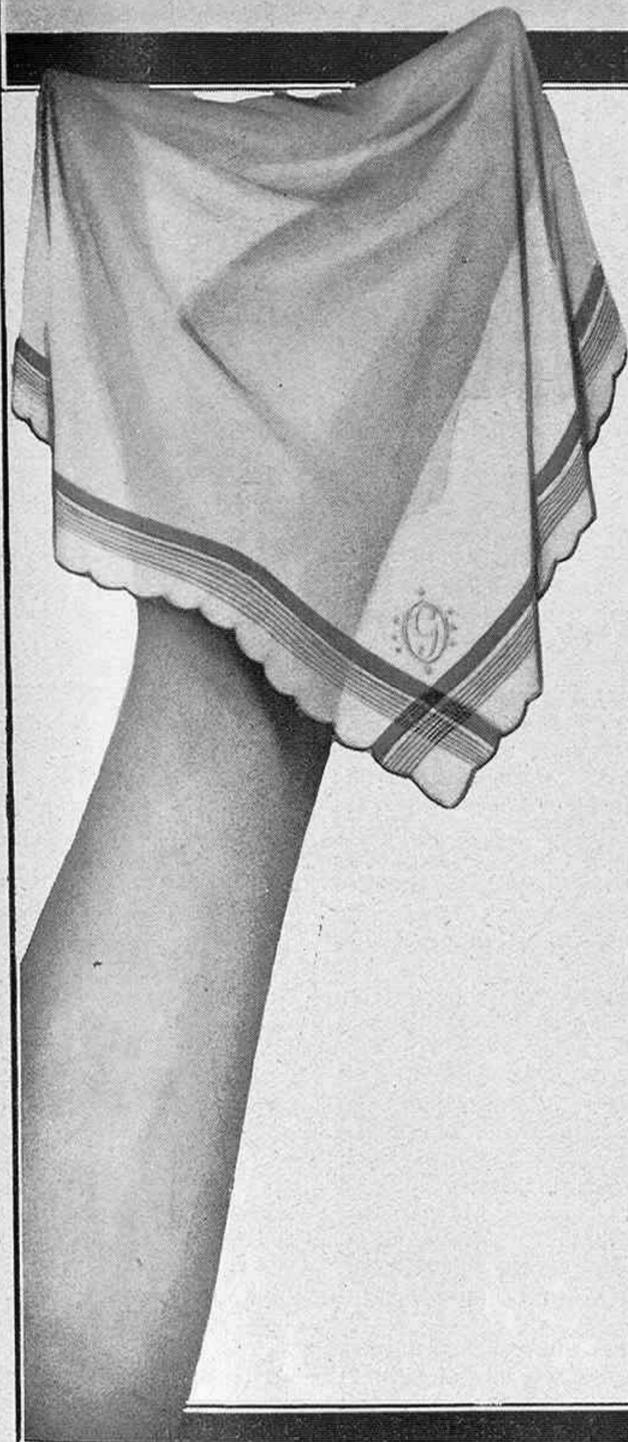
*Agua loca que no paras  
de reír; ante tu paso,  
¡si vieras qué pensamientos  
nacen en mí más amargos!*

(Dibujo de Jansen)

FERNANDO LOPEZ MARTIN



R I B A S.



## UN PAÑUELITO DE MUJER

ligero y sutil como una flor, tiene siempre una historia y un perfume.

La historia ¿quién la adivina? Pero el perfume es inconfundible.

Huele a

# AGUA DE COLONIA AÑEJA

que tiene el aroma fresco y joven de las evocaciones.

**Frasco, 2,50.-Litro, 15 ptas. en toda España.**

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

**PERFUMERÍA GAL.-MADRID**

Casa en Buenos Aires: Maure, 2010-14  
Casa en Londres: Strand 76  
Casa en Nueva York: Waverly Place, 147-153.  
Casa en Amsterdam: O. Z. Voorburgwal, 101  
Casa en Copenhague: /ingaardsstråde, 22.

VERITAS

# Elegancias



Chaqueta de terciopelo estampado sobre traje de crepón blanco

Abrigo de paño gris con cuello de lo mismo en dos tonos azules

Vestido de corte de sastre con chaleco de seda blanca cerrado con cinta



Vestido de «crêpe marocain» en un tono almendra muy claro



Vestido de «crêpe georgette» con una graciosa caída al lado derecho

A pesar del afán desmedido que tienen muchas mujeres de estar constantemente en la calle, aún hay bastantes, por fortuna, que aman, con el confort de su casa, la dulce intimidad familiar.

Estas mujeres, mil veces adorables porque tienen un concepto exacto de lo que es la vida, moral y materialmente, se ocupan no sólo del hogar bello, ordenado y limpio, sino del encanto de su persona, ataviándose graciosamente con trajecitos caseros que aún hacen más grata su íntima apariencia.

La mujer que se ocupa de su casa debe estar tan arreglada como la que sólo se ocupa de leer, escribir y recibir visitas; porque sería deplorable que una de éstas la sorprendiese en una *toilette* descuidada ó sucia. Más aún debe cuidarse de su arreglo personal cuando tiene marido ó hijos, pues su deber es mostrarse á los suyos lo más atractiva y agradable.

A algunas mujeres que tienen que atender á todos los pormenores de su hogar se les hace imposible estar arregladas como las que no tienen nada que hacer; y, sin embargo, nada más fácil, existiendo, como existen, esos delantales envolventes que resguardan los vestidos de toda mácula. Es muy sencillo, cuando el marido llega, transformarse y aparecer bella y limpia todo momento. Para esto basta un sencillo modelito de lanilla estampada ó de terciopelo de lana fina, si es en el invierno, ó de una seda sin pretensiones, si es en época de verano.

Hay un modelo muy lindo que es enterizo de arriba abajo, y por delante tiene, en forma de camisa de hombre, un blanco pechero de piqué, lo mismo que el cuello y los puños. Completa el conjunto una corbata larga ó una chalina.

El cinturón es de la misma tela del traje con hebilla de galaphite.

Este modelo de traje es sumamente práctico, porque puede servir, además, para debajo de los abrigos en un momento en que hay que lanzarse á la calle con una ocupación urgente y cuando no hay tiempo de cambiar de vestido.

En el aspecto íntimo hay que cuidar mucho también de la *toilette* de casa; y decimos aspecto íntimo al tratar del *deshabillé* ó pijama que se adopta el echarse de la cama.

Hay muchas damas que siguen prefiriendo el pijama para las horas de su *toilette*, mientras toman el desayuno é incluso para cuando reciben al masajista, pedicuro y manicura; otras, por el contrario, encuentran más cómodo el *peignoir* sencillo, amplio, que las envuelve gratamente, sobre todo en los crudos días del invierno.

Estos modelos de pijamas y *peignoirs* ofrecen mil formas y estilos que, si concuerdan en su aspecto general, difieren en lo que se refiere á la ornamentación y el colorido.

Para el invierno, para las que son con exceso frioleras, hay unos kimonos ó *peignoirs* muy confortables. Se hacen de *renana* ó Pirineos de un tono claro, y estos últimos se confeccionan en forma de *redingote* con cuello, chal y puños de lencería. La espalda lisa, y el cuerpo, por delante, ligeramente ablusado. Por abajo cruza á un costado y cierra con dos lindos botones de madera ó cristal.

ANGELITA NARDI



## "Louisiana" en Madrid

Con la *troupe* de Douglas, el bailarín de color que en un tiempo compartió los éxitos ruidosos de Josefina Baker, ha llegado a Madrid un reflejo lejano de ese arte teatral que tuvo su origen en las fiestas negras de Saint Louis y de Chárleston, que más tarde invadió los escenarios de Broadway, y que cruzando el Atlántico llevó a cabo la conquista de Europa: una conquista incruenta y alegre, que hubiera bastado para demostrar la inexistencia de la civilización occidental, si ese mito no se hubiera desvanecido hace ya tiempo.

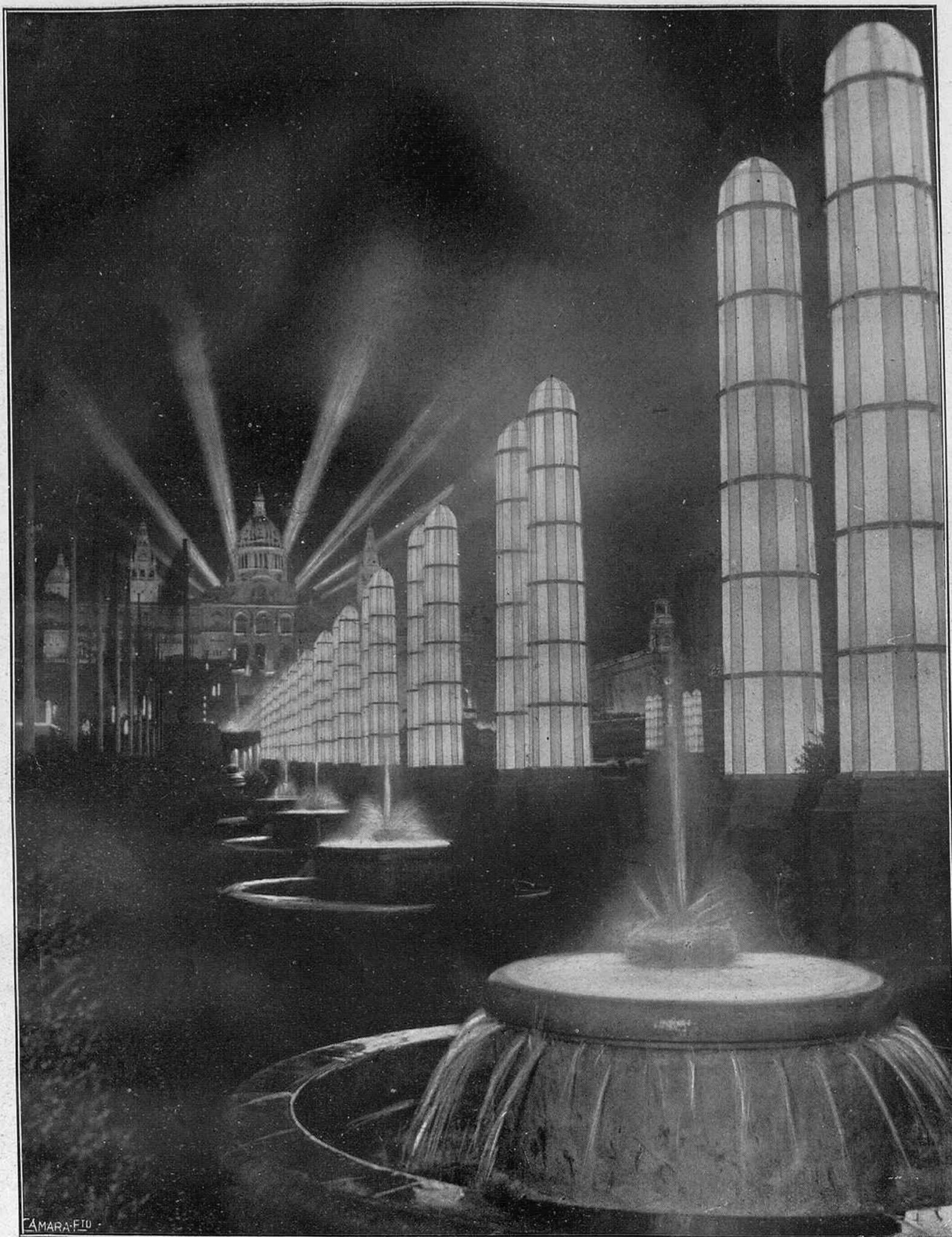
Pero hay que hacer a Douglas, a sus negros y negras, y a sus mulatos y mulatas, la justicia de reconocerles, en el arte primitivo que cultivan, una sinceridad, un entusiasmo y una sana alegría.

Un blanco bailando el danzón negro es la suma expresión de lo ridículo. Un negro cantando y bailando su folklore ancestral, es un hombre que exterioriza su espíritu y que compone, con sonidos y actitudes, la cifra sintética de sus costumbres y de su historia...

*Louisiana*, la revista negra de la *troupe* de Douglas, es un honrado, ingenuo y pintoresco poema de la raza, interpretado con absoluto acierto.



CAMARON



### *Perspectivas catalanas*

## *Aspectos de maravilla de la Exposición de Barcelona*

**C**AUSA profundo asombro, hasta para los ojos más habituados a la contemplación de los escenarios que lo extraordinario ofrece á través del mundo, este espectáculo des-

lumbrador que ha transformado la montaña de Montjuich en el parque de maravillas que es, á la hora que corre, la Exposición Internacional de la ciudad condal.

Esta es una exhibición que no admite parangón con ninguna de las que hasta la fecha se han organizado en el Universo. Ni por la cantidad ni por la calidad.

He ahí una impresión que el visitante recibe apenas franquea el umbral del parque grandioso. Su vista recorre, absorto, pretendiendo abarcar con una mirada de conjunto aquella reunión de edificaciones y jardines, de palacios y escalinatas, de pueblos é instalaciones de todo orden, y se siente abrumado, incapaz de dar cima en bre-

ve plazo al regalo de la visita detallada. No; esto es indudable. La Exposición de Barcelona no es tema de un día de paseo; y un recorrido detenido, una inspección minuciosa que satisfaga los apetitos artísticos y cumpla el afán de conocer pabellones y representaciones nacionales extranjeras; el Estadio, imponente y magnífico; el parque de atracciones; los palacios del Arte, de la Industria; el Pueblo Español, etc., etc., representan una tarea para la que es menester disponer de una persona que conozca el terreno, y bastantes horas para dedicarlas al grato solaz.

La ciudad condal ha realizado el más considerable de los esfuerzos. No sólo ha levantado una serie de palacios en un parque maravilloso, sino

CÁMARA-FIO



Magnífica perspectiva de la Avenida de la Reina María Cristina, en el trozo donde está instalado el Palacio de la electricidad y fuerza motriz

que, dándose cuenta de la importancia que el marco representa para un certamen de semejante naturaleza, ha remozado toda la urbe. Diríase que la Barcelona actual es una gran capital calada de la de hace un año; pero en la que ahora se habrían borrado todos los defectos, en la que se hubieran corregido los más nimios desperfec-

tos, substituyéndoles aquí y allá por detalles de buen gusto, por reformas indispensables hoy, pero sin las cuales la ciudad se transigió bastante tiempo. La Exposición Internacional no es sólo el parque luminoso y esplendente de Montjuich. El viajero, ausente largo tiempo de la capital de Cataluña, empieza á darse cuenta de la transfor-

mación radical que experimentó la ciudad apenas pone la planta en la estación. Y para eso tanto da que deje el expreso en el apeadero de la calle de Aragón, como que llegue hasta la estación de Francia. Barcelona, la ciudad misma, es una grande, una espléndida exposición: una bellísima exposición de España.



La Plaza Mayor del Pueblo Español, vista desde los típicos soportales de una de sus aceras

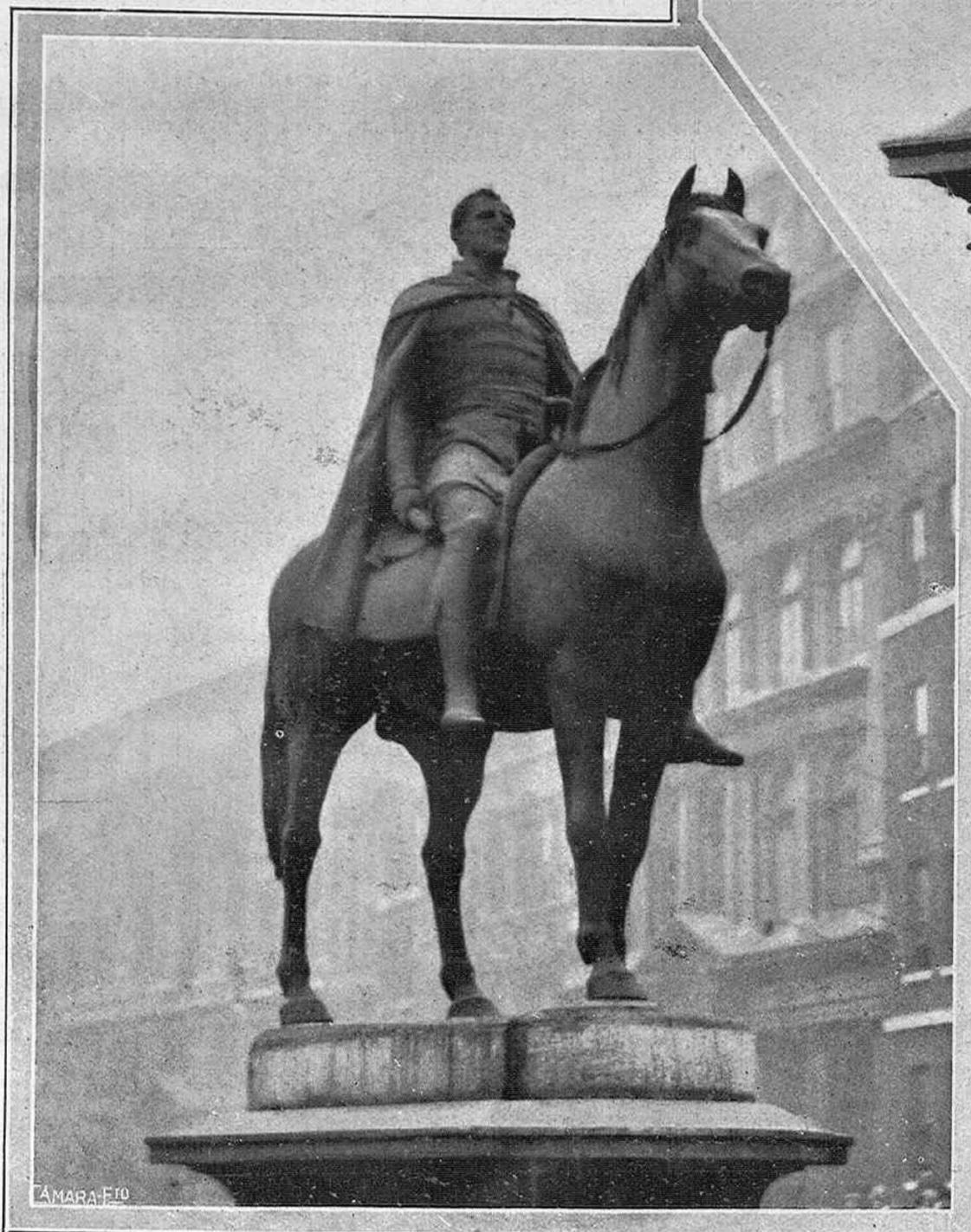
(Fots. Gaspar)

## LA PIEDRA INMORTAL LOS ERRORES QUE PERPETUAN LAS ESTATUAS

AUN en lo que parece votado para la inmortalidad, en los trabajos que no dependen de la improvisación circunstancial, y en los que hay tiempo sobrado para el estudio, la observación y el perfilamiento de los detalles, se cometen errores de bulto, equivocaciones á veces pueriles, que parece inconcebible que no fueran vistas en su tiempo.

Tal ocurre con los detalles de muchas esculturas situadas en lugares públicos; bustos y figuras de personajes célebres; obras maestras que decoran las ciudades, y que cientos de miles de ojos observaron durante muchos años, sin percibir el error que es su mácula, la equivocación á veces un poco ridícula por lo sencilla.

He aquí—limitada á Londres—una información sobre estos errores de la estatuaria.



El Rey Jorge III monta a caballo, en esta estatua, sin silla ni botas de montar



La estatua de Oliverio Cromwell, en Westminster Hall, tiene las espuelas al revés

Ved el perfil austero de Oliverio Cromwell, el puritano revolucionario.

Inglaterra, la monárquica é imperial, no renuncia á ninguna de sus glorias, ni siquiera á la de perpetuar la efigie de aquel hombre de la plebe que sembró por vez primera el terror en la monarquía europea.

Cromwell, caudillo popular que derribó é hizo decapitar, tras sumario juicio, á su rey Carlos I, recibe perenne homenaje en el Westminster Hall londinense.

Pero aquel hombre que cabalgó sobre toda su patria, ganando batallas á la realeza; el puritano que rigió con tan férrea mano el corcel de la primera gran revolución europea, aparece en la estatua con las espuelas al revés.

Aunque hombre civil, nadie podrá suponer á Cromwell tan mal jinete que no supiera cómo había de calzarse las espuelas... El que mandó decapitar á Carlos I y compró la traición de Mon, sabía, de sobra, dónde habían de apretarle las espuelas y... el zapato...

No así ese Jorge III, que, admirable de serenidad y de majestuosa nobleza, se yergue en efigie ecuestre en el Cockspur Street de Londres...

El buen rey de testa clásica, de frente altiva, de apostura cesárea, aparece sobre su fina cabalgadura, sin botas de montar ni zapato siquiera.

Tan absurdo como suponer á Cromwell ignorante del modo de calzarse las espuelas para azuzar al corcel—él, tan buen jinete de ideas—, es creer que el buen Jorge III montara jamás á caballo sin botas ni zapatos. La Historia no registra un caso de incendio nocturno ó fuga



Este soldado de la Gran Guerra perpetuado en piedra, tapa con sus manos el cañón del fusil, lo que está terminantemente prohibido por las ordenanzas militares

desesperada en ninguno de los días de aquel reinado, que pudiera hacer imaginar á tan buen jinete como Jorge III á cabalgar de tal guisa.

¡Atención! Parece mentira que en pueblo tan correcto, en milicia tan disciplinada y severa como la inglesa, pueda ningún jefe tolerar una tan grave, peligrosa infracción de las ordenanzas, como la que está cometiendo ese soldado que decora un monumento situado ante la Bolsa de Londres.

El *tommy*, que simboliza al soldado inglés que tanto contribuyó á ganar la gran guerra europea, aparece con las dos manos colocadas sobre la boca del fusil. Grave falta la de la ordenanza, desconocimiento absoluto de la instrucción del arma, que, aparte el riesgo personal del soldadito, le valdría un severo arresto de su jefe inmediato para enseñarle á hacer las cosas á derechas...

A derechas precisamente, y no al revés, que es como intenta lanzar una flecha ese arquero monumental que desde la fachada del Ayuntamiento de Westminster apunta á un enemigo invisible.

El arquero, no obstante pertenecer por su figura á la más pura edad clásica, ignora totalmente el manejo del arma antigua, puesto que empuña con la mano diestra el arco y es con la izquierda con la que lo pone en tensión. Seguramente no pretenderá emular la gloria y la puntería de un Guillermo Tell.

A no ser que el joven y apolíneo arquero sea zurdo. Imperfección física que riñe con la aspiración á lo perfecto en lo humano, que es la norma del arte.

El arquero que decora la fachada del Ayuntamiento de Westminster era, sin duda por rara coincidencia, un hombre zurdo...

(Fots. Agencia Gráfica)

Errores en las estatuas, como en la vida; imperfecciones, equivocaciones, absurdos.

Reflejo de lo humano mortal, ni las mismas efigies votadas á la inmortalidad se libran de la imperfección, que es la diosa que rige toda la existencia.

Viendo patentes estos errores, que han desafiado y desafían á la inmortalidad, se llega á una conclusión irónica, á un concepto humorístico de esa especie de consagración de lo perfecto que parecen tutelar las estatuas...

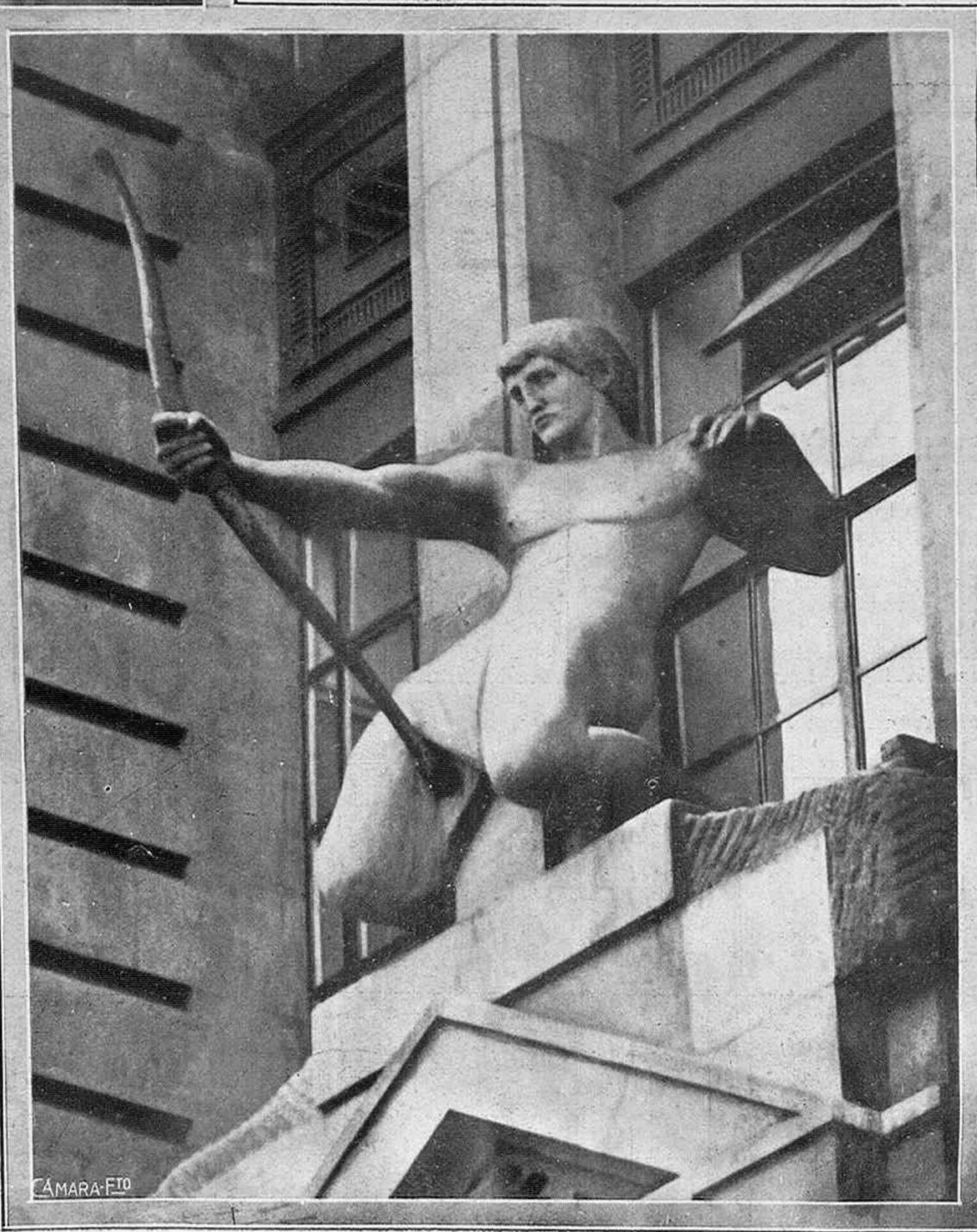
Ya ni en la perfección de los broncees inmortales se puede creer. Una revisión de los monumentos que decoran las ciudades del mundo sería, seguramente, una pintoresca feria ó exhibición de equivocaciones que lindan con lo absurdo ó lo grotesco.

El espíritu que anima con sus evocaciones y con su prestigio esos monumentos, claro es que no perdería nada de su significado. Pero, á semejanza de aquel esclavo que iba agazapado en el carro de los triunfadores, encargado de zaherirlos, para que no se envanecieran demasiado y olvidasen su condición de hombres, esos defectos de las estatuas simbólicas las humanizan y ponderan.

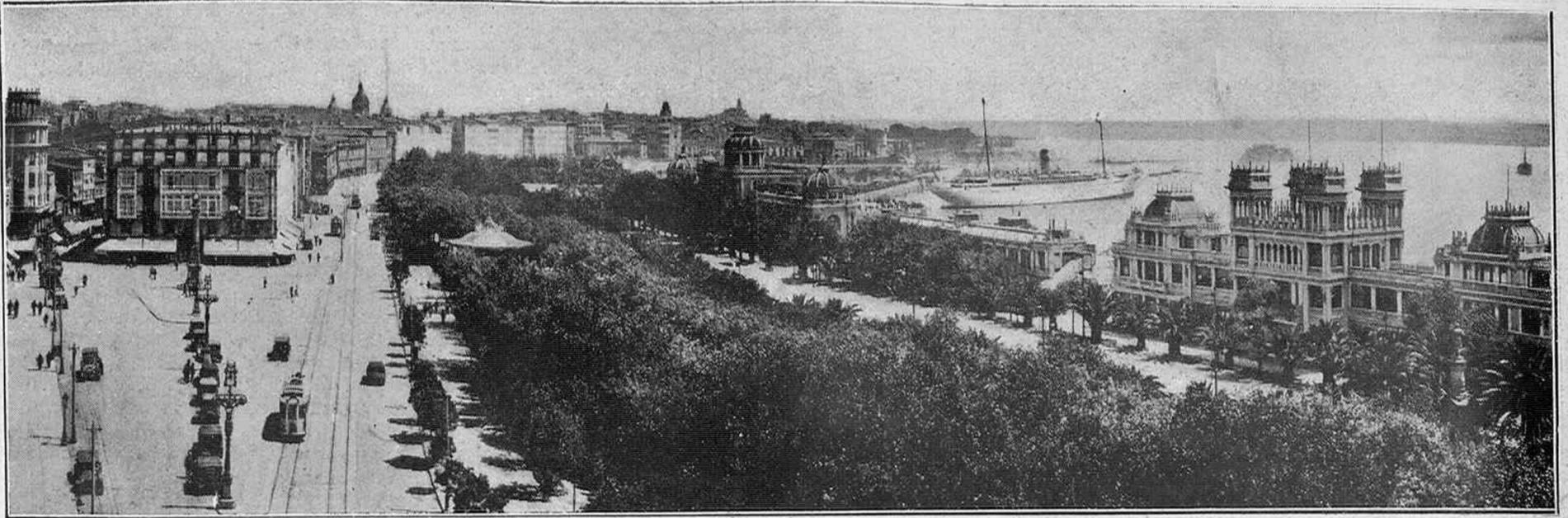
Errores inconscientes, parece que un destino irónico las produjo intencionadamente, para hacernos ver que también en las más puras, heroicas ó grandiosas concepciones el gusano de la imperfección alienta, como en todo lo que tiene una raíz ú origen humano.

La piedra y el bronce inmortal se sienten hermanadas así al pobre barro de las imperfecciones humanas. Y son precisamente sus errores lo que les dan más alto significado humano. Nada precedero—parecen decir—, ni lo más duro, ni lo más fuerte, ni lo más glorioso, puede ser perfecto... Y erguidos hacia los altos cielos, obeliscos, estatuas, panteones, recuerdos de hombres, símbolos de ideas, formas materiales del pensamiento, adolecen, por fortuna, de vicios y de errores que, precisamente por atestiguar su condición humana, les hacen dignos del humano homenaje.

ALVARO REAL



CÁMARA-FOTO



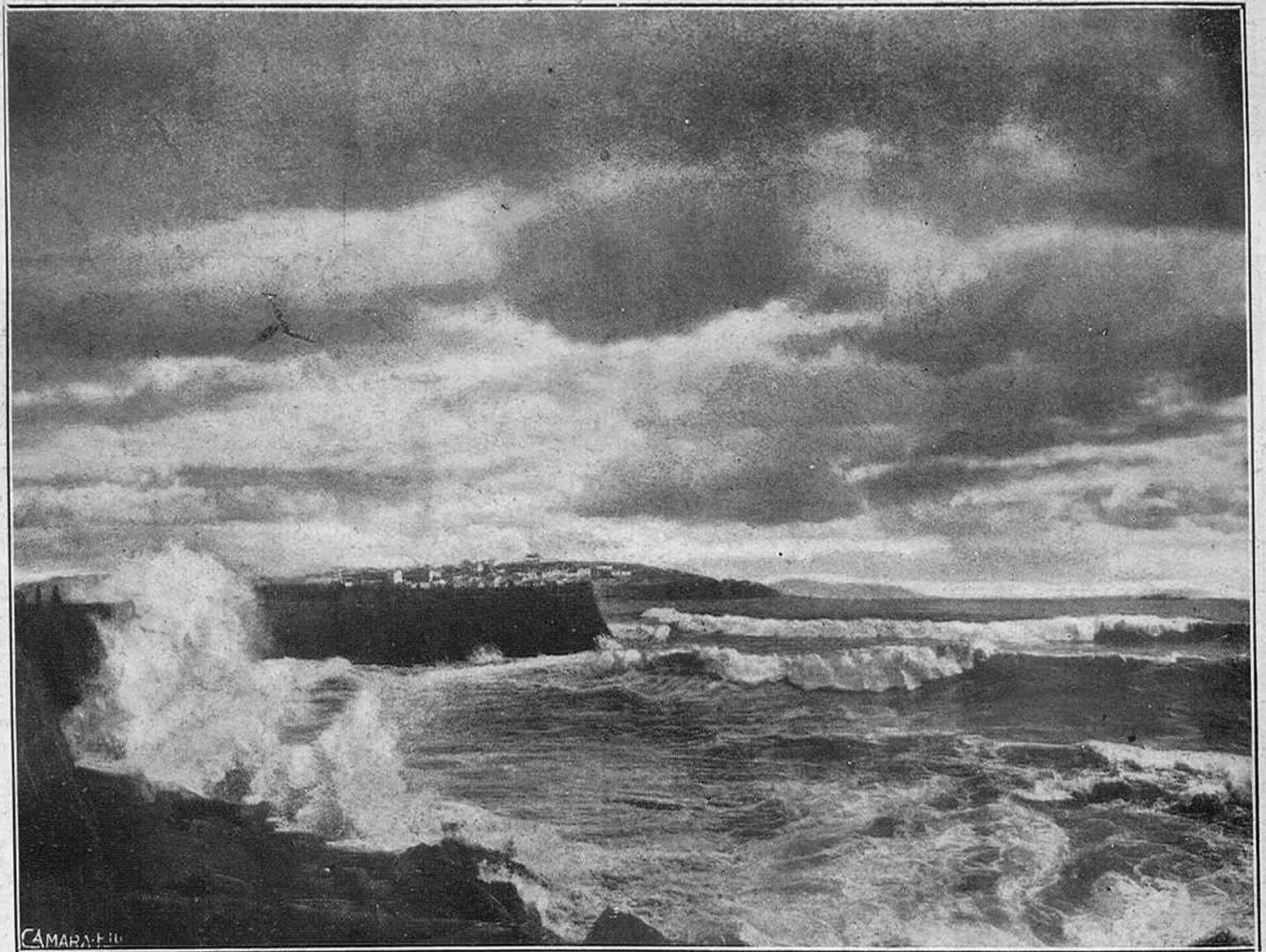
La Coruña.—Vista parcial de los jardines y Cantón Grande

#### CIUDADES VERANIEGAS

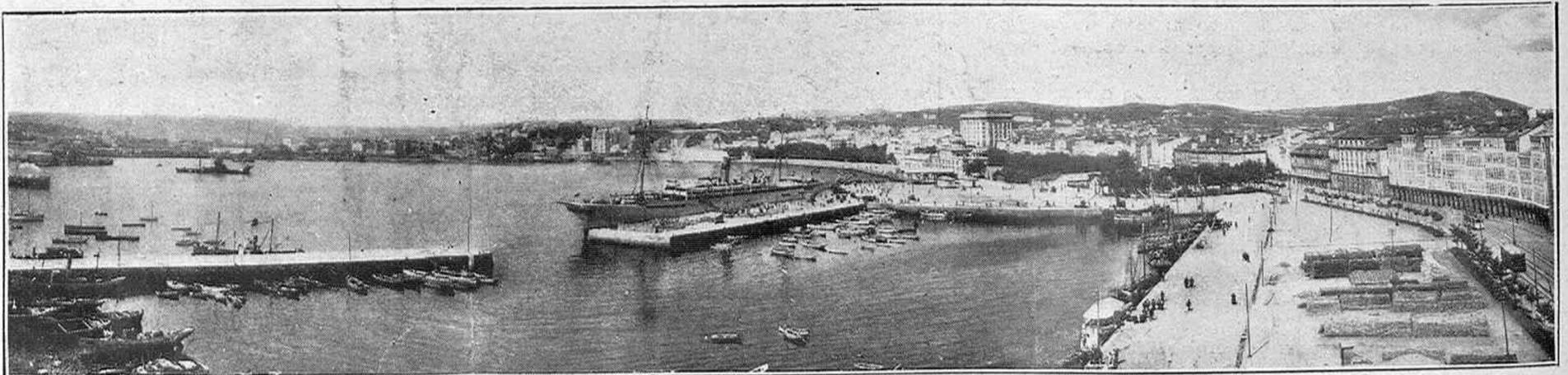
La Coruña, rincón galaico de imponderable belleza y capital veraniega de primer orden :-:                      :-:

ACASO no haya otro espigón natural en la Península, y pocos en Europa toda, donde el hombre se sienta cerca de la bravura indomable del mar, como en El Orzán coruñés. Ese pico que reta al océano rugiente es una afirmación hermosa de la superioridad humana que sabe domar los elementos; pero al propio tiempo es un espectáculo magnífico, indescriptible, emocionante aun para los habituados a la contemplación de la cólera de las ondas.

Para los que el mar sea un espectáculo que adivinan de año a otro; para los hombres del interior, La Coruña, que reúne tantas y tan gratas bellezas, tiene además, y tal vez sobre todas ellas, ese Orzán majestuoso, fuente incalculable de murmurios, escenario constante renovado de la asombrosa magia de los mares.



La Coruña.—Imponente perspectiva del Orzán en un día de mar ruesa



La Coruña.—Vista parcial del puerto. A la derecha, la dársena y Avenida de Alfonso XIII  
(Fots. Cámara y Blanco)